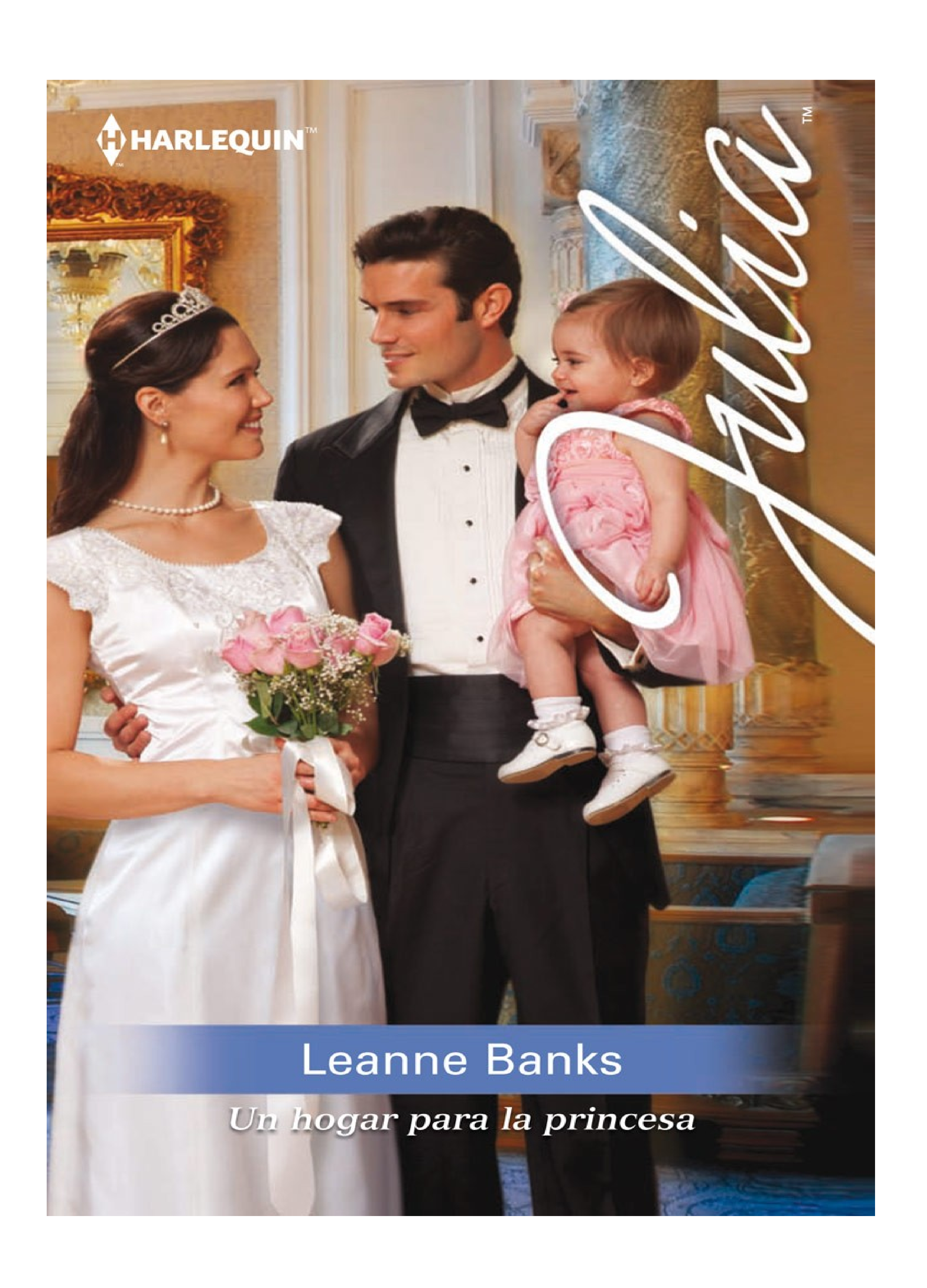


HARLEQUIN™
Julia™
Leanne Banks
Un hogar para la princesa

¿Qué se siente al ser una princesa?

Coco Jordan deseaba conocer la respuesta. Descubrir que era la hija ilegítima del príncipe de Chantaine requería de tiempo para hacerse a la idea, sobre todo cuando estaba trabajando de niñera en un rancho de Texas. Por mucho que intentara centrarse en cuidar de la pequeña Emma, su reciente fama seguía interponiéndose en su camino. Hasta que llegó ayuda de una fuente inesperada y muy guapa...

El ranchero viudo Benjamin Garner haría lo que fuera por su hija, incluso fingir un compromiso con Coco para mantener a raya a los paparazzi. Princesa o no, Coco era la mejor mujer para atender las necesidades de su hija, y aunque no se atreva a pensar demasiado en ello, también las suyas. Muy pronto, su romance real copa los titulares, pero ¿podrá sobrevivir a la presión su amor real?

Capítulo 1

Su hija lo odiaba.

Benjamin Garner abrió cuidadosamente la puerta de su casa de dos pisos y se detuvo. A pesar de su metro noventa y cinco de estatura y de que lo hubieran descrito como noventa kilos de músculo conseguido a fuerza de trabajo en su enorme rancho de ganado, últimamente se sentía fuera de lugar en su propia casa.

¿Por qué? Porque su hija de cinco meses de edad no lo soportaba.

Cada vez que se acercaba a ella, lanzaba un chillido que despertaría a toda Nueva Zelanda, y eso que Nueva Zelanda estaba a quince horas de avión del pueblo texano de Silver City.

Intentó hacer el menor ruido posible con las botas. Coco Jordan, la joven niñera que había hecho magia con la pequeña Emma desde el primer momento, le había asegurado que el ruido ambiental normal no perturbaría el sueño de Emma, pero Benjamin no llegaba a creérselo.

A veces se preguntaba si su hija tendía algún don especial que le permitía olerlo u oírlo respirar desde su cuna aunque él estuviese en la puerta de la casa. Benjamin se reprendió a sí mismo. Aquello no era más que otro síntoma de lo loco que estaba.

Su perro, Boomer, fue a recibirlo dando saltos de alegría. Boomer había sido uno de sus mejores perros pastores, pero desde que se le había enganchado una pata en una alambrada, no corría lo bastante rápido; Benjamin creía que el perro se había ganado la jubilación, así que ahora se pasaba el día comiendo lo que conseguía que le diera el ama de llaves y durmiendo en el sofá. Se agachó a acariciarle la cabeza al animal, pero sin hacer ruido. Al menos su perro sí que lo quería.

Pasó por la cocina de camino al despacho.

—¡Ah!

Se le encogió el estómago. Conocía bien ese ruido y esa voz. Continuó andando.

—Benjamin —se oyó la voz dulce de la niñera—. No puedes pasarte la vida huyendo de ella.

—¡Ah! —volvió a decir Emma.

Respiró hondo y se volvió hacia ellas, que estaban en la puerta de la cocina. Su hija lo miró fijamente con esos enormes ojos azules llenos de desconfianza, mientras que el gesto de Coco era todo ánimo y suavidad. Emma no gritaba... todavía. Quizá estuviese preparándose para hacerlo.

—Acaba de terminar de comer, así que debería estar de buen humor. ¿No quieres agarrarla?

«Dios, no», pensó Benjamin. Era más fácil tener en brazos a una serpiente de cascabel. Se echó el sombrero hacia atrás y se encogió de hombros.

—Aún no me he lavado.

—No pasa nada. Un poco de polvo no la matará.

—Está bien —dijo y abrió los brazos, preparándose para que su hija lo rechazara.

Coco se acercó a Benjamin, que se fijó en que su hija abría los ojos más y más con cada paso que daba hacia él.

—Aquí está tu papá —le susurraba la niñera a Emma—. Él siempre va a cuidar bien de ti. No tienes por qué tenerle miedo porque te quiere mucho.

Coco puso a la bebé en los brazos de su padre, que inmediatamente se la acercó al pecho, conteniendo la respiración. Emma lo miró a los ojos fijamente. Benjamin contó en silencio. Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

La vio apretar los labios y mirar a Coco. En cuanto hizo aquel mohín perfecto, Benjamin supo lo que ocurriría a continuación. Su hija soltó un grito agudo de angustia que fue aumentando de volumen. Benjamin miró a Coco y meneó la cabeza con resignación.

—Toma —le dijo, devolviéndole a Emma—. No quiero torturar a la pobre criatura. Por eso te contraté.

Coco agarró a la niña y le acarició la espalda suavemente para calmarla.

—Pero tenemos que hacer que vaya acostumbrándose a ti. Tendremos que encontrar la manera de...

—Puede que cuando cumpla el año haya conseguido gustarle un poco más —dijo antes de darse media vuelta, tratando de mitigar su sensación de fracaso.

—Espera —le dijo Coco.

Benjamin sintió su mano en el brazo y se volvió a mirarla.

—A lo mejor es que no le gusta el sombrero —sugirió la niñera —. Puede que si te lo quitas...

—Lo intentaré la próxima vez —respondió él—. Ahora tengo que actualizar una información en el ordenador. Hasta luego —dijo antes de seguir caminando hacia su despacho.

Tenía todos los músculos en tensión. Era capaz de dirigir el rancho con una mano atada a la espalda y, sin embargo, no podía tener a su hija en brazos ni un minuto sin asustarla hasta el punto de hacerla gritar de miedo. Tenía que encontrar la manera de que dejara de ser así, pero no sabía cómo hacerlo.

Se frotó la frente con la mano. ¿Qué había hecho Brooke? Se preguntaba si su examante le había dicho a Emma que su padre era malo. ¿Acaso había malmetido a la pequeña, antes de morir montada en la moto de su último amante?

Brooke y él habían tenido una aventura puramente sexual que solo había durado un fin de semana. Después Benjamin había recuperado la cordura y ella también. Hasta que unas semanas más tarde, Brooke se había enterado de que estaba embarazada. Entonces Benjamin le había pedido que se casara con él, a pesar de que ambos sabían que lo suyo no tenía ningún futuro. Brooke había rechazado su proposición de matrimonio, pero había aceptado su ayuda y Benjamin había tenido que hacerse a la idea de que ejercería de padre solo dos veces al mes. De hecho no había visto a Emma más que tres veces antes de la muerte de su madre.

Y de pronto se había convertido en padre a tiempo completo. Un padre que hacía llorar a su hija cada vez que lo veía.

Volvió a encogérsele el estómago. A veces se preguntaba si llegaría el día en que pudiera abrazar a la pequeña sin hacerla llorar.

Respiró hondo y trató de concentrarse en la pantalla del ordenador, pues era consciente de que en ese momento no iba a poder solucionar el problema que tenía con Emma. Menos mal que tenía a Coco porque con ella Emma se sentía segura. Por eso la había contratado. Parecía que hacía magia con la pequeña y había sido así desde el primer momento que la había agarrado. Coco era un mujer normal que tenía superpoderes con los bebés, y eso era exactamente lo que necesitaba Benjamin. Últimamente había empezado a plantearse si Coco podría algo... más...

Meneó la cabeza de inmediato. Era una locura. Mejor sería centrarse en la tabla de Excel que tenía delante e introducir las cifras correctas.

Ya tenía suficientes problemas sin necesidad de pensar en Coco.

Coco vio los anchos hombros de su jefe desaparecer tras la puerta del despacho. Abrazó fuerte a Emma para ayudarla a calmarse. La pequeña se pegaba a ella como un koala, pobre. Coco estaba convencida de que aún echaba de menos a su madre, aunque había sido de las que iban y venían a su antojo.

También sabía que Benjamin había intentado contratar a la antigua niñera de Emma, pero no todo el mundo estaba dispuesto a vivir en un rancho en mitad de ninguna parte. Pero aquel lugar perdido en medio de Texas era perfecto para ella después de todo el tiempo que había pasado cuidando de su madre enferma. Agradecía no tener que vivir sola en un apartamento diminuto y recordándose todo el tiempo que su soledad no se limitaría solo a una noche porque, ahora que su madre había fallecido, Coco estaba completamente sola en el mundo.

Cuidar de un bebé era algo terapéutico para ella. A pesar de lo asustada e insegura que se sentía Emma, para ella representaba la luz y la esperanza. Después de la extraña visita que había recibido de aquellos dos hombres aún más extraños que se habían presentado de pronto en el porche de Benjamin, Coco se había quedado preocupada. ¿Qué querrían de ella? ¿Habría dejado su madre alguna otra deuda que tendría que pagar ella?

Le daba pánico la mera posibilidad de que fuera así porque apenas le había quedado nada después de que muriera su madre. Había tenido que pedir un crédito para poder costear un entierro en condiciones y le quedaban muchos años para terminar de devolver los préstamos con los que se había pagado la universidad. Había abandonado los estudios cuando le quedaba muy poco para terminar la carrera, algo que tenía intención de hacer en cuanto le fuera posible. Pero tendría que ser más adelante porque por el momento necesitaba recuperar el equilibrio. Nada más poner el pie en aquel rancho había sentido que era el lugar perfecto para ella. Ayudaba mucho el hecho de que Emma la necesitara.

Oyó chasquear la lengua a Sarah Stevens, que llevaba muchos años como ama de llaves de Benjamin y estaba ahora a su espalda.

—¿Cuánto tiempo va a necesitar este hombre para poder aguantar con la niña en brazos hasta que deje de llorar?

—Es comprensible —dijo Coco—. Emma no se lo está poniendo nada fácil.

El gesto se Sarah se suavizó.

—Bueno, la pequeña ha sufrido muchos cambios. Quién sabe en qué ambiente viviría con esa Brooke Hastings —el ama de llaves resopló meneando la cabeza—. Nunca comprenderé cómo acabó Benjamin con ella.

Hasta ahora, Coco se las había arreglado para ocultar la curiosidad que le despertaba la relación de la juerguista más conocida de Dallas con un ganadero responsable como Benjamin Garner.

—Supongo que verían algo el uno en el otro.

Sarah volvió a resoplar.

—Lo suficiente para tener una aventura. En cuanto Benjamin se enteró de que la señorita Hastings estaba embarazada, Benjamin intentó hacer lo correcto, por supuesto, y le propuso que se casara con él, pero ella le rechazó. No quería atarse a nadie.

—¿Y siguió saliendo durante el embarazo? Pudo hacerle mucho daño a Emma.

—Tengo entendido que estuvo más tranquila mientras estaba embarazada, pero en cuando dio a luz a Emma, volvió a las andadas. Menos mal que apareciste tú. Normalmente la pequeña estaba bien conmigo siempre y cuando la tuviera en brazos todo el tiempo, con lo cual no podía hacer nada en la casa. Aún tengo cosas pendientes —protestó.

—Para mí también fue muy oportuno —admitió Coco—. Aunque es posible que pronto tenga que tomarme un par de horas libres para ocuparme de unos asuntos personales.

Sarah suspiró.

—Supongo que es justo. Llevas dos semanas trabajando sin parar, sin separarte de ella. Tendré que sustituirte yo —la mujer levantó un dedo para acariciarle la mejilla a la niña y sonrió—. La verdad es que cuando no llora es una preciosidad.

—Intentaré hacer coincidir esas horas con alguna de sus siestas —propuso Coco.

—No es necesario —le dijo el ama de llaves—. Tendremos que organizarnos. Quizá pueda arreglármelas para que Benjamin pase un rato con ella. Jamás habría pensado que un bebé pudiera asustar de esa manera a un hombre como Benjamin —aseguró, riéndose—. Solo tienes que decirme cuándo necesitas tomarte ese descanso y yo me encargaré de todo.

—Gracias, Sarah —respondió Coco, pero se planteó la idea de llevarse consigo a Emma porque no quería causar más problemas a

Benjamin ni a la pequeña.

Esa misma noche, Coco trataba de conciliar el sueño en el dormitorio contiguo al de Emma. La pequeña seguía siendo impredecible y Coco seguía preocupada por esos hombres y preguntándose si serían cobradores de deudas. Quizá debiera consultar a un abogado. Tardó horas en quedarse dormida.

La despertó un grito. Se sentó de un salto y trató de despejarse. Un segundo grito la hizo levantarse de la cama. Parecía que Emma volvía a tener pesadillas. Quién habría imaginado que los bebés pudieran tener pesadillas. Coco salió corriendo de la habitación sin molestarse en encender ninguna luz porque se sabía el camino de memoria.

Pero esa vez chocó contra un muro humano.

El corazón le dio un vuelco. Tuvo que ponerle las manos en el pecho para no perder el equilibrio. Sintió el calor de su piel bajo los dedos y sus brazos rodeándola para ayudarla a recuperar el equilibrio. El corazón estuvo a punto de salírsele por la boca.

Por fin se le acostumbraron los ojos a la oscuridad.

—Perdón —consiguió decir mientras se apoderaba de ella un temor extrañamente sensual.

—He oído llorar a Emma y como no paraba... —dijo Benjamin con una voz tan profunda que le puso la piel de gallina.

Coco dio un paso atrás.

—Perdón —repitió—. Debe de ser que estaba dormida muy profundamente.

—Necesita descansar —reconoció Benjamin, pasándose una mano por el pelo.

—Ya veremos —zanjó ella al tiempo que entraba al dormitorio de la niña. Fue rápidamente hasta la cuna y agarró a Emma—. Ya te tengo. Tranquila, pequeña —le susurró, abrazándola—. No hay de qué preocuparse, bonita. No pasa nada.

Emma se fue calmando poco a poco.

Coco no soportaba la idea de que la niña lo pasara tan mal.

—¿Lo ves? Ya está. Está todo bien.

Emma suspiró profundamente un par de veces, recostó la cabeza sobre el hombro de Coco y comenzó a hacer un ruidito, una especie de canturreo que hizo reír a Coco.

—Parece que ya está bien —dedujo Benjamin, a un metro de

distancia de ellas.

Emma siguió con su feliz ruidito y Coco se volvió a mirar a Benjamin. Solo llevaba la parte de abajo del pijama, nada más.

—Eso creo.

Emma hizo una mínima pausa antes de continuar con el canturreo.

—¿Por qué siempre se despierta gritando de esa manera? —preguntó él, perplejo.

Coco siguió acariciándole la espalda a la pequeña.

—Ya no lo hace todas las noches. Necesita un poco más de tiempo, pero estoy segura de que pronto estará más tranquila.

—Dentro de poco tiene cita con el pediatra, puede que él pueda explicárnoslo. Me gustaría que la llevaras tú porque, si lo hago yo, se pasará el rato llorando.

—Claro. Pero mañana o pasado voy a necesitar un par de horas libres para ocuparme de unos asuntos personales.

—Por supuesto. Sarah se quedará con la niña. Supongo que debería contratar a alguien más para que te ayude —dijo con resignación.

—Podemos esperar un poco más para que no sufra más cambios. Los niños cambian muy de repente y cuando uno quiere darse cuenta, ya han dejado atrás el problema —Coco sentía que la bebé iba relajándose en sus brazos—. A lo mejor en la oscuridad no se asusta tanto de ti. Acércate a ver.

—Ya has visto cómo se ha puesto antes —respondió él secamente.

—Pero ahora es distinto porque está oscuro y no llevas el sombrero puesto. Puede que...

—Esta noche no —dijo rotundamente—. No quiero que vuelva a alterarse. Hasta mañana —dijo antes de salir de la habitación.

Coco se sentó en la mecedora y suspiró. Le daba mucha lástima que Emma y Benjamin estuviesen tan tensos el uno con el otro. Cuando había empezado a trabajar allí, había pensado que el nerviosismo de la pequeña con su padre sería solo una etapa. Era cierto que solo habían pasado unas semanas, pero daba la impresión de que la tensión estuviese aumentando en lugar de disminuir. Benjamin no quería alterar a Emma, pero eso le impedía acercarse a ella.

Coco se preguntó si no debería dejar a la pequeña en los brazos de su padre y marcharse para que no tuvieran más remedio que

acostumbrarse el uno al otro, pero quizá solo fuera la falta de sueño. La bebé se había quedado dormida en sus brazos. Era conmovedor que la pequeña confiase en ella de ese modo. La dejó en la cuna y volvió a la cama. Esa vez se quedó dormida antes incluso de apoyar la cabeza en la almohada.

A la mañana siguiente, después de acostar a Emma para que se echara la siesta de media mañana, Coco se vistió para ir al pueblo. Estaba bajando los escalones del porche cuando vio llegar un Mercedes negro y se le encogió el estómago. Era el mismo coche en el que habían llegado los dos hombres unos días antes.

Miró a su alrededor esperando que nadie viera el coche ni a sus ocupantes. Después se acercó al vehículo. En cuanto se hubo detenido, salió de él un hombre bajito de pelo gris y un ligero estrabismo en los ojos.

—Señorita Jordan, soy Paul Forno y represento a la Casa de los Devereaux. Mi colega y yo tenemos que hablar con usted de algo importante.

¿La Casa de los Devereaux? Coco no sabía si era una marca de moda o una empresa de cobro de deudas. Entonces vio salir también al conductor y el pánico se apoderó de ella.

—Escuchen, esto es una propiedad privada, además de mi lugar de trabajo.

—Sí, señora. Le pedimos disculpas, pero traemos una noticia que debemos comunicar personalmente. Si fuera tan amable de concedernos unos minutos...

—Ahora mismo me es imposible —dijo—. Estaba a punto de salir.

El hombre respiró hondo.

—Como quiera, pero no disponemos de mucho tiempo. Permítame darle mi tarjeta y le ruego que me llame en cuanto pueda.

Coco estaba confundida, pero no quería que ellos lo supiesen, así que asintió, se metió la tarjeta en el bolso y se dirigió a su coche.

«No disponemos de mucho tiempo». ¿Qué significaba eso? ¿Y quién no disponía de tiempo? Le temblaban las manos al meter la llave en el contacto del humilde coche que había comprado hacía ya cinco años. Sintió cierto alivio al mirar por el espejo retrovisor y ver que el Mercedes negro se alejaba. Abrió la ventanilla y respiró hondo un par de veces.

Aquellos hombres tenían el mismo aspecto que los que habían visitado la casa de su madre los meses antes de su muerte. Su madre

había acumulado muchas deudas y los acreedores se habían ido impacientando. Coco había ayudado todo lo que había podido, pero al final solo podía trabajar media jornada porque necesitaba el resto del tiempo y de la energía para cuidar de su madre.

Quizá alguna de las deudas estuviesen a su nombre. No había sacado ningún préstamo, pero sí que había utilizado su tarjeta de crédito para hacer un arreglo de emergencia al coche y para hacer frente a un problema eléctrico que habían tenido en la casa. Creía haber saldado ambos gastos, pero quizá tuviera que comprobarlo mejor.

Coco se alejó del rancho sin poder dejar de dar vueltas a la cabeza y preguntarse qué debía hacer. Se acordó de una vieja amiga que se dedicaba a la asesoría legal. Quizá debiera llamarla.

Al llegar al pueblo de Silver City, aparcó frente a la cafetería y se bajó del coche. Necesitaba una taza de café o de chocolate y quizá también un poco de cariño de su amiga Kim, que trabajaba allí de camarera. Kim había sido compañera suya en el instituto, desde entonces se había casado y mudado a Silver City. Coco había comido con ella un día nada más llegar allí el mes anterior y después había ido a verla a la cafetería un par de veces con Emma.

Apenas se había sentado en uno de los bancos corridos de la acogedora cafetería cuando Kim Washburn la saludó de lejos con una enorme sonrisa en los labios. Coco respondió con otra sonrisa bastante más tenue.

Su amiga no tardó en acercarse a la mesa.

—¿Dónde está la pequeña? —le preguntó Kim.

—Necesitaba un par de horas libres, así que la he dejado durmiendo al cuidado de Sarah. Tenía cosas que hacer.

—No me extraña. No te has tomado ni un momento desde que aceptaste el trabajo. ¿Qué te traigo?

—Un chocolate —dijo Coco—. O una sidra.

Kim se echó a reír.

—¿Las dos cosas?

—No. Mejor el chocolate, pero con bastante nata.

Su amiga la miró atentamente.

—¿Pasa algo? No pareces muy contenta.

—Solo estoy un poco distraída.

Kim se encogió de hombros sin demasiada convicción.

—Si tú lo dices. Si necesitas ayuda, haré todo lo que esté en mi mano —le prometió antes de volver a la barra.

Coco se mordió el labio inferior. Estaba tan acostumbrada a arreglárselas sola, que casi no sabía cómo aceptar ayuda cuando se la ofrecían. Kim no tardó en volver con una taza de chocolate de la que casi rebosaba la nata.

—Gracias —le dijo Coco con una sonrisa—. ¿Puedes guardarme un secreto? —le preguntó en voz muy baja.

—Claro. ¿Qué ocurre?

—Es posible que necesite ayuda legal —confesó.

Kim abrió los ojos de par en par y se sentó frente a Coco.

—No estás casada, así que no necesitas divorciarte y no creo que hayas cometido ningún delito.

—No, no es eso —confirmó Coco—. Lo que necesito es averiguar qué pasa con las deudas de una persona cuando muere, para saber si soy la responsable de las deudas de mi madre.

—Bueno, eso puedo decírtelo yo. A no ser que le sirvieras de aval de algún préstamo, no eres responsable de sus deudas. Lo sé porque cuando murieron los padres de mi marido dejaron un montón de deudas, pero los hijos no tuvieron que pagar nada. Sí que es cierto que les embargaron todas las propiedades de los padres y los dejaron sin herencia, pero no tuvieron que pagar nada —Kim frunció el ceño—. ¿Por qué estás preocupada?

—Hoy han venido unos hombres muy raros a casa de Benjamin Garner y me recuerdan mucho a los cobradores de deudas que iban todo el tiempo a ver a mi madre cuando estaba enferma —le explicó Coco.

—Pues, si están intentando sacarte dinero, es de manera ilegal. Deberías decírselo a Benjamin; él los despachará enseguida.

—Pero es mi jefe. Me daría mucha vergüenza hablarle de algo así.

—Se enterará de todos modos si esos hombres siguen apareciendo por la casa. Es mejor cortar el problema de raíz. Créeme, nadie mejor que Benjamin para librarse de alguien que intenta sacarte dinero —aseguró Kim antes de dar una palmada a la mesa y ponerse en pie—. Tengo que volver al trabajo. Disfruta del chocolate y habla con Benjamin.

Coco clavó la mirada en la taza y sintió que empezaba a arderle el estómago solo de pensar en hablar con Benjamin sobre las deudas de su madre.

—Está bien mientras esté dando botes con ella. Solo espero que no se me caigan los empastes porque en ese caso tendrás que hacer frente a una factura importante —le advirtió Sarah a Benjamin mientras acunaba a Emma.

Emma lo había visto y lo miraba fijamente. A Benjamin le parecía increíble que un bebé de menos de seis meses pudiera lanzar semejantes miradas. Quizá hubiera salido a su madre. Se dio media vuelta para volver a su despacho.

—No tan deprisa —le dijo Sarah—. Lo menos que puedes hacer es acercarte a decirle hola a tu hija.

—No quiero hacerla llorar.

—Tendremos que correr el riesgo. No puedes pasarte la vida huyendo de tu propia hija.

—No huyo de ella —aseguró él—. Lo que ocurre es que no me parece necesario alterarla.

De todos modos, Benjamin se acercó lentamente a Sarah y a Emma. La pequeña lo miraba como si fuera un adversario preparado para atacar.

—¡Uh! —le dijo en voz baja.

Las dos abrieron la boca, asombradas.

—¿Por qué has hecho eso? Solo vas a conseguir asustarla aún más.

Benjamin se encogió de hombros, se acercó un poco más y puso la mano en el brazo regordete de su hija.

—Verás, princesa, vas a tener que hacerte a la idea de verme todo el tiempo. Está claro que mientras tanto me lo vas a hacer pasar muy mal.

Emma arrugó la nariz, pero no gritó ni se echó a llorar. Simplemente siguió mirándolo y levantó la vista hasta el sombrero.

—¿Es esto lo que te da miedo? —le preguntó Benjamin con la mano en el sombrero. Se lo quitó y se lo ofreció a la pequeña. Pensó en la encantadora niñera a la que había contratado; nada más verla se había dado cuenta de que tenía un gran corazón—. Parece que Coco tenía razón.

Emma miró el sombrero y luego otra vez a él y, por un instante, Benjamin creyó ver que los preciosos ojos azules de su hija se suavizaban.

Entonces se abrió la puerta y se oyeron los pasos de Coco en el vestíbulo. Ya reconocía su manera de caminar. También oyó que Boomer acudía a recibirla.

—Hola, pequeño —escuchó que le decía al perro. Apareció un segundo después, con gesto apresurado y visiblemente preocupada —. ¿Qué tal ha estado?

—¡Ah! —exclamó Emma.

—Está bien siempre y cuando no deje de moverme —repitió Sarah a modo de queja al mismo tiempo que Emma le echaba los brazos a la recién llegada—. ¿Has podido resolver tus asuntos?

La mirada de Coco se oscureció.

—Más o menos —dijo al tiempo que agarraba a Emma—. Pero... me gustaría hablar con usted en algún momento —añadió dirigiéndose a Benjamin.

Él se encogió de hombros, sorprendido.

—Claro. Dígame cuándo. Voy a estar toda la tarde en el despacho y por la noche tengo una reunión con otros ganaderos.

Coco se quedó mirándolo unos segundos.

—¿Entonces cuándo le vendría bien?

La expresión de su cara le dio mala espina a Benjamin. Solo esperaba que no hubiera ningún problema, porque no podría hacer frente a ningún problema más en esos momentos, y mucho menos si procedía de la mujer a la que había contratado precisamente para quitarse de encima parte de esos problemas.

—Puedo verte en cualquier momento antes de las seis o después de las nueve —le dijo.

Coco respiró hondo.

—Mejor después de las nueve. A esa hora, Emma ya estará en la cuna.

Benjamin asintió y volvió a ponerse el sombrero.

—A las nueve en punto en mi despacho.

—¿No podríamos... hablar en la sala de estar? —le pidió.

Benjamin la miró, de nuevo sorprendido.

—Está bien. Hasta luego entonces. Ahora tengo que irme —dijo y se marchó.

Esa noche, Emma se quedó dormida sin el menor esfuerzo poco antes de las nueve. Coco la dejó en la cuna y se quedó mirándola unos segundos; parecía completamente relajada. Salió de la habitación dejando la puerta entreabierta. Tenía un intercomunicador para poder oírla desde cualquier parte de la casa, pero prefería no cerrar la puerta por si acaso.

Ya no estaba tan segura de que fuera buena idea hablar con Benjamin. Casi había esperado que le costara dormir a Emma y así no poder acudir a la sala de estar a la hora acordada. Tenía un nudo de nervios en el estómago. Benjamin era un hombre muy duro, así que esperaba que se pusiese de su parte.

Capítulo 2

Coco titubeó un momento en la puerta de la sala de estar.

Empezaba a preguntarse por qué habría elegido aquella estancia con los sofás de cuero marrón y ese aire tan masculino. Quizá habría estado mejor hablar con él en el despacho.

De pronto apareció Benjamin frente a ella y se le detuvo el corazón.

—Tienes aspecto de necesitar una copa —dijo.

Ella meneó la cabeza.

—No, estoy bien.

—No sé yo —respondió él, dubitativo—. Pasa.

Coco lo siguió y se sentó en el sofá frente a él, que eligió una butaca con tapicería de cuero bastante gastada. Se le secó la garganta al sentir la expectación con que la miraba.

Abrió la boca, pero solo salió de ella una especie de carraspeo.

Benjamin estiró el brazo para ofrecerle su vaso.

—Me parece que necesitas beber algo y qué mejor que un buen whisky.

Coco tomó un sorbo que le dejó un rastro de fuego en la garganta.

—Un poco más.

El modo en que se lo dijo la impulsó a obedecer. Tomó un segundo sorbo y le devolvió el vaso.

—Ya es suficiente —aseguró—. Necesito tu ayuda.

Él también bebió un sorbo del vaso que acababa de recuperar.

—Sí, ya me lo imaginaba. ¿De qué se trata?

—No estoy del todo segura. Hay unos hombres que quieren hablar conmigo.

—¿Unos hombres? —repitió con evidente disgusto.

—Ya han venido dos veces a casa y...

—¿A qué casa? —preguntó, incorporándose en la butaca.

—A esta —aclaró ella—. A tu casa.

—¿Por qué demonios han venido? ¿Y cómo es que nadie me ha dicho nada?

—Venían a verme a mí —se sacó la tarjeta de visita del bolsillo y se la dio—. No sé qué es eso de la Casa de los Devereaux —hizo una pausa para respirar hondo con nerviosismo y apartarse un mechón de

pelo castaño de la cara—. Como ya sabes, mi madre murió hace unos meses, después de haberse quedado sin nada de dinero —se mordió el labio—. Mientras estaba enferma empezaron a venir algunos cobradores de deudas. Esos hombres tenían el mismo aspecto.

Benjamin frunció el ceño y dejó el vaso sobre la mesa mientras observaba la tarjeta.

—¿Apareces como avalista en algún préstamo que ella pidiera?

Coco negó con la cabeza.

—Llamaré a mi hermano, que es abogado, y le preguntaré si sabe algo de esta Casa de los Devereaux. Entretanto, si vuelven a aparecer esos tipos, quiero que me llames inmediatamente al teléfono móvil.

No parecía muy segura.

—¿Hay algo más que deba saber?

—No. Solo estaba pensando que no debería haberte metido en todo esto.

—Esos hombres se presentaron en mi propiedad sin permiso. Tú eres empleada mía. Eso lo convierte en asunto mío.

La vulnerabilidad que transmitía Coco en aquel momento le resultó atractiva, aunque jamás lo admitiría. El rostro siempre sin maquillaje de Coco y su cuerpo menudo la hacían parecer más joven de lo que era. Era dulce e inocente y probablemente esperaba que apareciera su Príncipe Azul; no era su tipo en absoluto. Benjamin siempre se había decantado por mujeres poco exigentes, con experiencia en las relaciones con hombres y que no esperaran demasiado de él. Pero Brooke no encajaba en esa descripción. Brooke había sido un gran error.

—Quiero que me prometas que me llamarás si vuelven a aparecer —insistió.

Ella respiró hondo antes de asentir a regañadientes.

—Lo haré, pero espero que se olviden de mí.

Benjamin tenía la sensación de que ese deseo no iba a hacerse realidad.

—Solo para entendernos —dijo al tiempo que se ponía en pie—, nos vemos mañana.

Al día siguiente, mientras estaba vistiendo a Emma, Coco le señaló una foto de Benjamin que había colocado sobre la cómoda del dormitorio de la pequeña.

—Papá —le dijo—. Ese es tu papá.

La niña estaba contenta y menos pegada a Coco de lo normal. Parecía que iba progresando, así que quizá pronto pudiese hacer las paces con su padre.

Oyó el timbre de la puerta cuando acababa de empezar a dar de comer a Emma.

—Han venido dos hombres que quieren verte —anunció Sarah al entrar a la cocina—. ¿Dever... algo?

Se le encogió el estómago. Primero pensó en echarlos, pero luego recordó que había prometido llamar a Benjamin.

—Diles que me esperen en la sala de estar, por favor —dijo al tiempo que se sacaba el teléfono del bolsillo para llamar a Benjamin en cuanto Sarah saliera de la cocina.

—Soy yo, Coco —dijo nada más oír la voz de su jefe—. Han vuelto a venir esos hombres. Están en la sala de estar.

—¿Sabes lo que quieren? —le preguntó Benjamin.

—Todavía no. Estaba dando de comer a Emma. Solo te he llamado porque me hiciste prometer que lo haría.

—Iré lo más rápido posible —dijo y colgó.

Coco dejó a Emma con Sarah y se dirigió a la sala. Los hombres se pusieron en pie al verla entrar.

—Señorita Jordan, gracias por recibirnos. Permítame que vuelva a presentarme, soy Paul Forno y este es mi compañero Gerald Shaw.

Coco se apretó las manos sobre el regazo con tensión.

—Si esto tiene algo que ver con las deudas de mi madre, me temo que no voy a poder ayudarlos.

El señor Forno arrugó el entrecejo en un gesto de confusión.

—¿Las deudas de su madre? —repitió—. Desconocía que la señorita London tuviese algún problema de deudas. Por lo que nosotros sabemos, nunca le faltó de nada, gracias al acuerdo al que llegó con su padre.

—La señorita London —ahora era ella la que repetía y era difícil saber quién estaba más confundido si el señor Forno o ella—. Mi madre no se llamaba así. Me parece que se han equivocado de persona.

El señor Forno la observó detenidamente.

—Supongo que sabe que es usted adoptada, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, pero... —dejó la frase a medias y trató de controlar sus emociones mientras buscaba una explicación a aquella visita—. ¿Todo esto tiene algo que ver con mi madre biológica?

Intenté encontrarla hace años, pero me dijeron que no quería conocerme. ¿Ha cambiado de opinión?

El señor Forno miró a su compañero.

—Por desgracia...

En ese momento se abrió la puerta y apareció Benjamin.

—¿Algún problema?

Coco sintió automáticamente una intensa sensación de alivio.

—Me parece que ahora mismo hay mucha confusión.

Benjamin se dirigió a los dos hombres.

—Estoy seguro de que enseguida se aclara cualquier confusión que pueda haber. Si tienen alguna razón legítima para querer hablar con la señorita Jordan, será mejor que la expongan o se marchen de inmediato.

El señor Forno se aclaró la garganta antes de hablar.

—Es un asunto muy delicado. La verdad es que preferiríamos hablar con la señorita Jordan a solas.

—Eso debe decidirlo ella —respondió Benjamin.

—Preferiría que el señor Garner estuviese presente —aclaró Coco—. Puede escuchar cualquier cosa que quieran decirme.

El señor Shaw suspiró con resignación.

—Señor, entonces debemos pedirle que firme un compromiso de confidencialidad.

—No voy a firmar absolutamente nada —aseguró Benjamin—. Les recuerdo que están ustedes en mi casa y que nos están haciendo perder el tiempo a mi empleada y a mí.

El señor Shaw parecía nervioso y perplejo.

—Entonces le rogamos que nada de lo que oiga salga de esta habitación.

Benjamin aceptó dicha petición sin demasiada convicción.

—Permítame que me presente, señor Garner —intervino el señor Forno—. Soy Paul Forno y este es mi compañero Gerald Shaw, representamos a la Casa de los Devereaux.

Benjamin tomó asiento con impaciencia. Los demás hicieron lo mismo.

—¿Qué es eso? —preguntó Benjamin.

El señor Shaw parpadeó, estupefacto.

—La Casa Real de los Devereaux. La familia real de Chantaine.

—La primera vez que oigo ese nombre.

El señor Forno miró a Coco, que se encogió de hombros.

—Lo siento. Yo tampoco lo conocía.

—Ay, Dios —murmuró Forno—. Chantaine es un país pequeño, pero hermoso, una isla situada frente a la costa de Italia. La familia Devereaux lleva siglos al frente del país.

—¿Y eso qué tiene que ver con Coco?

Esa vez fue Forno el que suspiró.

—Su madre biológica fue Ava London, que tuvo una larga relación con el príncipe Edward de Chantaine, fruto de la cual... —se aclaró la garganta antes de completar la frase— nació usted.

Coco tuvo que tragar saliva y parpadear varias veces para asimilar la información. ¿Sus padres biológicos? ¿De verdad iba a descubrir quién eran después de tantos años? Meneó la cabeza con asombro.

—¿Me está diciendo que esa Ava London y el príncipe Edward son mis padres biológicos?

—Así es.

Estaba tan atónita, que apenas podía hacerse a la idea.

—¿Mi padre es un príncipe?

—Lo era, sí —matizó Forno.

—¿Era? —repitió Coco, el corazón estaba a punto de escapársele del pecho—. ¡Dios mío! ¿No está vivo? ¿Y mi madre, está viva?

—Por desgracia no. Su Alteza Real falleció hace varios años, tras lo cual subió al trono su hijo Stefan. Su madre biológica murió hace solo una semana.

—Ah —dijo ella con profunda tristeza. Se sentía terriblemente sola desde la muerte de su madre porque no tenía hermanos, ni parientes cercanos.

—¿Qué implica eso para la señorita Jordan? —preguntó Benjamin.

—Veamos, la Casa de los Devereaux desea invitarla a visitar el país de Chantaine y a conocer a la familia Devereaux —anunció alegremente.

—¿Visitar Chantaine? Pero... ¿cómo? —preguntó Coco.

—De la manera habitual, en avión —respondió Forno sin dejar de sonreír.

La cabeza le daba vueltas, pero en cuanto miró a Benjamin se dio cuenta de que no podría ir. Benjamin contaba con ella y Emma también.

—No, no puedo. Llevo poco tiempo trabajando aquí y Emma me necesita. Pero gracias por la invitación.

Los dos hombres parecían sorprendidos.
—Está usted rechazando una invitación para conocer a los Devereaux.
—No es un buen momento ni para mí, ni para mi jefe —explicó, echando un rápido vistazo a Benjamin, que tenía cara de asombro.
—¿Estás segura? —le preguntó él.
—Claro que estoy segura. Me he comprometido y no pienso faltar a mi palabra —declaró al tiempo que se ponía en pie.
Los tres la miraban como si de pronto fuera bicéfala. La cabeza le iba a mil por hora. Por fin sabían quiénes eran sus padres biológicos. Pero también sabía que no habían querido conocerla. Tenía un hermano al que seguramente no le hiciera ninguna gracia su existencia.
—¿Hay más Devereaux? ¿Tengo...? —Coco se detuvo al darse cuenta de que era una locura porque ese príncipe Stefan no era su verdadero hermano, sin embargo no podía contener la curiosidad—. ¿Tenía más hijos el príncipe Edward?
—Sí —respondió Shaw—. El príncipe Stefan, del que ya le hemos hablado, las princesas Valentina, Fredericka, Bridget, Phillipa y el príncipe Jacques.
Forno y él intercambiaron una nueva mirada.
—Y tuvo otro hijo más con su madre biológica.
—Otro —murmuró, atónita—. Debió de estar muy ocupado, ¿no?
El señor Shaw se aclaró la garganta, pero no respondió.
Benjamin se echó a reír.
—Desde luego.
Aquella risa consiguió distraerla por un momento de su estado de asombro.
—A ver si lo he entendido bien. Me está diciendo que mi padre biológico tenía seis... no, siete hijos más. Y uno de ellos es hermano mío de padre y madre. ¿Tengo un hermano? ¿Dónde está? —quería saberlo todo—. ¿Cómo se llama?
—Ahora mismo vive en Australia, donde trabaja de ingeniero. Nos está costando bastante localizarlo —le explicó Shaw antes de hacer una pausa—. Me temo que no estamos autorizados para darle más información sobre él. Pero la noticia podría salir a la luz en cualquier momento.
—¿Noticia? —repitió Benjamin—. Pensé que habían dicho que se trataba de un asunto confidencial.
—Y así es, pero nos preocupa que alguien filtre a la prensa la

noticia de los hijos recién descubiertos del príncipe Edward —explicó Shaw.

—Supongo que por eso tenían tanta prisa por ponerse en contacto con Coco —dedujo Benjamin—. Y por lo que la han invitado a Chantaine. Si tienen controlada a Coco, podrán controlar la difusión de la noticia.

—Convendrá conmigo en que es lógico que los Devereaux tengan interés en conocer a la señorita Jordan —replicó Shaw con insolencia.

—Y ustedes convendrán conmigo en que es un descubrimiento de gran magnitud para la señorita Jordan, así que no les importará darle un poco de tiempo para asimilarlo.

—Por supuesto —dijo Shaw—. Pero le agradeceríamos que firmara un documento en el que se compromete a no hablar de todo esto con la prensa...

—No va a firmar nada sin que antes lo vea un abogado —proclamó Benjamin.

—Señor, ella es la primera a la que no le conviene que se entere la prensa porque, en cuanto lo hagan, empezarán a acosarla los paparazzi. Este documento le ofrecería la excusa perfecta para evitar cualquier tipo de entrevista.

—No va a necesitar ninguna excusa —aseguró Benjamin y se puso en pie—. Y ahora, si la señorita Jordan tiene sus datos de contacto, me parece que la conversación ha terminado.

Los dos caballeros parecían decepcionados.

—Llámenos si cambia de opinión sobre el documento o respecto a viajar a Chantaine —le pidió Forno a Coco.

Benjamin tenía razón; necesitaba un poco de tiempo para asimilar toda aquella información.

—No creo que cambie de opinión, pero, en cualquier caso, tengo su número de teléfono —dijo y después vio salir a los dos hombres mientras notaba en todo momento la mirada de Benjamin, observándola.

—¿Estás bien?

Como no quería parecer tan alterada como estaba, Coco levantó bien la cara para responderle.

—Claro que estoy bien. La noticia es un tanto extraña, pero siempre he sabido que era adoptada y también sabía que mis padres biológicos no querían conocerme. Ahora ya sé por qué.

En ese momento entró Sarah.

—¿Se han ido? Estupendo. Tenía que llamar para que nos traigan la compra. ¿Te importa quedarte con la niña? —le preguntó a Coco.

—Claro que no —respondió ella, abriendo los brazos de manera automática.

Sarah no tardó en desaparecer y Coco enseguida percibió el motivo por el que parecía tan ansiosa de deshacerse de Emma.

—Aquí hay alguien que necesita que le cambien el pañal —dijo, acariciándole la carita a la pequeña—. Discúlpame. El deber me llama.

—Espera un momento —le pidió Benjamin.

—Confía en mí, será mejor que me vaya lo más pronto posible —dijo antes de alejarse de él rumbo a la escalera, pero oyó los pasos de su jefe siguiéndola hacia la habitación de la niña.

Coco le cambió el pañal a Emma a toda velocidad ante la presencia de Benjamin y la agarró de nuevo en brazos antes volverse a mirarlo.

—Gracias por acompañarme mientras me daban la noticia.

—No sé si te has dado cuenta del impacto que podría tener en tu vida —dijo él—. Eres hija de un príncipe, así que es posible que recibas una herencia. Dios, en cierto modo, eres princesa —añadió con un ápice de horror en la mirada.

Coco se echó a reír, como mofándose de la idea.

—Qué tontería. No soy ninguna princesa y estoy segura de que tampoco hay herencia para mí. De ser así, lo habrían dicho enseguida —afirmó, pero luego se fijó en la expresión de duda de Benjamin—. ¿No crees? Vamos, soy una hija ilegítima. Probablemente estén acostumbrados a ese tipo de cosas y lo tengan todo previsto. No creo que ese Edward sea el primer Devereaux que planta su semilla fuera del matrimonio. Parece que hay hombres que no pueden tener la cremallera bajada...

Se calló bruscamente al caer en la cuenta de que Benjamin podría tomárselo como una indirecta hacia él.

—Quiero decir que tuvo ocho hijos. No es lo mismo que tener uno o dos o...

—Ya. Bueno, dime cuándo quieres ponerte en contacto con los Devereaux.

—Nunca —respondió ella tajantemente—. Ellos no quieren verme, igual que su padre no quiso conocerme nunca —de pronto se sentía vulnerable porque hasta ese momento había creído que estaba sola en el mundo y se había convencido de que todo iría bien. Ahora

apenas podía creer lo que le habían dicho y tenía la sensación de que su nueva familia no la recibiría con los brazos abiertos precisamente —. Ya tengo bastantes cosas de las que preocuparme sin necesidad...

—Cambiarás de opinión —aseguró él.

Coco le lanzó una mirada contrariada.

—No sé por qué estás tan seguro.

Benjamin se metió las manos en los bolsillos.

—Porque sé que lo harás. En algún momento te darás cuenta de que quieres conocer a tus hermanos; todo el mundo querría conocer a su familia, sobre todo después de pensar que no tenías a nadie. Yo desde luego lo haría —concluyó.

—¿De verdad?

—Sí —aseguró él—. Tengo tres hermanos, dos en el pueblo y uno en Clayton Junction, Colorado. Siempre han sido muy importantes para mí, pero aún más desde que murió mi padre y mi madre se fue a Costa Rica.

—¿A Costa Rica? —repitió ella.

Benjamin se encogió de hombros.

—Mi madre siempre quiso viajar y esperó hasta que mi padre muriera para hacerlo. Así es, siempre corriendo de un lado a otro, pero algún día parará.

Coco se quedó mirándolo unos segundos.

—¿No estás molesto con ella? ¿No te gustaría que estuviera aquí?

Benjamin se echó a reír.

—En absoluto. Necesitaba irse y me alegro de que tuviese el valor de hacerlo. Le afectó mucho la muerte de mi padre y cada persona tiene una manera de afrontar el duelo.

—¿Es por eso por lo que tú acabaste con Brooke?

Benjamin se quedó pensando un buen rato antes de responder.

—Es posible. Yo tenía que ser fuerte. Ninguno de mis hermanos quería hacerse cargo del rancho y yo sabía que iba a ser una enorme tarea.

—¿Por qué no querían ayudar?

—Supongo que no lo llevan en la sangre. Uno es abogado, otro especialista en inversiones y otro ingeniero informático. Así que solo quedaba yo.

—No sé mucho sobre ranchos, pero da la impresión de que lo estás haciendo bien.

Eso le arrancó una sonrisa.

—Gracias. Lo estoy haciendo bastante bien.

Emma emitió entonces un sonido de protesta.

—Solo tengo que lograr que mi hija no llore cada vez que me vea y volveré a estar en plena forma.

—Podrías empezar por quitarte el sombrero —le sugirió ella.

—No creo que sirva de nada.

—Inténtalo.

Le hizo caso con gesto de resignación.

Emma lo miró fijamente, en silencio.

—No puedo creerlo, es el maldito sombrero —descubrió Benjamin.

La pequeña estiró el brazo hacia el rostro de su padre.

—Acércate —le pidió Coco.

Benjamin le lanzó una mirada de duda, pero inclinó la cabeza hacia su hija. Emma volvió a protestar ligeramente, pero enseguida alargó la mano un poco más hasta tocarle la barbilla.

—¡Ah! —exclamó la pequeña.

—Vamos mejorando —murmuró Coco sin poder disimular la sensación de victoria.

—Es cuestión de opiniones —respondió Benjamin mientras su hija le pasaba la mano por la boca.

—Vamos, no está gritando, ni llorando.

—Es verdad —dijo él antes de mordisquearle el dedito.

Emma abrió los ojos de par en par y retiró la mano inmediatamente.

—No la asustes —lo reprendió Coco.

—¿Qué tal estás, preciosa? —le preguntó entonces a la niña con voz dulce.

La pequeña lo miró con fascinación y volvió a tocarle la cara.

—¡Ah!

—¡Ah! —repitió él—. Tú eres mi niña. No lo olvides —le agarró la manita y se la besó—. No lo olvides nunca.

Emma empezó a mover las piernecitas y siguió mirándolo a los ojos, pero por primera vez, no gritó. Quizá Coco tuviera razón al decir que la había asustado. Pero, lo que era más importante, quizá también estuviera en lo cierto cuando decía que lo que tenía que hacer era tranquilizarse y limitarse a querer a su hija. Aunque quizá la misión fuera más difícil de lo que había pensado.

En los siguientes días, Coco intentó no pensar en lo que había descubierto sobre su familia biológica. Sus verdaderos padres nunca habían querido conocerla y sus hermanastros tampoco tenían el menor interés en ella porque, de otro modo, alguno de ellos habría ido a conocerla. ¿Y su hermano de padre y de madre? No parecía que le importase lo más mínimo que ella existiera.

No era agradable saberlo, pero desde la muerte de su padre, Coco siempre había albergado cierto temor porque sabía que algún día también moriría su madre y se quedaría completamente sola en el mundo. Durante un tiempo había creído que quedaba mucho para que sucediera, pero entonces le habían diagnosticado un cáncer a su madre y se había estropeado todo.

Estar al lado de su madre durante esos últimos días había sido lo más importante que había hecho nunca, pero también lo más duro. Coco había albergado la esperanza de encontrar un poco de paz, pero, después de que ella muriera, se había sentido inquieta y no había dejado de despertarse en medio de la noche con ataques de pánico.

Al empezar a trabajar para Benjamin había sentido una curiosa sensación de alivio. Emma se había adaptado a ella automáticamente, como si entre ellas hubiera ya algún vínculo y, aunque la pequeña estuviese inquieta, la rutina diaria le transmitía cierta calma. La pequeña lloraba y gritaba, pero también sonreía y se acurrucaba a ella; tenía algo que aliviaba la tristeza de Coco. Deseaba ayudar a Emma a perder el miedo y, en el poco tiempo que llevaba en el rancho, se había encariñado mucho con ella y estaba empeñada en conseguir que reinase la paz entre padre e hija.

En esos momentos, no había nada más importante en su vida.

No obstante, con cada hora que pasaba, sentía más y más curiosidad sobre la familia real de Chantaine. En unos minutos que tuvo libres, buscó todo lo que pudo en Internet sobre ellos y sobre el país. La mayoría de los hermanos le parecieron algo arrogantes, excepto la que tenía el pelo rizado y se llamaba Phillipa, y le sorprendió descubrir que otra de las princesas, Valentina, vivía en Texas con su marido y su hija.

Una de sus hermanastras estaba en el mismo estado, lo que quería decir que podría incluso ir a visitarla en coche. Pero, claro, lo más probable era que la princesa Valentina no tuviese el menor interés en conocerla. Por mucho que dijese que no esperaba nada de su nueva familia, lo cierto era que Coco empezó a sentirse inquieta día

y noche. Cuando se iba a la cama, no podía dejar de dar vueltas a la cabeza, imaginando todas las posibilidades. En el fondo, deseaba tener una familia; hermanos, hermanas, un padre y una madre, primos y tíos. Sus padres adoptivos estaban muertos y también los biológicos. Pero ¿realmente estaba sola en el mundo? ¿Estaría loca por pensar que quizá no lo estuviera?

Al día siguiente, Coco se ató a Emma al pecho con el pañuelo portabebés, agarró una caña de pescar y la caja de aparejos y se dirigió a uno de los arroyos que pasaban por el rancho Garner. En Texas la gente solía llevar a sus hijos a disfrutar de todo lo maravilloso que tenía el estado, lo que quería decir que nadie se sorprendía de ver a un niño en un partido de béisbol, pescando o incluso montando a caballo, con su madre o su padre, claro. Lanzó el sedal al agua mientras recordaba todas las excursiones de pesca que había hecho con su padre antes de cumplir los diez años, se sentó en la orilla y esperó. Y esperó. Y esperó. Hasta que notó que habían picado y sacó una trucha de buen tamaño. La tiró de nuevo al agua y volvió a lanzar el sedal.

Hacía mucho tiempo que había aprendido lo importante que era saber esperar. Su padre había conseguido que la espera le resultara más fácil gracias a las historias que se inventaba. Recordó una de ellas y se la contó a Emma, que no tardó en quedarse dormida.

Pero era una buena historia. Pescó otros tres peces que devolvió al agua. También estuvo charlando un rato con un empleado de Benjamin que se paró a hablar con ella, y hacia mitad de la tarde se dio cuenta de que se sentía de maravilla y de que habían desaparecido todas sus preocupaciones. Le dio un biberón a Emma. El sol brillaba con fuerza todavía cuando decidió emprender el camino de regreso a casa.

De vuelta en la casa, Benjamin entró a su despacho. Coco y Emma no estaban. Coco le había dicho a Sarah que se iba a pescar, pero él no había tenido tiempo de enseñarle ninguno de los lugares de pesca del rancho, así que no comprendía dónde demonios habría ido.

Pensó entonces en los dos tipos que representaban al clan Devereaux y se preguntó si, a pesar de ese aspecto bobalicón, tendrían algún motivo oculto. ¿Y si Coco y su hija estaban en peligro?

Estaba ya en la puerta de la casa con la intención de ir en su busca cuando vio a Coco caminando hacia allí con la caña de pescar en la mano y una enorme sonrisa en la cara.

Una sonrisa contagiosa.

—Pareces contenta.

—Lo estoy —dijo ella—. He pescado cuatro peces y los he devuelto al río.

—¿Tienes alguna prueba que lo demuestre?

Coco lo miró fijamente.

—Emma es testigo.

Benjamin miró a su hija, profundamente dormida, y se echó a reír.

—Es muy mala testigo.

—¿No te crees que haya pescado cuatro peces? —le preguntó en tono retador.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque te lo digo yo, que soy una persona honrada. Solo cuento historias cuando tengo que entretener a alguien mientras espera que piquen los peces, como solía hacer mi padre cuando me llevaba a pescar.

Benjamin la miró a los ojos y notó una extraña sensación en el pecho. Había conseguido sorprenderle. No esperaba que fuese aficionada a la pesca, aunque sabía que había crecido en un pueblo pequeño.

—¿Y estás intentando enseñar a pescar a mi hija con solo cinco meses? —le preguntó, mirando a la pequeña.

—¿Te molesta?

—No, no me molesta. Le viene muy bien salir.

—¿Quieres hacerlo tú? —lo desafió.

«Vaya», pensó.

—Seguro que se pondría a gritar si me la llevase a pescar.

Coco lo miró con dulzura.

—No me refería a que la llevaras a pescar exactamente. Me refería a que hicierais algo juntos. Los dos lo necesitáis.

Capítulo 3

La noche siguiente, Benjamin se reunió con su hermano Jackson en un bar del pueblo, donde se sentaron frente a un par de cervezas frías.

—¿Qué pasa? —le preguntó Jackson enseguida—. No tienes buen aspecto.

Benjamin miró a su hermano. Jackson siempre había sido muy rápido, quizá por eso se había convertido en un prometedor abogado. Había terminado el instituto en dos años y luego había estudiado Derecho en una prestigiosa universidad, haciendo la carrera en tres años.

—¿Quieres cambiarme el lugar durante un par de meses? —le dijo Benjamin, bromeando.

—Lo siento —respondió Jackson mientras se llevaba la jarra a los labios—. Hasta yo sé que saldrías ganando con el cambio. Un rancho y una hija, ¿yo? No tengo intención de casarme, ni de tener hijos en los próximos cien años.

—Yo tampoco había planeado tener hijos —recordó Benjamin con ironía, pero no pudo contener una ligera sonrisa—. ¿Qué tal va el trabajo?

—Bien —respondió Jackson—. Sería más sencillo si estuviese en Dallas y ya sabes lo de la oferta para ir a Nueva York.

—¿Entonces por qué no te vas? —le preguntó, aunque ya sabía la respuesta. Su hermano se sentía muy unido a Silver City.

Jackson se encogió de hombros.

—No lo sé. Siento que estoy bien donde estoy.

—Entonces deja de renegar —le recomendó Benjamin.

Jackson le lanzó una falsa mirada de enfado.

—Eres tú el que quería que cambiáramos de lugar —le recordó y luego tomó un trago de cerveza—. ¿Qué ocurre?

Benjamin lanzó un suspiro.

—¿Aparte de que mi hija me odie?

Jackson estuvo a punto de echarse a reír, pero, para evitarlo, bebió un poco más de cerveza.

—Debe de ser difícil para ti.

—Sí —admitió Benjamin.

—Pero hay algo más —adivinó su hermano.

Benjamin volvió a suspirar.
—La nueva niñera.
Jackson frunció el ceño.
—Pensé que era estupenda y que conseguía tranquilizar a la niña. Se suponía que era perfecta.
—Casi perfecta. Pero hay un problema.
—¿No tiene papeles?
—No, es peor que eso.
—¿Qué podría ser peor?
Benjamin miró a un lado y a otro antes de inclinarse sobre la mesa para acercarse más a su hermano y decirle en voz baja:
—Es una princesa.
—¿Qué? —preguntó Jackson casi gritando.
—Baja la voz.
—¿De qué estás hablando?
—Resulta que sus padres la adoptaron y acaba de descubrir que su verdadero padre era un príncipe.
—Madre mía. Tú sí que sabes escogerlas.
—Gracias por tu apoyo.
—¿Qué necesitas de mí?
—Los representantes de la familia real quieren que firme unos documentos —le explicó Benjamin.
—Que no lo haga sin que yo los haya visto antes —se apresuró a decir Jackson.
—Sí, es lo mismo que le dije yo. La han invitado a visitar su país, pero antes quieren también que firme algo. Ella dice que no tiene ningún interés en conocer a la familia, pero yo creo que sí que quiere.
Jackson se pasó la mano por la cara.
—Y supongo que tú quieres saber qué consecuencias puede tener legalmente. ¿Quieres despedirla?
—¡No! Emma la adora.
—Está bien. Existe la posibilidad de que le corresponda alguna herencia, pero dado que el príncipe la tuvo al margen de su matrimonio y que está ya en edad adulta, no es demasiado probable. Las familias reales suelen blindar muy bien sus herencias.
—Estoy seguro de que a Coco le iría muy bien tener algún ingreso más, pero no es solo eso.
—¿Qué más te preocupa?
—Los representantes de la casa real dijeron que cuando la noticia saliera a la luz, la prensa se pondría en contacto con ella.

—Es cierto. La gente se vuelve loca con cualquier cosa que tenga que ver con las familias reales. Podría serle muy molesto.

—Mis hombres y yo podemos encargarnos de esas pequeñas molestias —aseguró Benjamin.

—Puede que no fueran tan pequeñas —le advirtió su hermano.

—Me parece que a Coco le gustaría tener una familia. Creció sin hermanos, su padre murió cuando ella era muy joven y su madre hace unos meses.

Benjamin se dio cuenta de que su hermano lo estudiaba muy atentamente.

—Eso empieza a sonar muy personal. ¿Tienes algo con esa niñera?

—No —respondió Benjamin de inmediato—. Solo te cuento lo que he observado.

—Entonces no ha habido besos, ni os coláis dormidos en la habitación del otro ni nada de eso.

—No.

—Ya veo —Jackson se quedó en silencio unos segundos, sin dejar de mirar a su hermano—. ¿Qué aspecto tiene?

A Benjamin empezaba a ponerle nervioso la actitud de su hermano.

—No hay nada entre Coco y yo. Créeme, entre Brooke y la niña ya he tenido bastantes problemas con las mujeres últimamente. Emma se siente segura con Coco y lo último que quiero es arriesgarme a estropearlo todo.

—Bueno, si tienes alguna otra duda legal o puedo ayudarte con cualquier otra cosa, solo tienes que decírmelo. Teniendo en cuenta que normalmente preferirías cortarte una pierna antes que pedir ayuda, supongo que esto debe de ser muy importante.

—Sí —dijo Benjamin y decidió cambiar de tema—: ¿Equipo de fútbol ideal?

Los dos hermanos estuvieron un rato hablando de fútbol americano y luego Benjamin volvió a casa. Antes de entrar se fijó en que las luces del porche estaban encendidas y se preguntó si Sarah habría olvidado apagarlas.

Las apagó en cuanto cruzó el umbral de la puerta principal.

—¡Espera!

Reconoció enseguida la voz de Coco y, después de volver a encender las luces, la vio que se acercaba corriendo al porche.

—¿Qué haces aquí fuera?

—Necesitaba un poco de aire fresco, así que salí a dar un par de vueltas alrededor de la casa. Llevo el intercomunicador para oír a Emma si se despierta —le explicó al tiempo que sacaba el aparato del bolsillo de la sudadera con capucha que llevaba. Tenía la nariz roja y las mejillas sonrojadas por el frío.

Después de un verano asfixiante, se agradecía que empezara a hacer fresco.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera? —le preguntó Benjamin.

—No mucho —respondió ella—. Estoy bien, es que no quería estar encerrada.

Pero Benjamin percibió cierta inquietud en su gesto. Se quitó la capucha, bajo la que apareció su cabello suelto.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí —contestó, pero sin mirarlo a los ojos—. Durante el último mes de vida de mi madre, solía salir a pasear alrededor de su casa para despejarme. Normalmente me encuentro mejor después de andar un poco.

—Te entiendo. Yo me pongo nervioso si estoy demasiado tiempo sin moverme.

Por fin lo miró.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Quieres tomar algo para entrar en calor? Por el olor, Sarah ha debido de estar calentando algo.

—Sí, es sidra de manzana —confirmó Coco—. Y está riquísima.

Fueron a la cocina y Coco sirvió un poco de sidra caliente en dos tazas. Benjamin bebió demasiado rápido y se quemó la lengua.

—¡Ay! —protestó.

Coco sonrió mientras se sentaba frente a él, alrededor de la mesa.

—Huele tan bien que cuesta esperar.

Parecía tan joven y tan dulce que cualquiera habría pensado que era una adolescente.

—Me estás mirando de una manera un poco rara. ¿Qué piensas? —le preguntó ella, mirándolo fijamente también.

—Estaba acordándome de que hasta que no vi tu carné de conducir no me creí que tuvieras veinticuatro años.

Coco se echó a reír.

—Siempre he parecido más joven de la edad que tenía. Mi madre siempre me decía que llegaría el día en que me alegraría de que fuera así. Pero cuando estaba en el instituto me daba mucha

rabia.

Benjamin volvió a beber, pero esa vez no se quemó.

—Dime, ¿qué te ha impulsado a salir a hacer ese pequeño maratón alrededor de la casa? ¿Has estado pensando en tu nueva familia?

La sonrisa desapareció del rostro de Coco.

—No sé qué hacer. Me cuesta mucho creer que realmente quieran conocerme porque no han venido a verme ni me han llamado precisamente.

—Puede que por motivos legales esperen que seas tú la que te pongas en contacto con ellos —sugirió Benjamin.

—¿Tú crees? —dijo sin esperar una respuesta—. Yo lo único que sé es que, si yo descubriera de repente que tenía una hermana por ahí, habría intentado conocerla.

—¿Por qué no lo haces, entonces?

Coco le lanzó una dura mirada.

—Porque no me gusta ir adonde no soy bienvenida.

—En realidad no sabes si eres bienvenida o no —le recordó y luego se inclinó hacia ella—. Escucha, si quieres ir a Chantaine a conocerlos, podremos arreglarnos.

—No sé cómo. Emma todavía necesita tiempo para sentirse del todo cómoda y acostumbrarse a la rutina.

—Lo sé, pero lo conseguirá —dijo Benjamin, aunque a veces se preguntaba si llegaría el día en que su hija se sintiera cómoda en aquella casa. Pero estaba empeñado en hacer todo lo que fuese necesario para que así fuera—. No quiero que pienses que no puedes ir.

Coco se mordió el labio inferior.

—No creo que tenga nada en común con ellos.

Se quedó mirándola unos segundos. Parecía joven, pero sabía que había tenido que soportar muchas cosas durante la enfermedad de su madre. Se había hecho cargo de Emma y había hecho frente a las pesadillas de la pequeña sin quejarse jamás.

—¿De qué tienes miedo?

—Yo no tengo miedo —replicó, ofendida.

—A mí me da la impresión de que sí.

—Pues no es cierto. Pero estarás de acuerdo conmigo en que esa gente pertenece a otro mundo.

Benjamin se encogió de hombros.

—Pero siguen teniendo que vestirse por las mañanas, igual que

tú y que yo.

Coco lo miró de reojo y esbozó una ligera sonrisa.

—A no ser que tengan un criado que los vista.

Benjamin se echó a reír.

—Qué patético, ¿no? —bromeó y luego puso una mano sobre la de ella—. No tienes por qué tomar ninguna decisión todavía. Tómate tu tiempo y piénsalo con calma.

Ella lo miró y respiró hondo.

—Tienes razón. No tiene sentido que me vuelva loca con todo esto.

—Exacto —dijo y se hizo un largo silencio. La calidez de su mirada le hizo sentir algo extraño en el estómago y fue entonces cuando se dio cuenta de que aún tenía la mano sobre la de ella. La retiró de inmediato. Solo intentaba hacerla sentir mejor, pero no quería que Coco malinterpretara su gesto—. Bueno, debería irme a acostar —anunció al tiempo que se ponía en pie.

—Sí, yo también —respondió ella—. Ya retiro yo esto.

—Gracias —dijo, preguntándose por qué le había salido una voz tan profunda.

—Benjamin —lo llamó Coco cuando ya se disponía a salir de la cocina—, gracias por hacerme ver las cosas con más calma.

—No hay de qué. Buenas noches.

—Gracias —la oyó decir ya desde el pasillo y volvió a tener esa sensación en el estómago al oír su voz. Sería mejor que tomara un antiácido.

Dos días después, cuando estaba a punto de dar de comer a Emma, Coco vio entrar en la casa a Benjamin y se dio cuenta de que estaba volviendo a evitar a su hija. No podía permitir que continuase así.

—Benjamin —lo llamó mientras Emma fruncía el ceño al ver que la comida se alejaba de su boca.

—¿Sí? —preguntó él, asomando la cabeza a la cocina.

Coco se puso en pie.

—Emma tiene que comer y yo... necesito... ir al servicio.

Benjamin arrugó la nariz con confusión.

—¿Quieres que me quede con ella?

—No, quiero que le des de comer —aclaró ella.

—¿Qué?

—No es tan difícil —le dijo al tiempo que alargaba el brazo hacia su sombrero, pero él fue más rápido en apartarse—. Emma odia tu sombrero.

—A mí me gusta.

—Pero no hace falta que lo lleves puesto dentro de la casa o mientras le das de comer —extendió la mano para que se lo diera.

—Lo dejaré en la mesa de la entrada —propuso.

—¡Ah! —protestó la niña.

—Será mejor que te des prisa. Tiene hambre.

—Seguro que puede esperar un minuto —afirmó Benjamin.

—No, a menos que quieras que empiece a gritar y no haya manera de pararla —dijo Coco y se puso en pie—. Yo tengo que irme —salió corriendo hacia el piso de arriba tapándose los oídos porque no creía que fuera capaz de oír llorar a Emma y seguir alejándose.

Se metió en el cuarto de baño, cerró la puerta y encendió el ventilador para no oír los llantos. Después de un rato, apagó el ventilador y escuchó con atención. No se oía nada. Abrió la puerta lentamente y volvió a escuchar. Silencio absoluto. Coco se atrevió a albergar cierta esperanza. Bajó la escalera de puntillas.

—Muy bien —oyó decir a Benjamin—. Un poco más para ponerte bien fuerte. Eres una Garner y tienes que estar preparada para todo.

Coco no pudo evitar sonreír al oír aquellas palabras y, cuando oyó los gorjeos de Emma, estuvo a punto de echarse a reír, pues sabía que ese sonido significaba que no quería comer más.

Se asomó a la puerta justo a tiempo de ver cómo Emma le echaba encima a su padre el último bocado.

—¡Vaya! —exclamó Benjamin mirándose la camisa—. ¿A qué viene eso? —Emma respondió con otro proyectil que esa vez él pudo esquivar—. ¿Haces esto siempre que comes? —le preguntó riéndose —. No sé cómo Coco no ha dejado el trabajo todavía. Supongo que significa que no quieres comer más —le limpió la cara, lo que provocó las protestas de la pequeña—. Ah, no te gusta que te limpien, ¿verdad? Me temo que es lo que pasa cuando uno se ensucia, después hay que limpiarse.

Volvió a limpiarla con una servilleta y Emma gritó con más fuerza. Coco decidió que había llegado el momento de intervenir.

—Normalmente yo le canto una canción mientras la limpio.

Benjamin levantó la cara hacia ella.

—Vaya, es un detalle que hayas vuelto.

Coco se mordió el labio, pero no pudo contener la sonrisa.

—Y parece que llego en el momento justo. Veo que os habéis entendido bastante bien.

—Por el momento —dijo él—. He comprobado lo bien que escupe.

—Sí, yo suelo retirar la comida antes de que llegue a ese punto. Cuando empieza a gorjear es que ya no quiere más.

—¿Y cuál es esa canción mágica?

—«Vamos a lavarnos la carita» —comenzó a cantar Coco mientras terminaba de limpiarle la cara a la pequeña—. «Para brillar como una estrella, que es lo que tú eres. Una estrella...» —encogió los hombros con cierta vergüenza—. No tengo precio como compositora, lo sé. ¿Quieres sacarla de la sillita?

La sonrisa que había aparecido en el rostro de Benjamin se borró de golpe.

—¿Por qué iba a querer hacerlo?

—Porque ha terminado de comer y tenéis que acostumbraros el uno al otro —le explicó Coco.

Benjamin suspiró, pero Coco se fijó en que estaba tratando de no sonreír. Sacó a su hija de la silla y la agarró en brazos. Emma lo miró a la cara y luego empezó a hacer ruiditos.

Benjamin miró a Coco.

—¿Qué significa eso?

—Creo que le parece bien estar en tus brazos —dijo y no pudo evitar echarse a reír porque Benjamin la agarraba como si fuera una bomba a punto de explotar.

—¿Y ahora qué hago?

—Supongo que habrá que cambiarle el pañal —respondió Coco, solo para provocarlo.

Benjamin volvió a mirarla ladeando la cabeza.

—Me parece que con el escupitajo he tenido bastante por hoy.

—En ese caso, llévala a su habitación y yo subo en un minuto —le pidió Coco.

—¿Y qué se supone que debo hacer durante ese minuto?

—Estar con ella.

Benjamin emitió una especie de gruñido, pero salió de la cocina.

Después de limpiar la sillita de Emma, Coco contó hasta trescientos y luego comenzó a subir la escalera muy despacio. Oyó la voz de Benjamin antes de asomarse a la puerta y verlo moviendo un conejito de peluche delante de Emma.

—Veo que habéis alcanzado una tregua —dijo Coco cuando Benjamin se dio cuenta de que estaba en la puerta.

—Por el momento —le dijo él y le dio a la niña.

—Solo tienes que seguir pasando tiempo con ella y cuando quieras darte cuenta estarás enseñándola a montar a caballo —le aseguró Coco mientras le cambiaba el pañal a la pequeña—. Luego a montar en bici y luego a conducir —levantó la mirada y se encontró con el horror que se reflejaba en el rostro de Benjamin.

—A lo mejor no quiere aprender a conducir.

Coco soltó una carcajada.

—Estás soñando.

—Bueno, será mejor que vayamos paso a paso. El primer paso para mí ahora es quitarme la camisa y ponerme otra que no esté llena de puré —miró a Coco, luego a Emma y luego otra vez a Coco—. Hasta luego.

En cuanto se hubo marchado, Coco miró a Emma y le dijo:

—¡Muy bien! Dentro de nada habrás convertido a Benjamin Garner en todo un padrazo.

Al día siguiente, Benjamin fue a caballo a comprobar el estado de la valla del rancho junto a su ayudante, Jace. Jace era joven, pero trabajaba bien, por lo que Hal, el capataz, y él lo valoraban mucho.

—Me da la impresión de que ahí podríamos tener un problema —comentó Jace cerca del extremo noreste del vallado.

Benjamin miró a través de los prismáticos y asintió.

—Tienes razón. Buen trabajo. Solo nos queda un lado.

—Hal me dijo que estuviéramos pendientes por si veíamos algún desconocido por la propiedad —le contó su empleado.

—¿Y ha sido así?

—No. También me dijo que tenía algo que ver con la niñera. No estará en peligro, ¿verdad?

—No.

—Me alegro porque es muy agradable —comentó Jace.

—¿Cómo lo sabes?

—La conocí el otro día mientras estaba pescando, y parecía que se le daba bien —dijo y luego se rio—. Para ser una mujer, claro. Me preguntaba si le parecería mal que la invitara a salir algún día.

—¿A Coco?

—Sí. Es guapa y simpática.

—No —respondió Benjamin de manera instintiva y sin dudar.

—¿No? —repitió Jace, sorprendido.

—No —insistió Benjamin, desconcertado por la desagradable sensación que le provocaba la idea—. Estamos intentando que la pequeña se acostumbre a vivir aquí y es muy importante que Coco esté a su lado el mayor tiempo posible. No quiero que se distraiga con nada, ni que la molesten.

—Yo no la molestaría —farfulló Jace.

—Eso es. Ya puedes decírselo a tus otros compañeros —dijo Benjamin, que, teniendo solo hombres a sus órdenes, excepto Sarah, nunca había tenido que enfrentarse al problema de las relaciones entre sus empleados. Era cierto que Coco era guapa y simpática, pero no quería tener más complicaciones relacionadas con ella. Ya tenía suficiente con la familia real. Tenía la esperanza de que se olvidara de ello, pero, si no lo hacía, tendrían que encontrar una solución. Tenía que pensar en qué era lo mejor para Emma y, por el momento, lo mejor para su hija era Coco.

Coco vistió a Emma, la puso en el cochecito y salió a pasear con ella. El tiempo estaba fresco pero soleado, así que pensó que a las dos les haría bien salir un poco. Se dirigió a la parte posterior de la casa, donde había un sendero que separaba dos campos. Fue caminando y corriendo de vez en cuando, lo que provocó las risas de Emma.

—Así que te gusta la velocidad, ¿eh? —le preguntó Coco—. A tu papá no le va a gustar mucho si sigues pensando lo mismo cuando tengas tu primer coche.

Apenas había emprendido el camino de vuelta se dio cuenta de que Emma se había quedado dormida y parecía completamente relajada, con la cabeza inclinada hacia un lado y la boquita medio abierta. Se le estremeció el corazón al verla. Estaba considerando la idea de acostarla en su cunita para que se echara una pequeña siesta, cuando de pronto se abalanzaron sobre ella tres hombres y una mujer.

Oyó el ruido de las cámaras entre pregunta y pregunta.

—Señorita Jordan, ¿es verdad que es usted hija ilegítima del antiguo príncipe de Chantaine?

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó Coco, sobresaltada por la repentina aparición, y se colocó delante del carrito de Emma para protegerla—. ¿Cómo han encontrado...?

—Alteza —comenzó a decir la mujer—, ¿qué se siente al descubrir que una es princesa? Debe de estar muy emocionada.

Coco meneó la cabeza con confusión.

—Yo no soy princesa.

—¿Es cierto que la familia Devereaux no quiere darle el lugar que le corresponde dentro de la familia real? —preguntó uno de los hombres.

Emma se movió en el carrito. Coco se dio media vuelta para agarrarla en brazos.

—Supongo que sabrá que tiene usted derecho a ciertos privilegios —siguió diciendo el hombre.

—La verdad es que no —reconoció Coco justo antes de que Emma empezara a llorar.

—Pero ahora es usted una princesa —dijo la mujer.

—Ya les he dicho que yo no soy ninguna princesa —insistió Coco—. Han hecho llorar a la niña, ¿están orgullosos? —dijo y, sin esperar a que respondieran, siguió caminando hacia la casa.

Capítulo 4

Lo que quiero saber es cómo demonios han conseguido entrar esos cuatro periodistas sin que los viera nadie —le dijo Benjamin a su capataz.

—No podemos vigilar la propiedad las veinticuatro horas del día, Ben —aseguró Hal Dunn, que llevaba trabajando en el rancho desde que Benjamin tenía ocho años, cuando había llegado para trabajar para su padre, que era entonces el propietario. Ahora Hal era la mano derecha de Benjamin—. Es posible que se hayan colado entre los árboles que hay delante de la casa.

—Pues no quiero que se vuelva a colar nadie por ninguna parte —declaró Benjamin—. Y ahora sí que vamos a vigilar el rancho las veinticuatro horas.

—Muy bien —respondió Hal—. Pero puedes estar seguro que el que tenga que hacer el turno de noche te va a pedir que se lo pagues.

—Bueno, pero que no sea mucho dinero o acabaréis peleándoos por ver quién lo hace.

—No te preocupes —dijo riéndose, pero enseguida volvió a ponerse serio—. Espero que no molestaran a la pequeña, ni a la niñera.

—Coco me ha dicho que Emma se puso a llorar, pero que paró en cuanto entraron en casa. Ella parecía enfadada, pero me da la impresión de que le ha afectado más de lo que quiere reconocer. Creo que no esperaba que la prensa le prestara ninguna atención, a pesar de que nos los habían advertido.

—Bueno, de pronto ha descubierto que pertenece a la realeza, es una noticia importante por aquí —dijo Hal—. Quizá lo sea en todo el mundo.

—Sí, claro, el mundo va a cambiar por el hecho de que Coco sea una princesa —respondió Benjamin con una buena dosis de sarcasmo.

Hal se encogió de hombros.

—Supongo que tienes razón. ¿Qué más quieres que hagamos?

—Solo que vigiléis el perímetro del rancho.

—Eso está hecho.

Unos segundos después, apareció Coco por la escalera con Emma en brazos.

—Estamos listas para ir al médico —anunció.

—¿Qué? —preguntó Benjamin, despistado—. ¿Por qué necesita ir al médico?

—Para la revisión. ¿No te acuerdas de que me pediste que fuera con ella?

—Sí, claro —dijo él, lamentándose de no haberlo añadido a la agenda del teléfono. La invasión de su propiedad por parte de esos periodistas le había dejado desconcertado—. Podría pedirle a alguien que os llevara al pueblo.

—De eso nada. Si empezamos a actuar de manera distinta, tendremos que hacerlo siempre. No es necesario volverse locos.

—Si quieres, puedo pedirle a uno de nuestros hombres que la siga —propuso Hal.

—No —insistió Coco—. Si nos comportamos con normalidad, se acabarán aburriendo.

Benjamin se detuvo a pensar en ello.

—Me parece que es buena idea que te acompañe alguien.

—Es una exageración.

—Más vale prevenir que curar —dijo, haciendo frente a la mirada de Coco—. Tenemos que cuidar de tu seguridad y de la de Emma.

Coco se quedó pálida.

—Yo protegería a Emma con mi propia vida.

—Lo sé —respondió Benjamin de inmediato—. Pero no quiero tener que llegar a eso.

Coco respiró hondo y asintió.

—Está bien.

Benjamin se frotó el mentón con la mano.

—Dejaré lo que tenía que hacer para estar tarde. Quiero encargarme personalmente de la salud de Emma.

Coco parpadeó varias veces antes de reaccionar.

—Muy bien. Me parece muy buena idea. Solo tienes que acordarte de quitarte el sombrero.

Benjamin sintió la mirada de Hal.

—A Emma no le gusta mi sombrero —le explicó a su capataz.

—Vaya, es una lástima.

—Dímelo a mí —dijo Benjamin y suspiró con resignación mientras se despojaba del sombrero de vaquero—. Vámonos.

—Su sillita está en mi coche —recordó Coco cuando ya se dirigían hacia el coche de Benjamin.

Una vez colocada la silla de bebé, Coco puso a Emma y le

abrochó bien las correas.

—Seguro que odia ir ahí —comentó Benjamin.

—Si tiene bastantes juguetes, acaba olvidándose de todo. Pero me alegro de que no tengamos que hacer ningún viaje largo.

—Ya somos dos —respondió Benjamin cuando estuvieron todos en su sitio.

Al salir del rancho y antes de incorporarse a la carretera, Benjamin se fijó en que había varios coches que no solían estar ahí y frunció el ceño, pero trató de pensar que no tenían por qué ser periodistas.

Ya en la carretera, miró por el retrovisor y comprobó con alivio que nadie los seguía.

—¿Sabes qué le van a hacer hoy? —le preguntó a Coco—. ¿No irán a pincharla?

—Es una revisión periódica y sí tienen que ponerle una vacuna —explicó la niñera.

—Maldita sea —protestó entre dientes—. Así no hay manera de que no me relacione con dolor.

—En realidad los bebés olvidan las cosas bastante rápido —aseguró Coco.

—Por si acaso, prefiero que la sostengas tú mientras la pinchan.

Coco sabía que la relación entre Emma y Benjamin era aún muy frágil, así que accedió.

—Pero solo esta vez —matizó.

—¿Qué?

—Emma necesitará de tu apoyo siempre que le pase algo malo. Llegará el día en que se rompa una pierna...

—No mientras yo esté vigilándola —sentenció Benjamin.

Coco sonrió.

—O podría caerse y necesitar puntos.

—Tú la enseñarás a tener cuidado.

—Claro, pero esas cosas pasan. ¿Cuántos huesos te rompiste de niño? ¿Cuántos puntos tuvieron que darte?

—Eso es distinto. Yo era niño.

—Ah —dijo Coco en un tono que dejaba muy claro que no estaba de acuerdo—. Es un gran error pensar que no va a tener accidentes solo por ser chica. Además, es posible que alguna vez se ponga enferma y haya que llevarla al hospital.

A Benjamin se le revolvió el estómago solo de pensarlo.

—No me gusta esta conversación.

—Me temo que es tarde para pensar eso. Tienes una hija, pero lo bueno es que puedes ir aprendiendo las cosas poco a poco. Pero, bueno, estás acostumbrado a hacer frente a las cosas y eso es una ventaja.

Benjamin tomó el desvío de la calle en la que estaba la consulta del pediatra.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Si no fueras una persona responsable, no habrías ido a hacerte cargo de Emma nada más morir su madre. No me habrías contratado inmediatamente. No te habrías quitado el sombrero y no habrías permitido que te escupiera el puré.

—Si tú lo dices —se limitó a contestar al tiempo que aparcaba—. ¿Nos darán una cerveza después de esto?

Coco se echó a reír.

—No. Habrá que esperar a llegar a casa. Vamos, seguro que no es tan horrible como crees.

Al salir del coche, se puso el sombrero de forma automática antes de sacar a Emma, que lo miró con cara de pocos amigos.

—El sombrero —le dijo Coco.

—Ah. De acuerdo —volvió a quitárselo y lo dejó en el coche.

Estuvieron sentados en la sala de espera unos quince minutos antes de pasar a la consulta y que una enfermera pesara y midiera a Emma mientras llegaba el doctor Apple.

—Hola, Emma —dijo el jovial médico—. Veo que has venido con tu papá y tu mamá.

—No, doctor. La madre de Emma murió el mes pasado. Coco es su niñera.

El doctor Apple frunció el ceño.

—Lo siento mucho. Supongo que estará siendo muy difícil para usted.

—Sí, pero no por lo que usted piensa —admitió Benjamin—. La madre de Emma y yo no estábamos casados.

El médico lo miró sin poder ocultar su sorpresa.

—Así es. Y Emma me odia; cada vez que me acerco a ella se pone a gritar como una loca —añadió.

—Ahora no —señaló el doctor.

—Es una excepción —aseguró Benjamin.

—No es cierto —intervino Coco—. Lo único que tienes que hacer para que no llore es quitarte el sombrero.

Benjamin no pudo decir nada al respecto.

—Bueno, veamos a la pequeña.

El médico llevó a cabo una revisión exhaustiva tras la cual concluyó que Emma estaba por encima de la media tanto en altura como en peso y que era una niña perfectamente sana y feliz. Benjamin estaba seguro de que todo era gracias a Coco.

Después le administraron la vacuna. La niña lloró y gritó de dolor al sentir el pinchazo de la aguja y a Benjamin se le encogió el corazón. Coco también hizo una mueca de dolor, pero enseguida se ocupó de distraer y de consolar a la pequeña, que no tardó en calmarse.

—Has sido muy valiente, mi amor —le dijo la niñera mientras la abrazaba.

—Si la vieran incómoda o tuviera fiebre, pueden darle la dosis de paracetamol que le corresponda por su peso —les dijo la enfermera—. Es una niña preciosa.

Coco sonrió.

—Gracias, a nosotros también nos lo parece.

Después de eso, volvieron al coche, donde Emma se quedó tranquila con el chupete en la boca.

—Pobrecita —comentó Coco—. Los niños tienen que pasar por todas estas cosas sin entender nada.

—Sí, pero son necesarias —dijo Benjamin—. Sería muy mal padre si no la protegiese de las enfermedades que hay por ahí.

—Tienes razón. No eres en absoluto un mal padre —miró al asiento de atrás—. Mira, ya se ha dormido.

Benjamin sintió que algo se relajaba en su interior.

—Bien. Pero dime, por favor, que tenemos en casa de ese paracetamol para niños.

—Claro —dijo ella—. Está preparado junto a tu cerveza.

Al día siguiente la noticia apareció en todos los periódicos de Dallas y de Houston y el semanal de *Silver City* no tardaría en publicarla. El teléfono de la casa empezó a sonar; todo el mundo, desde periodistas de prensa escrita a locutores de radio y presentadores de televisión, querían entrevistar a Coco sobre su relación con la familia Devereaux.

Sarah respondía a las llamadas cuando Coco estaba ocupada con Emma, pero hacia el final de la tarde ya estaba harta.

—Creo que no puedo hacerlo un día más. Esas llamadas no han dejado de interrumpirme mientras cocinaba y limpiaba.

—Lo siento —le dijo Coco mientras volvía a oírse el timbre del teléfono—. Quizá deberíamos dejar que salte el contestador.

Sarah resopló y meneó la cabeza.

—Se llenaría en menos de una hora. No ha debido de haber ninguna noticia importante hoy, si no, no entiendo que todo el mundo se preocupe tanto por esto —comentó antes de agarrar el teléfono para responder—. Rancho Garner —hubo una pausa de varios segundos—. La señorita Jordan no tiene ninguna declaración que hacer a la prensa. Comuníqueselo a todos sus compañeros para que dejen de llamar. Adiós —dijo antes de colgar.

—Dejarán de llamar en cuanto se den cuenta de que no sé absolutamente nada sobre los Devereaux. Si les resulto aburrida, acabarán aburriéndose ellos —supuso Coco.

Sarah volvió a resoplar.

—No sé qué habrás bebido, pero está claro que no te das cuenta de las posibilidades que tiene la historia. Chica guapa, huérfana de sus padres adoptivos, descubre que es una princesa...

—No soy una princesa —aseguró Coco—. Soy niñera.

—Ya, intenta decirle eso a la prensa.

—Eso he hecho.

El teléfono sonó de nuevo y esa vez fue Coco la que respondió. No quería que Sarah se pusiese más gruñona de lo que ya estaba.

—Garner Ranch —dijo.

—Soy Annie Howell. Querría hablar con Coco Jordan —dijo la mujer.

Coco respiró hondo antes de hablar.

—Soy yo.

—Ah, Alteza. Cuánto me alegro de poder hablar con usted. Soy la presidenta de la Sociedad de Mujeres de Silver City. Nos encantaría que viniera a hablar a nuestro grupo el mes que viene.

—Muchas gracias por la invitación, pero debo decirle que no soy la Alteza de nadie y que en estos momentos estoy muy ocupada trabajando para el señor Garner.

—Pero usted pertenece a la monarquía —insistió la mujer—. Para nosotros es un honor tener un miembro de la realeza entre nosotros.

—En realidad no soy de la realeza. Un verdadero miembro de la realeza es aquel al que se educa para desempeñar dicho papel y, créame, no fue esa la educación que yo recibí. Siento mucho no poder ayudarla. Que tenga un buen día. Adiós —se despidió antes de que la

mujer pudiera responder—. Esta gente no se entera —murmuró.

El llanto de Emma, que llegó a ella a través del intercomunicador, interrumpió sus pensamientos. Subió corriendo a ver a Emma, le cambió el pañal y volvió a bajar justo cuando sonó el timbre de la puerta.

—Ya voy yo —se ofreció Sarah—. Esto hoy parece una estación de tren con tantas interrupciones.

Coco fue hacia la puerta con Emma en brazos.

—Eunice y Timmy, ¿qué os trae por aquí? —preguntó Sarah con sorpresa mientras se secaba las manos con un trapo de cocina.

—¿Podemos pasar? —preguntó una voz de mujer desde la puerta.

—Claro —Sarah se echó a un lado—. ¿Qué puedo hacer por vosotros, Eunice?

Coco vio entrar a una mujer de más edad que Sarah, pero con el pelo de un negro imposible, iba acompañada de un hombre más joven y llevaba una cesta de fruta en la mano.

—Hemos oído que tenéis una princesa viviendo en casa y queríamos darle la bienvenida al barrio —explicó Eunice.

Coco dio un paso atrás para que no la vieran.

Sarah hizo una breve pausa antes de respirar hondo y agarrar la cesta.

—Sois muy amables. Le diré a Coco que habéis venido.

—La verdad es que esperábamos poder conocerla —dijo la otra mujer.

—Ahora mismo está ocupada con la niña.

En ese momento, Emma vio al perro y empezó a gorjear de alegría.

—¿Esa es la niña?

—Coco —la llamó Sarah con resignación, como si hubiera llegado a la conclusión de que no tenía sentido que siguiera escondiéndose—. Tienes visita.

Coco se acercó al vestíbulo con una sonrisa en los labios.

—Hola.

—Coco, te presento a Eunice Chittum y a su hijo, Timmy.

—Tim —la corrigió el hombre.

—Tim —repitió Sarah—. Los Chittum te han traído una cesta de fruta. Te la dejo en la cocina.

—Gracias, Sarah —dijo Coco—. Son ustedes muy amables. Es un placer conocerlos.

—El placer es nuestro —respondió Eunice al tiempo que se inclinaba ante ella—. Alteza.

—No, no, por favor, no haga eso —le suplicó Coco con evidente frustración—. Solo soy Coco Jordan. De verdad.

—Con nosotros no tiene por qué ser tan humilde. Es un verdadero honor conocerla. Yo... tenía especial interés en que conociera a Timmy.

—Tim —volvió a decir el hombre.

—Y quiero que sepáis que está disponible.

—Madre, por favor —protestó su hijo, avergonzado.

Coco trató de disimular su propia vergüenza atendiendo a Emma y cambiándola de posición.

—Bueno, les agradezco mucho la visita y el regalo. Me encantaría invitarlos a quedarse, pero me temo que tengo que ir a bañar a la niña.

—Ah, claro, claro. No queremos molestar, pero permítame que le deje una tarjeta con nuestros números de teléfono —dijo al tiempo que sacaba un papelito adornado con flores en el que se veía toda una lista de números—. El último es el número del móvil de Timmy y siempre responde. Llámenos para cualquier cosa que necesite. Lo que sea.

Coco asintió y volvió a dar las gracias antes de cerrar la puerta. Una vez se hubieron marchado, fue a la cocina a ver a Sarah.

—Por favor, dime que esto no va a durar mucho tiempo —dijo por encima del parloteo de Emma, que se estaba convirtiendo en una bebé muy parlanchina. Coco solo deseaba poder entender lo que decía.

Sarah la miró con absoluta compasión.

—Querida, me temo que no ha hecho nada más que empezar, pero quizá si le pedimos a Benjamin que rescinda las visitas durante un tiempo, se acabe antes.

—No me gusta ser antipática —aseguró Coco.

—Es una cuestión de supervivencia —le dijo Sarah—. Tenemos que sobrevivir a lo que nos viene.

Volvió a sonar el teléfono.

—Ya voy yo.

—Encantada —dijo la cocinera y siguió atendiendo a lo que tenía en el fuego.

Al salir de la cocina para ir a contestar el teléfono, Coco estuvo a punto de chocarse con Benjamin.

—No sabía que estabas aquí —le dijo.

Emma miró fijamente el sombrero y dejó de parlotear de golpe.

—Pues sí que es verdad que no le gusta ese sombrero —comentó Sarah.

Benjamin no tuvo más remedio que quitárselo.

—Yo me encargo del teléfono —se ofreció.

Coco fue tras él hacia la sala de estar, donde estaba el teléfono.

—Te aviso que...

—Garner Ranch —dijo él y se quedó escuchando. Enseguida empezó a fruncir el ceño y su gesto se fue torciendo más y más—. Espere un momento. ¿Me está diciendo que es presentador de un programa de radio y que quiere entrevistar a la princesa Coco Jordan?

Benjamin la miró. Ella meneó la cabeza con ímpetu.

—Me temo que no quiere que la entrevisten —dijo y volvió a abrir la boca para despedirse, pero no tuvo ocasión de hacerlo. Se quedó escuchando mientras se le iban abriendo los ojos con el asombro—. ¿Quiere hacer un concurso para elegir pretendientes para ella? Es lo más ridículo que he oído en toda mi vida —volvió a guardar silencio para escuchar lo que le decían—. ¿Ya tiene cincuenta candidatos? Como si tiene un millón. Olvídese de la idea porque no van a hacerlo. Ni ahora ni nunca. ¿Entendido? Adiós.

Según colgaba el teléfono, se volvió a mirar a Coco.

—Vamos a tener que cambiar de estrategia.

Esa noche después de acostar a Emma, Coco volvió a su dormitorio, se puso una sudadera, bajó la escalera y salió por la puerta de atrás. La cabeza le iba a mil por hora mientras daba vueltas alrededor de la casa. Empezó a andar un poco más rápido. ¿Cómo sería su hermano? ¿Merecería la pena conocer a alguno de esos príncipes y princesas? ¿Pensarían ellos que merecía la pena conocerla a ella?

Coco siempre había soñado con tener hermanos, pero sus padres le habían dicho que con ella tenían todo lo que pudieran desear y lo cierto era que eso había supuesto bastante presión para ella. Siempre había intentado ser la mejor en todo cuando en realidad era bastante corriente.

Nunca había sacado malas notas y de vez en cuando sus resultados habían sobresalido por encima de los demás, pero con el paso del tiempo había ido aprendiendo que nunca podría ser perfecta

y se había sentido culpable por ello. Especialmente cuando había oído discutir a sus padres por culpa del dinero y se había enterado de que su adopción les había costado los ahorros de toda su vida.

Con el tiempo se había dado cuenta de lo duro que había sido para sus padres que les pidiera un hermano, así que había dejado de pedírselo, pero nunca había dejado de desearlo. Y ahora resultaba que sí que tenía hermanos, pero sentía que todo fuera una broma de mal gusto porque estaba segura de que todos ellos la verían como un problema, y quizá incluso una amenaza.

Lo cual era absurdo porque ella no era mala persona.

¿Por qué no podía quitarse todo aquello de la cabeza? El acoso de la prensa no ayudaba en nada, pero al menos le habría gustado poder silenciar sus pensamientos cuando se iba a la cama. Por el momento le resultaba imposible.

De pronto apareció Benjamin a su lado, caminando junto a ella.

—¿Te preocupa algo? —le preguntó con su voz grave.

—Ha sido un día un poco raro —respondió ella casi sin aliento. Respiró hondo, consciente de su altura y de su imponente presencia.

—¿Qué te ha molestado más, Eunice y Timmy, o el concurso para buscarte marido?

Coco le lanzó una mirada que normalmente no se habría atrevido a dedicar a su jefe. Él se echó a reír y le dio un codazo suave.

—Me parece que tienes que descargar un poco de energía. Vamos a correr un poco —propuso y empezó a trotar.

Ella aceptó el reto y enseguida se dio cuenta de que a él no parecía afectarle el esfuerzo.

—¿Jugabas al fútbol cuando estabas en el instituto?

—Y en la universidad —dijo él—. ¿Por qué lo dices?

Coco se encogió de hombros y aumentó la velocidad.

—Por curiosidad. Eres muy grande, pero estás en buena forma.

—¿Grande? Era de los más pequeños del equipo. Pero gracias por el cumplido. Supongo que es porque no paro de moverme en todo el día. Igual que tú con Emma.

Ella asintió y se concentró en respirar.

—Aún no me has dicho qué es lo que te tiene preocupada.

Corrió un poco más antes de responder.

—Me gustaría no tener que enfrentarme a todo esto —respondió por fin—. Acabo de empezar a cuidar de Emma. Sarah es muy amable, pero no es justo que tenga que responder a todas esas llamadas absurdas.

—Sí —dijo él—. ¿Y qué más?

Siguió corriendo y luego bajó un poco el ritmo para continuar andando.

—No quiero querer conocerlos —admitió, con el corazón a punto de salírsele del pecho—. No quiero que me importe si alguna vez voy a poder encontrarme con alguno de ellos cara a cara.

—Pero sí que quieres conocerlos. Yo también querría —le dijo.

—Sí, ya me lo habías dicho.

—Claro. Tengo hermanos, pero siempre he sabido que los tenía.

Coco asintió y respiró hondo.

—Lo que ocurre es que no quiero ir sola y no se me ocurre nadie que pudiera venir conmigo.

—Mmm —dijo él, pensativo.

—Y es muy mal momento.

—Podría ser peor.

—¿Tú crees?

—Al menos no estamos en época de cría —dijo y la miró a los ojos. ¿Qué te parecería que Emma y yo te acompañáramos a Chantaine?

Coco lo miró con la boca abierta.

—¿Es una broma?

—No me malinterpretes. No lo hago por bondad —explicó—. Eres la mejor para Emma y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que sigas con ella.

Coco parpadeó mientras asimilaba la propuesta. Por un momento se había quedado muy confundida, hasta que se había dado cuenta de que Benjamin seguía desesperado por hacer feliz a Emma, a pesar de que su hija había dejado de gritar nada más verlo.

Capítulo 5

Al día siguiente llegaron multitud de ramos de flores, invitaciones y cestas de fruta. Boomer estaba muy ocupado intentando saludar a todos los repartidores que llegaban al rancho. Benjamin grabó un mensaje nuevo para el contestador y, a partir de ese momento, nadie tenía por qué atender las llamadas. Entretanto, los trabajadores del rancho se encargaban de alejar a las visitas.

Sarah estaba más relajada e incluso Emma parecía más tranquila. Coco respiró aliviada varias veces a lo largo del día, pero la conversación con Benjamin le había provocado una mezcla de inquietud e impaciencia. ¿De verdad iba a ir a Chantaine a conocer a sus hermanastros? ¿De verdad iba a acompañarla Benjamin?

Coco no pudo evitar plantearse si habría sido un sueño.

—Es imposible que nos comamos toda esta fruta —se lamentó Sarah, viendo las cestas que no dejaban de llegar—. Aunque la compartamos con todos los empleados.

—¿No habrá nadie en el pueblo que pueda aprovecharla? —le preguntó Coco mientras ponía a Emma en su silla para cenar.

—Podría llamar a la iglesia, puede que allí sepan a quién podría interesarle —comentó mientras removía el guiso, luego esbozó una sonrisa—. Habrás disfrutado de no tener que responder al teléfono en todo el día, ¿verdad?

—Sí —reconoció Coco, dándole la primera cucharada a Emma, que recibió la comida con entusiasmo—. Esto ha sido el paraíso comparado con lo de ayer.

—Me imagino que en cuanto se corra la voz del mensaje que ha dejado Benjamin en el contestador, el teléfono sonará mucho menos.

—¿Por qué?

Sarah se echó a reír.

—Digamos que no es precisamente un mensaje cordial.

—No lo he escuchado —decidió hacerlo en cuanto terminara de dar de comer a Emma.

—Algo como que no vas a estar disponible hasta el próximo cambio de siglo y que cualquiera que se atreva a entrar en la propiedad tendrá que enfrentarse a las leyes de Texas —le explicó y volvió a reírse—. Es divertido cuando Benjamin se pone de mal humor porque normalmente no es una persona muy dura. Es igual que su

padre, no le gusta sacar el genio a no ser que sea necesario.

Las palabras de Sarah despertaron la curiosidad de Coco.

—¿Cómo era su padre?

—Era un buen hombre. El rancho era su vida, pero, a excepción de Benjamin, sus hijos siguieron otros caminos. Me parece que Benjamin luchó contra ello al principio, pero cuando su padre murió, se dio cuenta de cuál era su destino. Salvo cuando tuvo esa descabellada aventura con Brooke Hastings —Sarah meneó la cabeza—. Pero, bueno, todos cometemos errores, aunque este dio lugar a algo tan bonito como Emma.

Coco sonrió y la niña la imitó, lo que le provocó un escalofrío.

—Es adorable, ¿verdad?

—Cuando no está gritando —matizó Sarah.

—Aún se está adaptando —recordó Coco—. ¿Y la madre de Benjamin? No he oído hablar mucho de ella.

—Eso es otra historia. Se llama Georgia y supongo que habrás oído que vive en Costa Rica, al menos por ahora —comenzó a contarle Sarah—. Georgia siempre quería viajar, pero el padre de Benjamin, Howard, no podía ni quería hacerlo.

—Da la impresión de que el trabajo del rancho es muy absorbente.

—Sí. Supongo que un ranchero está casado con su rancho y la esposa tiene que hacerse a la idea de que es así. Georgia lo soportó durante un tiempo, pero a medida que fueron haciéndose mayores, empezó a sentir la necesidad de tomarse unas vacaciones con su marido. Él se resistía mucho, así que alguna vez se fue ella sola y eso les causó algunos problemas, pero no lo comentes.

Coco frunció el ceño.

—Debía de ser muy difícil para los dos el querer cosas tan diferentes.

—Sí —asintió Sarah—. Hay gente que pensaba que Georgia era un poco frívola, pero lo cierto es que nunca se movió del rancho hasta que los chicos fueron mayores.

—¿Y tú qué piensas? —al fin y al cabo, llevaba muchos años trabajando para la familia.

—No soy quién para opinar ni una cosa ni otra, pero solo puedo decir que a mí siempre me pareció una buena madre y una buena esposa. Lo que ocurre es que sintió la necesidad de viajar, supongo que también se vio afectada por el síndrome del nido vacío. Sé que ahora está enfrentándose al duelo y que los viajes no conseguirán

llenar el vacío, pero sí que pueden servirle de distracción. Todos necesitamos distraernos a veces.

Coco se quedó pensando en las palabras de Sarah.

—Es cierto. Eres muy sabia, Sarah.

La cocinera sonrió, lo que hizo que en su rostro aparecieran miles de arrugas.

—Muchas gracias, Alteza.

Coco se echó a reír.

—Supongo que sabes que dentro de unos minutos estaré cambiando un pañal sucio.

Sarah asintió.

—Eres una buena chica. Mejor que cualquier princesa, de eso estoy segura. Y estás haciendo verdadera magia con esa niña; no me extraña que Benjamin esté dispuesto a hacer prácticamente cualquier cosa para protegerte. Si alguna vez conoces a esos príncipes, recuerda que no son mejores que tú. ¿Me oyes?

A Coco se le encogió el corazón y se le hizo un nudo de emoción en la garganta.

—Sí, te oigo.

—Bueno, pues no lo olvides.

Esa misma noche, Benjamin encontró a Coco mirando las flores y los mensajes que había recibido a lo largo del día. Se retiró un mechón de pelo de la cara y meneó la cabeza.

—Es ridículo —murmuró.

—¿Un día largo? No has recibido ninguna visita, ¿verdad?

—Ninguna —le dijo ella—. Solo muchos regalos y una infinidad de llamadas. Lo que no entiendo son estas absurdas peticiones. Estos hombres ni siquiera me conocen, pero me piden citas y se ofrecen a llevarme de viaje. Creo que debería hacer un comunicado a la prensa diciendo: «Estoy arruinada. Ya podéis dejar de llamarme».

Benjamin se rio, pero al mismo tiempo sintió compasión por ella. Coco no había pedido nada de lo que estaba ocurriendo. Sentía admiración por ella por saber mantener los pies en la tierra. Muchas mujeres no habrían tardado en pedir la corona y el desayuno en la cama en cuanto se hubiesen enterado de que llevaban sangre de reyes en las venas. Pero Coco no era así.

—No tienes por qué responder —le recordó—. Tú no has pedido que te llamen, ni que te hagan regalos.

—Ya lo sé, pero me gustaría que parara —se encogió de hombros—. Si estuviese casada o prometida, todos esos hombres me dejarían en paz.

—Es cierto —dijo y luego pensó en Jace, el ayudante del capataz. Seguramente Jace estaría encantado de hacerse pasar por novio de Coco. Frunció el ceño solo de pensarlo.

—¿Por qué pones esa cara? —le preguntó Coco.

—Por nada, solo estaba pensando —dijo y tomó un sorbo de agua del vaso que tenía en la mano. Fue andando hasta el otro extremo de la habitación y luego volvió junto a ella.

No sería mala idea que Coco tuviese alguien que cuidase de ella; era muy inteligente, pero probablemente demasiado dulce y confiada. Si la gente pensaba que a su lado había un hombre que la protegía, quizá no intentaran aprovecharse de ella.

La vio abrir otra carta y suspirar.

Benjamin se dejó llevar por la curiosidad.

—¿Qué te dicen en esa?

—Es una madre que me pide dinero para su hijo enfermo.

—Es posible que sea verdad, pero también es posible que no.

Coco lo miró escandalizada.

—¿De verdad crees que alguien mentiría en algo así?

—Desde luego. Sobre todo en esta situación.

—Es... es horrible. ¿Y si yo fuera princesa de verdad y recibiera este tipo de peticiones?

—Tus empleados se encargarían de comprobar que fueran ciertas.

—Yo no tengo empleados, la empleada soy yo —abrió otro sobre que acompañaba un ramo de rosas—. Ay, Dios, otra invitación. Esta es de un tal David Gordan de Dallas, que quiere invitarme a una fiesta de Navidad —levantó las manos en un gesto de desesperación.

Benjamin frunció el ceño. Aquel nombre le resultaba familiar.

—Déjame verlo —agarró el sobre y miró atentamente la tarjeta —. David Gordan es el hijo de mi agente de bolsa —dijo meneando la cabeza—. Esto está fuera de control —respiró hondo antes de volver a hablar—. Me parece que voy a tener que ser tu prometido.

Coco se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

—No me refiero a serlo de verdad —se apresuró a decir, tanto por ella como por sí mismo. Después del desastre que había supuesto su relación con Brooke, la idea de comprometerse con alguien le ponía

los pelos de punta—. Será solo en apariencia, hasta que acabe toda esta locura. Así no parecerá que estás sola y que cualquiera puede aprovecharse de ti. Si alguien se te acerca, tendrá que enfrentarse también conmigo.

Ahora era ella la que arrugaba el entrecejo.

—Yo más fuerte de lo que parezco.

—Lo sé. No tengo ninguna duda después de haberte visto trabajar con Emma y de saber todo lo que pasaste con tu madre. Pero debe de ser agotador tener que estar en guardia todo el tiempo.

Coco suspiró y hundió los hombros.

—En eso tienes razón —lo miró a los ojos y apretó los labios—. ¿Estás seguro de que no te importa hacerlo?

—Será solo un tiempo —repitió—. Tú misma has dicho hace un rato que sería más fácil si estuviese prometida. Me parece que es lo mejor.

Coco asintió lentamente.

—Pero... será un obstáculo para tu vida sentimental.

Él se echó a reír.

—Eso no me preocupa mucho en estos momentos.

—Si estás seguro de que no te importa, para mí sería un gran alivio —admitió Coco—. Lo dejaremos en cuanto tengas el más mínimo inconveniente —le prometió con firmeza.

—Muy bien —dijo él—. Le daré la noticia a Sarah por la mañana y al mediodía lo sabrá todo el país.

Coco esbozó una sonrisa.

—A mí me parece una persona muy discreta.

—Créeme, si le digo que puede contarlo, la información correrá como un caballo desbocado. Le va a encantar tener semejante exclusiva.

—¿Vas a decirle la verdad?

Benjamin meneó la cabeza.

—Nadie debe saberlo excepto tú y yo. Es la única manera para que salga bien.

Coco tomó aire y se apretó los ojos como si estuviera preparándose para saltar al vacío.

—De acuerdo —dijo y abrió los ojos—. Adelante.

Dos días después, Benjamin, Emma y Coco tomaron un vuelo con escala en Londres y con destino a Chantaine. Coco estaba tan

nerviosa que tenía miedo de explotar en pleno vuelo. Además, ahora que se suponía que estaban prometidos, no podía evitar notar en todo momento la presencia de Benjamin. Notó que había empezado a tratarla de manera distinta cuando estaban delante de alguien, incluso si se trataba de Sarah; le había tocado el brazo y le había puesto la mano en la cintura un par de veces. Aquellos gestos la habían agarrado por sorpresa, pero enseguida se había dado cuenta de que tenían que dar la impresión de que entre ellos había una relación romántica. Lo cierto era que no se había parado a pensar en eso cuando le había ofrecido que se hicieran pasar por prometidos.

Antes de todo eso, Benjamin ya le había parecido atractivo, pero había preferido no pensarlo demasiado y centrarse en Emma. Habría tenido que estar ciega para ser completamente inmune a un hombre alto, de hombros anchos y rasgos tan increíblemente masculinos. Ahora iba a tener que esforzarse aún más para no dejarse llevar por la atracción que sentía hacia él. El llevar horas sentada a solo unos centímetros de él no le estaba facilitando las cosas precisamente.

—Duérmete —le dijo él abriendo un ojo.

—Pero Emma —respondió ella, aunque la pequeña estaba tan profundamente dormida que se le estaba cayendo la baba sobre el suéter de Coco.

—Ya nos lo hará saber si necesita algo. Dámela —le pidió y extendió los brazos para agarrarla.

Con lo dormida que estaba, seguramente no se despertaría con el cambio.

—Vamos —insistió Benjamin—. Estás agotada, necesitas descansar un poco.

Por fin le pasó a la niña, que se acurrucó contra el pecho de su padre y suspiró encantada. La imagen hizo sonreír a Coco.

—Puede que este viaje traiga algo bueno después de todo.

—Duérmete —insistió él.

—Está bien. Voy a cerrar los ojos, pero no creo que pueda dormir.

Un segundo estaba pensando en Benjamin, al siguiente en sus hermanastros. Después oyó unos balbuceos de bebé y abrió los ojos para mirar a Benjamin. Emma estaba sentada en su regazo y parecían estar teniendo una animada conversación con él.

Coco se desperezó un poco y se pasó la mano por el pelo para peinarse un poco.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

Benjamin echó un vistazo a su reloj.

—Unas dos horas.

—Es una broma —dijo ella.

—No —aseguró Benjamin—. Emma se despertó gritando como una loca, así que tuve que levantarme a pasearla un poco.

Coco se mordió el labio con preocupación.

—¿Y yo he seguido durmiendo mientras gritaba?

—No —admitió él, esbozando una pícara sonrisa—. Eso era una broma, pero sí que me he levantado a pasear un poco. Va a ser muy parlanchina, ¿verdad?

—Me parece que sí —opinó ella, sonriéndoles a ambos—. Voy a cambiarle el pañal, debe de estar muy mojado ya.

Una hora después llegaron al aeropuerto de Heathrow, donde comieron algo antes de dirigirse al segundo vuelo, que los llevaría a Chantaine. Coco volvía a estar nerviosa. Fue casi todo el trayecto mirando por la ventana, así que vio desde lejos la preciosa isla y como se iban acercando a las playas de arena blanca que ocupaban prácticamente toda la costa del país. No podía creer que tuviese algún tipo de relación con aquella tierra. Mientras aterrizaban, apenas podía contener ya la impaciencia por conocer a sus hermanastros.

Salieron después de recoger el equipaje, los esperaba una enorme limusina.

—¿Te parece que estoy cometiendo un error? —le preguntó Coco a Benjamin ya dentro del vehículo.

Él se echó a reír.

—No tardaremos en averiguarlo.

—Vaya, muchas gracias.

—Tú querías venir —le recordó.

—Sí, lo sé.

—Tómatelo como unas vacaciones —le recomendó mientras recostaba la cabeza en el respaldo del asiento.

—Lo intentaré —Coco respiró hondo—. ¿Tú crees que les gustaré?

—Si no es así, es que están locos.

—¿Por qué? —le preguntó y luego meneó la cabeza—. No me respondas. Estoy un poco nerviosa y me siento insegura.

—Eres una mujer estupenda, seas o no princesa —le dijo Benjamin—. Y no pretendo halagarte, solo digo la verdad.

—Gracias —respondió ella, pero seguía estando nerviosa—. Todo esto es una locura.

—Déjate llevar —le aconsejó entonces—. ¿Alguna vez has visitado una isla del Mediterráneo cuyo dirigente quisiera conocerte?

Coco volvió a respirar hondo.

—Tienes razón. Voy a intentarlo. Parece que a Emma le gusta esto de viajar, ¿no? —añadió para cambiar de tema.

—Sí, ya veremos qué pasa esta noche y cómo nos afecta el cambio de hora.

Coco se sorprendió al ver que cruzaban las puertas del palacio.

—Pensé que nos alojarían en un hotel fuera del palacio —le dijo a Benjamin.

—Te subestimas.

Ella no lo tenía tan claro.

—Ya lo veremos.

Poco después, el chófer bajó el equipaje y los condujo a una pequeña casa de tres habitaciones situada en los jardines del palacio. Emma empezó a despertarse nada más entrar.

—Disponen de una cocinera y de una niñera —les explicó el conductor mientras les enseñaba la casa—. Si necesitan cualquier cosa, solo tienen que marcar esta extensión en el teléfono —dijo mientras escribía unos números en un papel—. ¿Necesitan algo en estos momentos?

Coco miró a Benjamin.

—Nos vendría bien que nos trajeran algo de comer —dijo él—. Necesitamos descansar, así que quizá sea mejor que dejemos todo para mañana.

El chófer asintió.

—Como quieran.

En cuanto se hubo marchado, Coco y Benjamin se quedaron observando el cuarto de estar de la casa.

—Es muy agradable —comentó Coco.

—No está nada mal, no. Y tenemos una cocinera y una niñera a nuestra disposición —le recordó.

—Buena suerte con la niñera —dijo ella y miró a Emma.

—Nunca se sabe. A mí me ha dejado que la tenga en brazos durante horas.

—Es cierto. A veces un cambio de ambiente hace que los niños evolucionen de golpe. Ya veremos. Por ahora, vamos a poner una manta en el suelo para que pueda moverse y estirarse un poco.

—Buena idea —convino Benjamin y se dispuso a sacar la manta que llevaba en la maleta.

En cuanto estuvo en el suelo, la niña comenzó a levantar la cabeza y los pies como si estuviera haciendo gimnasia.

—Ánimo, pequeña —le dijo su padre.

Coco se echó a reír.

—A ver si el ejercicio la ayuda a tener sueño otra vez dentro de una hora o así.

—Si no es así, nos turnaremos para estar con ella —propuso Benjamin.

Coco aprovechó para dar otra vuelta por la casa.

—Debo reconocer que me sorprende lo bien que está todo esto —comentó al volver, después de haberse fijado en la calidad de la ropa de cama y de los muebles.

—¿Qué esperabas, que te alojaran en las mazmorras del palacio?

—No —dijo—. Bueno, puede que sí. Al fin y al cabo, soy la hija ilegítima.

Benjamin se rio meneando la cabeza.

—Sé que debe de ser muy extraño para ti, pero intenta disfrutar. Piénsalo, ¿cuánta gente descubre que su padre era un príncipe?

—Lo sé. Lo intentaré. ¿Qué habitación quieres?

—Una en la que no vaya a dormir mi hija.

Esa vez fue Coco la que se rio.

—Por suerte Emma puede dormir en su propia habitación porque he traído el intercomunicador para oírla si se despierta o si llora.

—Estupendo. Creo que me vendría bien una cerveza y a ti una copa de vino. Voy a ver qué encuentro en la cocina —se acercó y abrió el refrigerador—. Ha habido suerte; hay cerveza alemana y vino blanco. ¿Qué te parece?

—Prefiero un vaso de agua. El vuelo me ha dejado cansada y quiero estar despejada por si Emma se despierta de noche.

—Podríamos llamar a la niñera que nos han ofrecido.

—Esta noche no, dejémoslo para otro día —sugirió Coco.

Enseguida llegó la comida, unos sándwiches de los que ambos dieron buena cuenta. Después, Coco le cambió el pañal a Emma, la acostó en la cuna y se quedó dormida en el dormitorio de al lado, con ropa y todo.

La despertó un llanto agudo. A pesar de estar profundamente dormida, se puso en pie de un salto y fue corriendo a la habitación que ocupaba Emma, donde chocó con un cuerpo alto y fuerte.

—¿Benjamin? —murmuró.

—Sí —respondió él de igual modo.

Se apartó de él y fue a agarrar a la pequeña.

—No te preocupes, mi amor —le susurró mientras la abrazaba y conseguía que fuera calmándose—. Voy a cambiarte el pañal —lo hizo en un abrir de ojos.

—Qué rapidez —comentó Benjamin.

—Es la práctica —respondió ella—. Está muy despierta, puede que tarde un rato en quedarse dormida de nuevo.

—Puedo quedarme yo —se ofreció Benjamin.

Pero Coco meneó la cabeza.

—Prefiero que descanses para cuando me entre el sueño a mí, así que yo me encargo de este turno —decidió.

—¿Estás segura?

—Completamente. Además, seguro que estás cansado después de haber tenido que pasearla en el avión mientras gritaba —le dijo en tono burlón.

Él se echó a reír.

—Avísame cuando me necesites —le pidió y le tocó la punta de la nariz suavemente—. Mañana vas a tener un día muy ajetreado.

Se le encogió el estómago de pensarlo.

—Es verdad.

A la mañana siguiente les llevaron una bandeja con pan, mantequilla y varios tipos de mermeladas, además de té y café.

—¿Se supone que esto es el desayuno? —preguntó Benjamin con gesto decepcionado.

—Puede que solo desayunen esto —dijo ella mientras le daba el biberón a Emma—. O quizá quieran que pasemos hambre para que nos vayamos pronto.

Benjamin le lanzó una mirada que le hizo pensar que era demasiado guapo para ella.

—No te pongas paranoica. Aún no los conoces —le recordó—. Pareces cansada. ¿Tardó mucho Emma en volver a quedarse dormida?

—Una hora o así, pero para entonces yo estaba tan cansada que no podía conciliar el sueño. Será la diferencia horaria.

—Y los nervios por ir a conocer a tu familia.

—Sí —dijo ella justo cuando sonaba el teléfono.

—Ya voy yo —se ofreció Benjamin—. Sí, la señorita Jordan está

aquí —dijo y asintió—. A tomar el té, esta tarde —enarcó las cejas mirando a Coco—. Y una visita al palacio por la mañana.

—¿A qué hora? —le preguntó ella para asegurarse de tener tiempo de ducharse y mejorar un poco su aspecto.

—¿A qué hora? —repitió él al teléfono y esperó a que le respondieran—. ¿Dentro de una hora?

Ella asintió al tiempo que se colocaba a Emma para ayudarla a echar el aire.

Capítulo 6

Exactamente una hora después llamaron a la puerta de la casa. Benjamin acudió a abrir con Emma en brazos.

—Hola —le dijo el hombre de mediana edad que esperaba al otro lado de la puerta—. Soy Peter Bernard y vengo a buscar a la señorita Coco Jordan. Supongo que usted es el señor Garner —añadió—. Usted y su hija pueden acompañarnos si lo desean.

—Prefiero que la niña no distraiga a Coco durante la visita —explicó Benjamin al tiempo que le tendía la mano a aquel hombre—. La señorita Jordan es muy importante para mí. Confío en que cuide bien de ella.

La aparición de Coco impidió que el señor Bernard pudiera responder. Benjamin la agarró del brazo antes de que saliera y la miró a los ojos.

—Pásalo bien, cariño. Emma y yo te esperaremos aquí —dijo antes de besarla.

Coco se quedó mirándolo, atónita de que la hubiese besado, pero luego se dio cuenta de que era parte de la estrategia para hacerse pasar por novios y por fin consiguió reaccionar.

—Gracias. A ver si consigues que se eche una siesta. Hasta luego... mi amor —logró decir con esfuerzo. Iba a ser más difícil de lo que había imaginado.

—Señorita Jordan —le dijo aquel hombre.

—Sí —respondió ella, saliendo del ensimismamiento y apartando la atención de Benjamin—. Cuando quiera, señor Bernard.

La llevó hasta el coche que había aparcado frente a la casa y, una vez dentro, le explicó cuáles eran sus planes.

—Quiero mostrarle primero los jardines, mientras le cuento la historia de la familia Devereaux. Me temo que no es la mejor época del año para disfrutar de la vegetación de Chantaine porque la mayoría de las plantas no tienen flores. Pero, como puede ver, disponemos de enormes praderas en las que la familia real tiene oportunidad de descansar y olvidarse de la presión que suponen sus enormes responsabilidades.

Mientras admiraba el verde paisaje, Coco pensaba lo impresionante que debía de ser en primavera y se preguntaba cómo sería crecer en un lugar así. Pensó entonces en su infancia, en un

pequeño pueblo de Texas, y sonrió.

—¿Hay alguna charca para pescar? —preguntó.

El señor Bernard la miró y parpadeó.

—¿Una charca?

—Sí. Un lugar donde bañarse y pescar —aclaró.

—Para nadar tenemos una piscina y el mar —explicó con una sonrisa—. Y, por otra parte, se pueden hacer excursiones para pescar con el yate de la familia real. En la propiedad hay algunos estanques en los que hay sobre todo carpas. ¿Alguna otra pregunta?

—Ahora mismo no.

—Muy bien, entonces entraremos al palacio.

El señor Bernard comenzó a contarle la historia de la familia Devereaux y la de Chantaine. La historia de la familia se remontaba varios siglos atrás, en ese tiempo habían tenido que negociar tanto con Francia como con Italia para seguir en el poder y mantener la independencia de Chantaine.

—Hay personas que nacen para gobernar y, entre ellas, hay algunas que tratan de cambiar las cosas. Chantaine se siente muy orgulloso de que esta nueva generación de la familia real esté tratando de mejorar la vida de todo el país. En los últimos años, Su Alteza Real el príncipe Stefan ha conseguido que pasen muchos cruceros por nuestro puerto. Él y el resto de la familia real se han encargado de que se celebren aquí todo tipo de acontecimientos culturales y de que se donen generosas cantidades de dinero a las organizaciones benéficas de Chantaine. Su Alteza la princesa Bridget está casada con un reputado médico estadounidense que ejerce ahora en nuestro país y el príncipe Stefan siempre está buscando la manera de mejorar las condiciones de vida de su pueblo.

El coche se detuvo frente a la grandiosa entrada del palacio, con un pórtico flanqueado por dos enormes columnas blancas. El conductor les abrió la puerta del coche y otro hombre de uniforme les abrió la del palacio. Coco se encontró entonces con un grandioso vestíbulo con suelos de mármol, una elegante escalera en curva al fondo y varias arañas de cristal en el techo.

—¡Vaya! —susurró.

El señor Bernard continuó con su discurso mientras le mostraba la planta principal del palacio, donde había varias salas de reuniones, dos salones de baile y numerosos rincones con muebles antiguos y ventanas desde las que admirar la belleza de los jardines. Cuando acabó de señalar la originalidad de la arquitectura del palacio, Coco no

pudo seguir conteniendo su curiosidad.

—¿Cómo era? —le preguntó—. ¿El príncipe Eduardo?

El señor Bernard la miró sorprendida.

—El príncipe Eduardo era todo un experto con la espada —le dijo—. También sentía una enorme pasión por la navegación y siempre fue muy leal a su país. Se graduó en una universidad francesa y le dio a su pueblo un magnífico heredero, además de otros descendientes que tienen encantados a nuestros ciudadanos.

—Y esos... —Coco hizo una pausa porque le costaba utilizar la misma palabra que había utilizado él— descendientes, ¿cómo son?

—Como ya le he dicho, encantadores.

Pero eso no respondía a su pregunta.

Coco se comió la mitad del sándwich con Emma en el regazo mientras Benjamin engullía la comida que les habían llevado.

—Cómete tú esta otra mitad —le dijo al ver que había terminado con lo suyo—. Yo no voy a comer más. Además, dentro de un rato tengo que tomar el té —añadió con cara de confusión—. ¿Podríamos mirar en Google qué se hace exactamente? Es que nunca he tenido una cita tan formal.

—¿Estás segura? —le preguntó él, mirando el sándwich.

—Claro —respondió, acercándole el plato.

—¿Te ha contado algo interesante el señor Bernard? —le preguntó Benjamin antes de dar el primer mordisco.

—Ha sido muy amable, pero cuando le he preguntado cómo era la familia real, se ha limitado a decir que son adorables.

Benjamin frunció el ceño.

—Nadie es adorable todo el tiempo. Lo que ocurre es que él es el relaciones públicas de la familia. Seguro que lo de esta tarde te ayuda un poco más.

—Pero estoy muy nerviosa —le confesó—. Nunca he tomado el té con nadie tan importante, por eso quiero mirar en Internet cuál es el protocolo. ¿Se supone que tengo que inclinarme ante ellos?

—No creo que sea obligatorio, tú no eres ciudadana de este país y, por tanto, tampoco eres uno de sus súbditos —le explicó.

—Es verdad —dijo ella sin demasiada confianza—. Es que quiero mostrarles respeto.

Benjamin resopló.

—Que te muestren respeto ellos a ti.

Sus palabras la hicieron sonreír.

En ese momento, Emma estiró el brazo hacia el plato del sándwich.

—¿Podrías darle de comer cuando termines, mientras yo miró «té con la realeza» en Internet?

Benjamin se echó a reír.

—Claro —dijo y tendió los brazos a su hija, que protestó.

—La comida la tiene él —le susurró Coco a la niña antes de pasársela a su padre y luego se dirigió a él—. Ahora mismo te traigo el frasco.

—La última vez no terminó muy bien la cosa —recordó Benjamin con una mueca.

—Solo tienes que parar cuando empiece a escupir, no intentes que siga comiendo —le explicó Coco—. Es bastante lógico.

Benjamin frunció el ceño.

—A ti te parece muy fácil porque estás acostumbrada.

—Bueno, es tu oportunidad para estar con ella.

Emma volvió a protestar, echándole los brazos a Coco.

—Será mejor que me vaya a otra habitación para que no me vea. ¿Me dejas tu *tablet*?

—Claro —respondió él enseguida.

Emma soltó un grito que le encogió el corazón a Coco y la obligó a hacer un gran esfuerzo para cerrar la puerta tras de sí. Siguió sufriendo unos segundos más, hasta que Emma se quedó tranquila con su padre y ella recuperó un poco la calma, aunque seguía nerviosa por la reunión con sus hermanastros.

No tardó en encontrar algunas de las cosas que no se debía hacer mientras se tomaba el té: *No remover el té moviendo la cucharita en círculos completos. No poner nunca la servilleta sobre la silla. No cortar las pastas del té...*

Coco apretó los labios. Ni siquiera le gustaban las pastas.

Siguió buscando información hasta que oyó que llamaban a la puerta y se le subió el corazón a la garganta.

Respiró hondo y salió de la habitación. Emma la recibió con una sonrisa llena de puré.

—He cometido el error de dejarle la cuchara —le contó Benjamin.

Coco la vio tirar la cuchara al suelo y meneó la cabeza.

—Tendremos que hacer que se le olvide durante la próxima comida.

Volvieron a llamar. Benjamin la miró a los ojos antes de levantarse de la silla.

—Acuérdate de lo que te he dicho antes —le dijo mientras Coco abría la puerta, después se acercó a ella, la agarró del brazo y le dio un beso en la boca—. Yo te mandaré fuerza desde aquí.

Aquellas palabras de apoyo le transmitieron una cálida sensación.

—Gracias —dijo ella antes de salir de allí con el señor Bernard.

Ya en el coche, Bernard la preparó un poco para el encuentro.

—Le presentaré a las princesas una a una. El príncipe Stefan llegará más tarde porque tenía otro compromiso anterior.

Al llegar al palacio, la condujo hasta una pequeño salón amueblado con piezas antiguas, una preciosa y enorme alfombra de lana y una mesa deliciosamente servida para el té con una porcelana muy elegante, todo tipo de pastas y mermeladas y una tetera de plata.

El señor Bernard se quedó de pie junto a la puerta mientras ella esperaba, paseándose por la estancia. No quería pensar mal, pero no pudo evitar preguntarse si se habría quedado allí para asegurarse de que no robaba nada. La mera idea de que fuera así la hizo enfurecer. Quizá no se hubiese criado en un palacio, pero sí que le habían enseñado la diferencia entre el bien y el mal.

«No seas negativa», se dijo a sí misma al tiempo que respiraba hondo.

Entonces se oyeron pasos y entraron tres mujeres. El señor Bernard se inclinó ante ellas. Después de haber visto sus fotografías en Internet, Coco recordaba perfectamente el nombre de cada una de ellas. La rubia era la princesa Fredericka, la elegante joven de cabello castaño era la princesa Bridget y la de expresión dulce y pelo rebelde era la princesa Phillipa, que por cierto, parecía estar embarazada.

—Princesa Fredericka, permítame que le presente a la señorita Coco Jordan —dijo el señor Bernard.

Convencida de que era preferible pecar de exceso de amabilidad que de lo contrario, Coco trató de hacer una reverencia e inclinó la cabeza.

—Es un placer conocerla —le dijo Fredericka tendiéndole la mano.

La princesa Bridget le dijo lo mismo, tras lo cual Coco se preparó para la tercera reverencia, nerviosa ante tanta frialdad.

La princesa Phillipa le agarró la mano con las dos suyas.

—Es un placer. Gracias por hacer un viaje tan largo para

conocernos. ¿Nos sentamos a tomar el té?

Coco respiró con cierto alivio. Al menos Phillipa parecía más afable.

Se sentaron a la mesa y esperaron a que les sirvieran el té. Coco observó que las tres princesas disolvían el azúcar moviendo la cuchara en vertical, tal como había visto en Internet y siguió su ejemplo. Hubo un largo silencio, hasta que las tres hermanas intercambiaron una mirada y Bridget dejó su taza.

—Tengo entendido que vive usted en Texas. No sé si sabe que tenemos varios vínculos con ese estado. Mi hermana la princesa Valentina vive en Texas con su marido y su hija y mi marido también es de Texas. ¿A usted le gusta vivir allí?

—Lo cierto es que no conozco otra cosa —dijo Coco—. Llevo allí toda la vida y no he viajado mucho, pero creo que allí hay mucha gente buena, así que me considero bastante afortunada.

Bridget asintió y miró a Fredericka.

—Texas tiene mucho encanto, aunque no sé si yo podría soportar esos veranos tan calurosos. ¿Cómo lo hacéis?

—Gracias al aire acondicionado, el té frío y la limonada —respondió Coco.

Phillipa se echó a reír.

—Acaba de hablar como lo haría Eve, que es la esposa de nuestro hermano, el príncipe Stefan. Ella también es texana. No sé qué le habrá contado el señor Bernard o qué ha visto en Internet sobre nuestra familia.

—El señor Bernard me ha hecho una visita guiada por el palacio esta mañana y me ha dado una lección de historia sobre Chantaine y sobre la familia Devereaux, pero he recibido tal cantidad de información que no sé si pasaría un examen —confesó.

Bridget esbozó una sonrisa que enseguida se apresuró a tapar con la taza de té.

—Háblenos de usted.

Coco se quedó en blanco por un momento.

—Ya saben que soy de Texas. Estoy estudiando Educación Infantil. Bueno, en realidad, lo estaba hasta que mi madre cayó enferma —se dio cuenta de que estaba agarrando la taza con las dos manos, algo completamente contrario al protocolo, así que bajó una mano.

—Sí, y lamentamos mucho su pérdida —dijo Phillipa—. Mi marido ha pasado por algo parecido con su madre hace poco.

—Lo siento mucho —respondió Coco.

—Creo recordar que nos dijeron que trabajas de niñera, ¿es así? —le preguntó Bridget.

—Sí —confirmó Coco—. Cuido a la hija de Benjamin Garner, Emma. Es estupenda.

—¿Qué tiempo tiene? —preguntó Bridget.

—Solo cinco meses, pero es muy parlanchina.

Bridget abrió los ojos de par en par.

—¿Ya habla?

—A su manera.

Phillipa se rio.

—¿Y qué le gusta hacer cuando no está cuidando de Emma?

—Si soy sincera, últimamente paso la mayor parte del tiempo intentando que la niña se adapte a vivir con su padre. La madre de Emma murió repentinamente hace menos de dos meses. Pero cuando tengo oportunidad, me gusta ir a pescar.

Las tres princesas la miraron sin decir nada y Coco pensó que quizá se hubiese excedido.

—¿Pescar? —repitió Fredericka.

Coco asintió.

—Con caña y cebo —añadió.

—A Eve le encantaría —murmuró—. Ya piensa que somos una panda de cursis...

Entonces se abrió la puerta y entró el señor Bernard para anunciar:

—Su Alteza Real el príncipe Stefan.

Coco se quedó en blanco, pero al ver que las princesas se ponían en pie, hizo lo mismo, con la mala suerte que, al hacerlo, tiró la taza de té y derramó todo el contenido sobre el precioso mantel de hilo.

—¡No! Cuánto lo siento, yo... —agarró la servilleta y empezó a secar el té—. He estropeado el mantel para siempre, con lo bonito que es. Yo...

—Señorita Coco Jordan —dijo una voz masculina.

Coco levantó la mirada y se encontró con la del príncipe Stefan, que no parecía demasiado afable. Se apresuró a inclinarse ante él.

El príncipe Stefan le tendió una mano y ella se puso recta.

—Es un placer conocerla. Confío en que el señor Bernard la haya atendido bien.

—Sí, muchas gracias.

—Me temo que tengo que marcharme a una reunión. Por favor, no dude en llamar al señor Bernard para cualquier cosa que necesite durante su estancia aquí. Que tengáis todas un buen día —dijo dirigiéndose también a sus hermanas y luego volvió a marcharse.

Coco recordó a duras penas que se suponía debía inclinarse de nuevo, así que lo hizo. En cuanto el príncipe se hubo marchado, el servicio cambió el mantel en un abrir y cerrar de ojos. Coco miró a las princesas con incomodidad. De pronto su expresión parecía fría y distante. Habría jurado que alguien había bajado la temperatura de la habitación.

Se sentó lentamente, apretó los labios y esbozó una ligera sonrisa. Ninguna de las princesas le devolvió la sonrisa. Alguien le preguntó si quería más té, a lo que respondió que no. No quería estropear otro mantel antiguo.

El silencio invadió la estancia como una capa de humedad y calor veraniegos. Coco no tenía ni idea de qué decir y daba la impresión de que las princesas no veían la necesidad de charlar. Se preguntó si se habrían enfadado tanto por lo del té.

Un reloj dio tres campanadas. Fredericka miró su reloj de pulsera y se puso en pie. Las otras dos hermanas la siguieron y Coco tras ellas.

—Ya la hemos entretenido demasiado —dijo Fredericka—. Ha sido un placer conocerla, esperamos que disfrute la visita a nuestro pequeño país.

Coco parpadeó un par de veces, sorprendida por la brusquedad con la que estaban poniendo fin al encuentro, pero se esforzó en inclinarse ante ellas. Las princesas salieron enseguida de la habitación y volvió a aparecer el señor Bernard.

—La acompañaré a la casa de invitados —anunció.

No pudo dejar de dar vueltas a la cabeza durante el breve trayecto hasta la casa. ¿Cómo era posible? Había cruzado medio mundo para tomar el té con sus hermanastras y ver a su hermanastro durante unos segundos.

Se había convencido a sí misma de que no debía esperar nada, pero lo cierto era que le dolía el estómago y el alma. Apretó los puños y se dijo: «No te disgustes. No te disgustes».

El señor Bernard le abrió la puerta del coche y Coco sintió su mirada mientras caminaba hasta la puerta.

—No estoy decepcionada —se dijo susurrando—. No estoy decepcionada. No estoy...

La puerta se abrió antes de que llegara a tocarla siquiera y apareció Benjamin, el fuerte y maravilloso Benjamin, que la miró a los ojos.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó.

Coco rompió a llorar.

—No muy bien, parece —murmuró Benjamin mientras la agarraba de la mano y la llevaba al interior de la casa.

—No debería... haber... —consiguió decir entre sollozos.

Las lágrimas de Coco le rompían el corazón y empezaba a preocuparle seriamente que empezara a hiperventilar.

—Escucha —le dijo, poniéndole las manos en los hombros—. Respira hondo.

Coco abrió la boca, seguramente con la intención de obedecerle, pero solo sirvió para que saliera otro sollozo.

—Lo siento —dijo—. No he...

—Respira —insistió él—. En serio —le agarró el rostro con las dos manos—. Cierra los ojos y respira.

Coco le hizo caso.

—Otra vez —le pidió.

Volvió a tomar aire, esa vez sin temblar.

—Lo siento. No recuerdo la última vez que lloré tanto.

—Entonces es que tenías mucho que sacar. Si estás bien, te traeré un poco de agua —le dijo.

Ella asintió mientras se secaba las mejillas.

—Solo estoy avergonzada.

—No tienes por qué. Es una situación muy rara.

Benjamin volvió con el vaso de agua y se lo acercó a los labios, fijándose entonces en que eran carnosos y rosas.

—Gracias —dijo después de beber un sorbo, bebió un poco más y volvió a respirar hondo—. Me siento tan tonta.

—¿Por qué?

—No sé qué pensaba. Por más que decía que no debían tener el menor interés en conocerme, en el fondo esperaba que lo tuviesen —cerró los ojos—. No pensaba que de repente fuéramos a comportarnos como hermanos, pero sí esperaba que al menos fueran un poco más amables.

—¿Qué han hecho?

—Nada horrible —aseguró Coco—. Solo han sido horriblemente

correctas. El príncipe entró en la habitación donde estábamos y cuando me levanté para saludarlo, tiré el té sobre un mantel increíble. No sé si ese es el motivo por el que luego estuvieron tan frías, después de que él se marchara. No estuvo allí más de medio minuto —meneó la cabeza con confusión—. Antes de eso, Bridget y Phillipa estuvieron casi amables. Incluso sonrieron un par de veces y se rieron.

Benjamin frunció el ceño. ¿Por qué se habrían puesto tan serias de repente?

—¿Qué les dijo el príncipe Estirado a sus hermanas mientras estuvo allí?

—Stefan —le corrigió Coco, pero riéndose—. No les dijo nada, aunque las miró con cara de pocos amigos.

—Ya —murmuró Benjamin mientras se preguntaba si no sería todo parte de un plan.

—¿Qué estás pensando?

—Nada.

—Yo tampoco voy a pensar nada más sobre todo esto —dijo ella —. Ya podemos marcharnos.

Emma emitió un grito desde la habitación donde dormía.

—Vaya. Espero no haberla despertado.

—No lo creo. Llevaba bastante tiempo durmiendo —le explicó él mientras seguía esperando sobre el comportamiento de los Devereaux. No había creído que fueran a recibirla con los brazos abiertos, pero había algo sospechoso.

Una hora más tarde, tras haber dado de comer a Emma, Coco le puso la manta en el suelo y dejó que se moviera a su antojo. Benjamin se fijó en que Coco parecía inquieta. Seguía disgustada por culpa de los Devereaux. Pero él había ideado un plan, aunque aún no quería contarle nada.

—Aún es de día. ¿Quieres llevarla a dar un paseo?

—Buena idea —respondió con evidente alivio—. ¿Tú quieres venir?

—Mejor me quedo. Tengo que echar un vistazo a unos documentos que me ha enviado el capataz del rancho.

—Muy bien —dijo, después se puso una chaqueta y le puso otra a Emma—. No tardaremos mucho —dijo y se detuvo en seco—. Gracias por aguantarme esta tarde.

La expresión que había en sus ojos azules hizo que se le formara un nudo en la garganta.

—No ha sido nada. Solo quiero que estés bien —le dijo y le

apretó el hombro.

Entonces Coco se puso de puntillas y le dio una buena sorpresa al darle un rápido beso en la mejilla.

—Para mí ha sido mucho —respondió y luego se marchó.

Benjamin se llevó la mano a la mejilla, al lugar donde ella lo había besado y se preguntó si tendría el resto del cuerpo tan suave como los labios. Se preguntó cómo sería besarla por todas partes y qué sonidos saldrían de esos labios si él la tocara.

De pronto sintió un repentino calor y tuvo que menear la cabeza para apartarse de esos pensamientos. Se dijo a sí mismo que era una auténtica locura. Tenía cosas más importantes en qué pensar que en el hecho de que hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer. Si había una mujer con la que jamás debería pensar siquiera en acostarse, era precisamente Coco. Era muy importante para él por Emma y eso la convertía en fruta prohibida, algo que no debía olvidar nunca.

Benjamin agarró el teléfono de la casa y marcó el número del señor Bernard.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó Bernard enseguida.

—Creo que sí. Necesito hablar con Stefan Devereaux.

Hubo un largo silencio.

—Disculpe, ¿con quién hablo?

—Con Benjamin Garner, el prometido de la señorita Coco Jordan.

Bernard se aclaró la garganta.

—Señor Garner, me temo que va a ser imposible conseguir audiencia con el príncipe. Su agenda se organiza con meses de antelación.

—No quiero audiencia, lo que quiero es una conversación de hombre a hombre —aclaró—. Puede decirle que la familia Devereaux se enfrentará a un buen problema si no consigue encontrar un momento para hablar conmigo. ¿Comprendido?

Bernard volvió a aclararse la garganta.

—Le haré llegar su mensaje, señor Garner.

—Eso espero —dijo Benjamin y colgó.

Capítulo 7

Dos horas después sonó el teléfono en la casa de invitados. Benjamin respondió lo más rápido posible porque Coco se había quedado dormida en el sofá.

—Señor Garner, soy el ayudante del príncipe Stefan. Lo recibirá hoy mismo dentro de quince minutos. El señor Bernard irá a buscarle dentro de cinco minutos.

A Benjamin no le gustaba acatar órdenes, pero en ese momento lo importante no era él. Estaba intentando ayudar a Coco, que no se había despertado con el timbre del teléfono.

—De acuerdo —dijo antes de colgar.

Volvió a mirar a Coco. La pobre estaba agotada. Puso el intercomunicador en la mesa que tenía al lado, para que oyera a Emma si lloraba, le escribió una nota en la que le decía que había ido a dar un paseo y luego salió por la puerta. El coche no tardó en llegar.

—Señor Garner —lo saludó Bernard en cuanto se montó—. Le daré algunas instrucciones sobre el protocolo que debe respetar con el príncipe.

—No es necesario —le dijo Benjamin—. No es mi príncipe.

—Pero, señor —protestó Bernard—. Debo darle ciertas pautas.

—Haga lo que tenga que hacer, pero no voy a prestarle atención. Tengo cosas más importantes en las que pensar. No se preocupe, yo me hago responsable de mi comportamiento, siempre lo he hecho.

El señor Bernard titubeó un instante.

—Muy bien, señor. La primera norma es que nunca dé la espalda a un miembro de la realeza y...

Benjamin dejó de escuchar y se dedicó a planear la estrategia que iba a seguir con Stefan. Solo unos minutos después, estaba entrando por una puerta lateral del palacio y, una vez dentro, lo llevaron hasta el segundo piso, donde se encontraron con un guarda de seguridad.

—Señor, debo registrarle antes de que vea a Su Alteza —le explicó el hombre.

Benjamin levantó las manos. No necesitaba llevar pistola; sabía que su mejor arma en ese momento era la amenaza de manchar la imagen de los Devereaux. Pronto se encontró en un gran despacho

amueblado con madera maciza y cuero. Le sorprendió ver un juguete infantil sobre la mesa. También había una foto de una mujer de cabello oscuro y ojos dulces y otra de una niña de pelo rizado y ojos azules.

Benjamin enarcó ambas cejas. Quizá ese Stefan fuese humano después de todo. Fue entonces cuando se abrió la puerta y alguien anunció:

—Su Alteza Real, Stefan Devereaux.

Benjamin se volvió hacia la puerta para mirar de frente al príncipe. Era alto, tenía el cabello negro, ojos fríos y el ceño fruncido.

—Señor Garner —lo saludó.

—Buenas noches —respondió Benjamin y esperó a que Stefan tomase asiento para sentarse él también.

—Mi ayudante me ha hecho saber que usted ha amenazado con manchar la reputación de mi familia —dijo Stefan sin rodeos.

—Eso es un poco exagerado —matizó Benjamin—. Simplemente pensé que querría saber la mala imagen que está dando su familia al nuevo miembro de dicha familia. Coco recibe cada día cientos de llamadas de la prensa, así que lo único que tiene que hacer es contarles la verdad sobre su visita a Chantaine y no creo que eso le haga ningún bien a la familia real.

—¿Qué más quiere? Ha tomado el té con mis hermanas y yo he ido a conocerla personalmente —le recordó, apretando las mandíbulas con tensión—. Quizá se trate más bien de un problema de dinero. Dígame cuánto quiere.

Benjamin le lanzó una mirada heladora.

—Es insultante. ¿No le han dicho nunca que debería ser más compasivo?

El hombre que se había quedado en la puerta dio un paso al frente.

—Enseguida haré salir al señor Garner.

Pero Stefan levantó una mano para frenarlo.

—No es necesario, Peter. Yo me encargo de esto —se inclinó sobre la mesa—. ¿Qué es lo que quiere exactamente la señorita Jordan?

Benjamin respiró hondo.

—Puede que le resulte difícil, pero intente imaginárselo. Imagine que es hija única, adoptada, su padre ha muerto y su madre acaba de morir por culpa de una enfermedad terminal. Está sola en el mundo, sin un solo pariente. ¿Qué querría usted?

Hubo un largo silencio que se vio interrumpido por la llegada de

una mujer.

—¿Qué haces trabajando a estas horas de la noche? —preguntó la mujer.

Benjamin tardó unos segundos en reconocerla; estaba más pálida que en la foto y parecía enferma.

Stefan se puso en pie de inmediato y rodeó a la mujer con sus brazos.

—Eve, no deberías estar levantada. Has tenido un día muy duro. Vuelve a la cama y yo iré enseguida.

Pero la mujer frunció el ceño y miró a Benjamin, que también se había puesto en pie.

—Señora —la saludó.

Ella lo observó un segundo y luego miró de nuevo a Stefan.

—Es de Texas —se detuvo un instante y abrió los ojos de par en par al caer en la cuenta—. Ha venido con Coco Jordan. ¿Está aquí ella? ¿Por qué no la he visto?

—Te dije que yo me encargaría. Como no te encontrabas bien, Bridget, Phillipa y Fredericka han tomado el té con ella esta tarde.

—¿El té? —repitió Eve con desprecio—. ¿Le habéis dado té a una chica de Texas? Y seguro que ni siquiera le han puesto hielo —respiró hondo—. ¿Qué está pasando?

—Luego hablamos —le prometió Stefan.

—Está bien —dijo—. Pero, hasta entonces, me gustaría conocer a un texano como yo —se acercó a Benjamin—. Hola. Soy Eve Devereaux —dijo al tiempo que le tendía la mano.

—Es un placer —dijo Benjamin—. Yo soy Benjamin Garner. Siento haberla molestado. Seguro que su marido y yo podemos terminar la conversación...

—¿Bourbon o whisky? —le preguntó con una débil sonrisa en los labios y se dejó caer en una silla.

—Eve, quiero que vuelvas a la cama —intervino Stefan.

—Con la condición de que me prometas que mañana podré conocer a Benjamin y a Coco. Y prométeme también que le vas a servir una copa a Benjamin y te vas a tomar una con él.

—Como quieras —dijo el príncipe con impaciencia.

—Y... —comenzó a decir ella.

—Ya está bien —cortó él tajantemente.

Eve sonrió y se puso en pie.

—Tenía que intentarlo —dijo antes de marcharse.

De nuevo solos, Stefan respiró hondo.

—Siéntese por favor. Peter, sírvele al señor Garner lo que él te pida.

El hombre se acercó a ellos.

—Sí, señor. ¿Qué le apetece beber?

—Un whisky, gracias.

—A mí ponme lo mismo —pidió Stefan y miró a Benjamin a los ojos—. Ahora que se ha ganado la atención de mi esposa, debo advertirle que me mostraré implacable si se aprovecha de su amabilidad.

Benjamin levantó el vaso de whisky hacia él.

—Me alegra oír eso, Alteza. Lamentaría que no fuera así.

Stefan se tomó el whisky de un trago.

—Muy bien. Mañana tendremos una reunión familiar y uno de mis hombres les comunicará la cuantía de la herencia económica de la señorita Jordan. Debo advertirle que será una cantidad modesta. Hoy en día, los miembros de la realeza nos ganamos el sueldo trabajando.

Benjamin asintió. Quería que Coco recibiese lo que le correspondía, pero sabía perfectamente qué era lo que más deseaba.

—Espero que sea una reunión lo más afable posible. Ya la ha visto, Coco no es ningún tiburón —se puso en pie, dejando la bebida a medias—. Creo que eso es todo. Su esposa lo espera y no quiero entretenerlo.

Stefan se levantó también y asintió al tiempo que le tendía una mano.

—Buenas noches.

Poco después estaba en el coche que lo llevó de nuevo hasta la casa de invitados. Seguramente a Bernard le habría gustado tirarlo en marcha, pero se bajó del coche para abrirle la puerta.

—Buenas noches, señor Bernard —le dijo Benjamin.

—Buenas noches, señor —respondió.

Encontró a Coco tal y como la había dejado. Tampoco se oía ningún ruido en la habitación de Emma. Todo estaba en orden. Levantó a Coco en brazos y la llevó al cuarto que había ocupado la noche anterior, aunque le habría encantado llevársela a su propia cama. Pero sabía que no era buena idea.

Solo esperaba que el día siguiente fuera mejor para ella de lo que lo había sido aquel. La acostó en la cama y la arropó bien. Se movió como si fuera a despertarse, pero luego suspiró y apretó la cara contra la almohada.

Debería haberse resistido, pero no lo hizo. Se inclinó sobre ella y

le dio un beso en la mejilla. Era lo más suave y dulce que había tocado nunca con la boca.

—Por el amor de Dios. Otra reunión familiar —protestó Bridget mientras caminaba con su hermana Phillipa, a la que todo el mundo llamaba Pippa, hacia el despacho de Stefan—. ¿Crees que habrá descubierto que sonreímos a Coco Jordan? Empiezo a pensar que nos grabó mientras tomábamos el té.

—Eso explicaría por qué nos miró de esa manera antes de irse —comentó Pippa—. Es absurdo que no nos deje ser amables con ella.

—Desde luego —opinó Bridget—. Fue como si pegáramos a un cachorrito. Parecía muy agradable. La verdad es que me cuesta creer que pretenda acabar con la Casa de los Devereaux.

—Alguien tiene que hablar con Stefan —opinó Pippa.

—La única capaz de hacerlo razonar cuando está así es Eve, pero el embarazo le está provocando tantas náuseas que yo no me atrevo a molestarla.

—Tienes razón —dijo Pippa, llevándose la mano al vientre—. Yo tuve unas semanas un poco difíciles, pero ya pasaron. Sin embargo lo de Eve parece que va a peor. Stefan está muy preocupado por ella y la verdad es que no me extraña.

—Bueno, aquí estamos —anunció Bridget antes de llamar a la puerta del despacho de su hermano. Al entrar les sorprendió encontrar a Eve, tranquilamente sentada, comiéndose una tostada mientras Stefan hablaba por teléfono—. Eve, qué alegría verte. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien —respondió, sin duda mintiendo—. Pero no estoy acostumbrada a no poder hacer mis actividades normales. Además, según todos los libros sobre el embarazo, se supone que las náuseas deberían haber pasado ya.

—Lo siento mucho —dijo Pippa, dándole un abrazo a su cuñada.

—Sí, yo también —se unió Bridget con un beso.

—¿Qué tal va el rancho? —le preguntó Eve.

Bridget sonrió, contenta de que la mujer de Stefan se acordara del estrambótico proyecto en el que se habían embarcado su esposo y ella. Un rancho en Chantaine.

—Gracias por preguntar. Todavía seguimos con la casa y aún tardaremos un tiempo en empezar a trabajar en el rancho en sí y en traer animales.

—Yo os ayudaré en cuanto deje de encontrarme tan mal —prometió Eve.

—Ahora céntrate en cuidarte —le pidió Bridget.

—Es que es tan aburrido —echó un vistazo a su marido, que seguía al teléfono—. Bueno, ¿qué os pareció ayer Coco? ¿Es tan mala?

—A mí me sorprendería mucho que resultara serlo —reconoció Pippa—. En realidad me pareció muy auténtica. A ti te habría encantado. Dice que le encanta salir a pescar cuando tiene tiempo libre, aunque parece ser que últimamente no dispone de mucho porque está cuidando a una bebé que no tiene madre. Ya ves, claros síntomas de que es una psicópata.

—Lo cierto es que parece muy agradable —confirmó Bridget.

—¿Y qué dijo Fredericka?

—A ella se le da mejor ocultar sus emociones —respondió Bridget—. Ya ha vuelto a París.

—Qué lástima. Me habría gustado que viera a Coco en otras circunstancias. Por eso estoy aquí. He convencido a Stefan para que nos reunamos con ella en un ambiente más natural y agradable. Su prometido ya estaba planeando el viaje de regreso a Texas. Me da la impresión de que, si aún hubiese duelos, habría retado a Stefan.

Bridget miró a su cuñada con la boca abierta.

—¿Su prometido? No sabía que estuviese prometida.

—Parece ser que su jefe y ella se enamoraron. Es comprensible viendo la devoción que siente por la niña —explicó Eve.

—Vaya —murmuró Pippa—. No dijo nada sobre su compromiso.

—Tampoco la invitamos a contarnos su vida precisamente, sobre todo después de que apareciera Stefan y nos lanzara esa mirada —recordó Bridget.

—Es cierto —dijo Pippa y luego se dirigió a Eve en voz más baja —. Entonces, ¿qué plan tienes?

—Vamos a celebrar una pequeña reunión familiar todos juntos, con los niños y todo —explicó Eve.

—¿Con los gemelos? —preguntó Bridget. Sus queridos hijastros eran encantadores, pero increíblemente activos.

—Y también Stephenia —aclaró Eve—. Y vamos a invitar a Coco, a su prometido y a la hija de este, que creo que se llama...

—Emma —dijo Pippa—. Lo leí en el informe —explicó.

—¿Y tienen que venir los maridos? —quiso saber Bridget.

—No esperaba que pudieran habiendo avisado con tan poco

tiempo, pero, si podéis convencerlos, sería estupendo —les dijo Eve antes de dar un mordisco a la tostada.

—Intentaré apartarlo de sus numerosas reuniones en línea —pero, por su tono de voz, Pippa no parecía muy convencida de poder conseguirlo.

—Yo también intentaré traerlo —Bridget no parecía más segura que su hermana.

En ese momento Stefan colgó el teléfono y se volvió hacia ellas.

—Quería anunciaros que esta tarde vamos a celebrar una pequeña reunión familiar con Coco Jordan, su prometido y la hija de este.

—Ya lo sabemos —le dijo Bridget—. Solo falta que nos digáis a qué hora empieza.

Stefan frunció el ceño.

—¿Cómo que ya lo sabéis?

—¿De verdad pensabas que nos íbamos a quedar aquí calladas mientras tú hablabas por teléfono?

Stefan miró a Bridget con cara de pocos amigos.

—No hace falta ser irrespetuosa.

—Tampoco hace falta que nos haga esperar tanto, Alteza —respondió ella, encantada de provocar a su hermano. Aparte de Eve, era la única que no se dejaba intimidar por él.

—Vamos, querido —intervino Eve—. Estabas ocupado, así que hemos empezado a hablar sin ti.

Pero Stefan tenía la mirada clavada en el modo en que su mujer se rascaba el brazo.

—No te encuentras bien, ¿verdad?

—Estoy perfectamente —aseguró por enésima vez—. Lo que ocurre es que a tu hijo le gusta sentarse en mi hígado y hace que me pique todo. Solo tengo que aguantar unos meses más.

Stefan se acercó a ella y le puso la mano en la mejilla.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Ya se me ocurrirá algo —respondió Eve sin dejar de rascarse.

Después de comer, Coco, Benjamin y Emma se dirigieron al despacho de George Singleton, uno de los asesores de la Casa Real, que los recibió con amabilidad y los invitó a sentarse.

—Mi cometido es informarla de la herencia que le corresponde del príncipe Edward.

—¿Herencia? —repitió Coco mientras se colocaba a Emma sobre la rodilla y luego miró a Benjamin con sorpresa.

—Deja que el señor Singleton te lo explique todo —le sugirió.

—Tienes razón. Gracias, señor Singleton.

—Lamentablemente, el fondo fiduciario del príncipe está pensado para ayudar a los herederos que trabajaban por el bien de los Devereaux y que viven dentro del complejo del palacio.

Coco asintió, pero lo cierto era que le estaba costando asimilar lo que oía. Para ser sincera, en ningún momento había pensado que fuera a recibir herencia alguna del príncipe Edward siendo mayor de edad.

—Así pues, le corresponden ciento tres dólares mensuales, ya descontados los impuestos. Además de eso, recibirá la cantidad de cinco mil dólares estadounidenses en el momento en que complete sus estudios superiores.

—La muerte de mi madre me impidió acabarlos —murmuró Coco.

El señor Singleton se aclaró la garganta.

—En tal caso, supongo que se podría hacer una excepción.

—Seguro que sí —dijo Benjamin.

—Lo hablaré con los demás asesores —prometió Singleton—. Debe saber que, aunque a simple vista pueda parecer que los miembros de la familia real se ganan la vida fácilmente, lo cierto es que tienen que acudir a un sinfín de actos.

Coco asintió.

—Yo...

Benjamin le puso una mano sobre la suya.

—Pero eso no cambia en nada la asignación que dejó el príncipe Edward para sus descendientes.

El señor Singleton respiró hondo.

—Así es, señor. En cuanto sepa algo, me pondré en contacto con usted para comunicarle el resultado de mis conversaciones con los demás asesores. Si les parece bien, el señor Bernard los acompañará ahora a la reunión familiar. Tengo entendido que va a celebrarse en los jardines, aprovechando el buen tiempo —dijo mientras se ponía en pie y le tendía la mano a Coco—. Señorita Jordan —luego estrechó también la de Benjamin—. Señor Garner.

—Encantado de conocerlo —dijo Benjamin.

—Lo mismo digo, señor —respondió el asesor justo en el momento en que se abría la puerta y aparecía el señor Bernard.

—Hace un día precioso, por lo que la princesa Eve ha pensado que era mejor pasar la tarde al aire libre. Los espera en el parque infantil, para que los niños puedan jugar y soltar un poco de energía. Los gemelos de la princesa Bridget estarán encantados, igual que la princesa Stephenia.

—¿Stephenia? —preguntó Coco, tratando de acordarse de quién era.

—La princesa Stephenia es la hija del príncipe Stefan.

Coco miró extrañada a Bernard.

—¿Por qué se ríe?

El otro hombre frunció el ceño.

—No me río.

—Sí, se ha reído —insistió Coco—. Está usted a salvo, no se lo diremos a nadie. ¿Por qué se ha reído?

—La princesa Stephenia es bastante traviesa. Cuando llegó, no hacía más que gritar en cuanto veía al príncipe.

—¿Cuando llegó? —repitió Coco.

El señor Bernard apretó los labios.

—Eso es todo lo que quería decir. La princesa Stephenia es una niña encantadora.

Coco miró a Benjamin.

—Parece que Stefan y tú tenéis más cosas en común de las que imaginábamos.

Benjamin torció el gesto, pero no dijo nada porque el coche acababa de detenerse frente a un completo parque infantil en el que no faltaban columpios, toboganes y otros juegos para niños.

—Enseguida les traerán un carrito para que puedan sentar a la niña —anunció Bernard después de abrirle la puerta a Coco para que saliera del coche.

Sorprendida, Coco le puso la mano en el hombro al señor Bernard.

—Muchísimas gracias. Es todo un detalle.

El señor Bernard la miró, también sorprendido por su gesto.

—Solo queremos ayudar. Llámenme si necesitan cualquier otra cosa —les dijo antes de volver a subirse al coche.

Benjamin y ella se quedaron mirando mientras se alejaba el vehículo.

—Un tipo curioso —comentó Benjamin.

—Pero agradable —respondió Coco—. Tengo la impresión de que las normas y el protocolo no le permiten ser espontáneo.

—Es posible —reconoció Benjamin—. Vamos a montar a Emma en el columpio antes de que venga todo el mundo.

—Buena idea.

Había un columpio para bebés perfecto para el tamaño de Emma, que empezó a disfrutarlo desde el primer vaivén. Benjamin la empujaba suavemente y la niña se reía, encantada.

Al verlos así, Coco no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas y recordó el miedo que se tenían el uno al otro cuando ella había llegado al rancho. Sin embargo ahora parecían cada día más unidos. Coco pensó que Emma tenía mucha suerte porque Benjamin estaba convirtiéndose poco a poco en un padre magnífico. Estaba tan absorta observándolos que no vio a la princesa Phillipa hasta que la tuvo al lado.

—Ah, hola, Alteza —le dijo y se dispuso a inclinarse ante ella.

—No, no es necesario que hagas eso —le dijo—. Y llámame Pippa, por favor —entonces miró a Benjamin—. Creo que debo felicitarte por tu compromiso.

Coco tardó unos segundos en recordar que se suponía que estaban prometidos.

—Gracias —dijo con cierta incomodidad por estar mintiendo—. El príncipe Stefan es muy amable por organizar todo esto.

Pippa se echó a reír.

—Es a Eve a la que debes agradecérselo. Por cierto, ahí viene con Stephenia, Bridget y los gemelos. No entiendo cómo mi hermana se atreve a ponerse tacones teniendo que perseguir a los gemelos todo el tiempo —comentó la princesa—. Cuidado con el columpio, chicos —les advirtió a los niños.

Los tres se quedaron mirando a la pequeña que ocupaba el columpio.

—¿Quién es? —preguntó la niña señalando a Emma.

—Es Emma —le explicó Pippa—. Ha venido con el señor Garner y la señorita Jordan.

Pippa hizo las presentaciones oficiales, tras lo cual Benjamin siguió columpiando a su hija y los demás niños fueron a jugar en los otros aparatos.

—No sabía que hubiera tantos niños —comentó Coco, que no recordaba haber leído nada sobre ellos en Internet.

—Y vienen más en camino —dijo Pippa, con la mano en el vientre—. Eve sale de cuentas antes que yo, pero mi embarazo está siendo un camino de rosas comparado con el suyo.

—Vaya, lo siento mucho —se dirigió Coco a Eve.

—No es un embarazo de riesgo —se apresuró a aclarar la aludida—. Simplemente es muy incómodo.

—¿Qué tal te encuentras ahora? —quiso saber Pippa.

—Bien, hoy he dormido mejor de lo normal —respondió Eve para después volverse hacia Coco—. Me alegro mucho de conocerte, Coco, y quería darte la bienvenida a Chantaine. Espero que disfrutes mucho de tu estancia aquí.

Bridget miró a su alrededor.

—¿Dónde están mis dos angelitos? —murmuró con gesto de desconfianza—. Ah, ya los veo en la casita —después se volvió hacia Coco—. Me alegro de volver a verte. La niña del columpio es encantadora, espero que el hombre sea igual de encantador. Parece que los Devereaux tenemos debilidad por los texanos.

En ese momento se oyó un grito procedente de la casita.

—Disculpadme —dijo Bridget—. Reconozco esa voz.

—Jamás habría imaginado que fuera a convertirse en semejante madraza —confesó Pippa mientras veía alejarse a su hermana.

—Lo suyo con el doctor y sus hijos fue amor a primera vista —comentó Eve—. Y da gusto verlos. Todos creíamos que Bridget era una soltera convencida, pero resultó que tenía un corazón más tierno de lo que pensábamos.

Al oír eso, Coco se atrevió a albergar la esperanza de que quizá, después de todo, no estuviera completamente sola en el mundo. Quizá los Devereaux se parecieran un poco a ella. Al menos por dentro.

Después del parque, donde Benjamin pasó un rato persiguiendo a los gemelos y a Stephenia e hizo que los tres niños acabaran riéndose hasta quedarse sin fuerzas, se dirigieron todos al interior del palacio para comer. Varias niñeras se llevaron a los pequeños, excepto a Stephenia, que no quería separarse de Eve y ella no se opuso a que se quedara.

Coco se fijó en que Benjamin no hablaba demasiado; parecía estar observándolo todo. En un momento de la comida puso una mano encima de la de ella y Coco estuvo a punto de derretirse. Sabía que solo pretendía ser convincente para que todos creyeran que estaban prometidos, pero, aun así, el gesto le provocó un escalofrío.

Bridget se marchó poco después de la comida, pues debía acudir a un acto cultural. Pippa recibió una llamada de su marido que la obligó a salir de la habitación. Por su parte Eve parecía cada vez

más cansada y Coco no quería que se sintiese obligada a seguir allí solo por ser amable con ellos.

—Ha sido estupendo tener la oportunidad de conocerlos mejor a todos —dijo—. Estoy muy agradecida, pero creo que deberíamos irnos para que Emma pueda echarse la siesta.

—Como queráis —respondió Eve al tiempo que dejaba a Stephenia en el suelo para ponerse en pie—. Ay —murmuró y se desmayó.

Benjamin acudió inmediatamente a su lado. Stephenia se echó a llorar, así que Coco dejó a Emma sobre la alfombra y fue a tranquilizar a la otra niña.

—¿Está bien? —le preguntó Coco a Benjamin—. Voy a llamar a alguien.

Salió al pasillo con Stephenia en brazos, allí encontró a un hombre y, unos segundos después, la sala estaba llena de gente; un médico, una enfermera, dos guardias y Pippa.

—No dejo de decirle que tiene que descansar, pero no me hace ningún caso —dijo Pippa con rabia—. No está acostumbrada a estar quieta, piensa que es una muestra de debilidad.

—El verdadero espíritu texano —comentó Benjamin, con Emma en brazos.

Stephenia seguía asustada, pero había dejado de llorar y no se separaba de Coco.

—Se va a poner bien —le aseguró Coco—. Mira, ya está sentada.

—Estoy bien, de verdad —la oyeron decir.

—Y mintiendo —dijo Benjamin en voz baja.

Eve los miró desde el sofá donde la habían tumbado.

—He asustado a Stephenia —se lamentó Eve y se puso en pie para ir junto a la niña.

—Está bien —aseguró Coco, dejando a Stephenia en el suelo.

La pequeña enseguida le echó los brazos y Eve se agachó a darle un beso. Benjamin le acercó una silla.

—De verdad que no es necesario que os preocupéis tanto —aseguró con cierta impaciencia.

—Me temo que el desmayo contradice sus palabras —repuso Benjamin.

—Me alegro de que te lo diga alguien más —dijo Pippa.

Pero Eve no parecía muy contenta.

—No me gusta que me obliguen a sentarme.

—No la obligan a hacerlo —contestó Coco—. La ayudan.

Eve meneó la cabeza.

—En estos momentos está haciendo un trabajo muy importante —siguió diciéndole Coco—. Probablemente el más importante de su vida. Está gestando otra vida y, aunque normalmente le parezca que sentarse o descansar es un síntoma de holgazanería, ahora es parte de su trabajo. Sé que es difícil y aburrido, pero tiene que hacerlo para cuidar de dos vidas, la suya y la de su hijo.

Eve se quedó mirándola durante un buen rato.

—Nunca lo había visto de ese modo. Supongo que esperaba poder seguir haciendo mi vida normal durante el embarazo —miró a su médico—, pero parece que no siempre es posible.

—Así es, Alteza —confirmó el doctor.

—Es que no soy de las que se desmayan.

—Y no lo serás mientras sigas las recomendaciones de tu médico —le aseguró Pippa.

Eve abrió la boca para protestar, pero enseguida respiró hondo y esbozó una tímida sonrisa.

—Está bien, ahora mi trabajo es gestar. Espero que alguien me ayude a estar entretenida.

—Yo seré la primera —se ofreció Pippa.

Coco sintió otro punto de unión con aquellas dos mujeres.

Esa noche, después de bañar y acostar a Emma, Coco y Benjamin se sentaron a ver la televisión en el sofá de la sala de estar y apoyaron los pies en la mesita. Durante un rato estuvieron viendo un programa de la BBC.

—Me vendrían bien unos subtítulos —comentó Benjamin—. El acento británico es tan diferente al de Texas.

La risa de Coco le provocó un escalofrío.

—¿Eso quiere decir que a ti te pasa lo mismo? —le preguntó.

—Supongo que sí, pero nunca me había parado a pensarlo —explicó ella y luego lo miró a los ojos—. Gracias por estar a mi lado todo el día. La verdad es que entre la reunión con el asesor y la reunión familiar ha sido un día muy agitado.

—Lo sé —asintió él—. ¿Qué piensas ahora de los Devereaux?

—Que son humanos. Como tú y como yo.

La miró a los ojos y sintió que algo dentro de él se movía. Aunque a veces se pusiera triste, era evidente que Coco siempre

trataba de ser optimista y de no perder la esperanza. A pesar de todo lo que había pasado, no había dejado de conceder a los demás el beneficio de la duda. Estando con ella, Benjamin deseaba ser menos cínico.

—Hoy has estado estupenda —le dijo.

Coco apretó las manos sobre el regazo y luego las soltó con nerviosismo antes de volver a mirarlo a los ojos. Mientras se miraban el uno al otro se hizo un largo silencio.

En contra de lo que le decía el sentido común, Benjamin se inclinó hacia ella lentamente, para que pudiera apartarse si lo deseaba. Pero no se apartó. Siguió mirándolo a los ojos hasta que los cerró solo un instante antes de que sus bocas se rozaran. Deseaba besarla apasionadamente, pero se obligó a ir despacio.

Por fin posó los labios sobre los de ella, que eran suaves y dulces. El aire se llenó de deseo y de impaciencia.

Benjamin no quería precipitarse. Fue ella la primera que movió los labios.

La sensación que recorrió su cuerpo fue como una descarga eléctrica que amenazaba con arrebatarle el control de sus propios actos. Apretó el puño y trató de ser fuerte, pero entonces ella ladeó la cabeza y abrió ligeramente los labios. Se repitió la sensación, esa vez lo recorrió desde la boca hasta la entrepierna, pasando por el pecho.

Benjamin abrió la boca y le rozó la lengua con la suya. Su boca era dulce y peligrosa. Cuando sintió sus brazos alrededor del cuello, supo que necesitaba más.

Capítulo 8

Coco tenía la sensación de estar en lo alto de una montaña rusa. Se recostó sobre el pecho de Benjamin mientras él se apoderaba de su boca. No se había permitido desearlo, se había reprendido a sí misma por sentirse atraída por él. Era su jefe y aún no se le había cerrado la herida que le había dejado la relación con la madre de Emma. Una mala combinación.

Pero en ese momento todo en él resultaba demasiado seductor como para poder resistirse. Su manera de besar y de agarrarla. Siguió besándola y la invadió una intensa inquietud que sintió desde los pies a la cabeza, pero sobre todo en el medio. Se movió para intentar aliviar dicha sensación, pero solo consiguió aumentarla.

De los labios de Benjamin salió una especie de gruñido que retumbó dentro de Coco. Entonces se echó hacia atrás y la colocó a ella encima de sus piernas. Le puso una mano sobre un pecho mientras con la otra la apretaba contra sí. Su innegable excitación encontró un lugar perfecto entre las piernas de Coco.

Le desabrochó la camisa porque deseaba colar las manos bajo la tela y sentir el tacto de su piel. Benjamin hizo un ruido con el que parecía darle su aprobación y, un segundo después, Coco se dio cuenta de que tenía los pechos desnudos. Aún se interponían entre ellos su falda y los pantalones de él y solo quería librarse de todo lo que les impedía estar aún más cerca.

Él debió de sentir su necesidad porque encontró la manera de desabrocharle la falda y bajarle la prenda a la vez que las braguitas. Por fin estaba desnuda. Ya solo tenía que ayudarle a librarse de los vaqueros y la ropa interior y...

El intercomunicador de Emma emitió un ruidito apenas audible, pero Coco estaba tan excitada que no estaba del todo segura de haber oído bien. Benjamin siguió acariciándola y besándola, volviéndola loca con cada roce de sus dedos y de su lengua.

Se oyó otro ruido, esa vez más alto y acabó convirtiéndose en un llanto. Coco se quedó inmóvil un segundo, con el corazón latiéndole en los oídos. Pero Benjamin parecía no oír nada.

—Emma se ha despertado —consiguió decirle por fin—. Está llorando.

Benjamin se apartó de ella y la miró. En sus ojos había el mismo

deseo que sentía ella. Entonces volvió a gritar Emma y por fin se dio cuenta. Maldijo entre dientes y la ayudó a levantarse del sofá.

De pronto se sintió incómoda con su desnudez, seguramente porque Benjamin aún estaba vestido de cintura para abajo. Agarró la blusa e intentó ponérsela a toda prisa.

—Enseguida voy —dijo—. Solo tengo que ponerme la ropa.

—No te preocupes —respondió él, levantándose también—. Ya voy yo —se puso la camisa y salió de la habitación.

Coco tardó un rato en encontrar la manera de meter los brazos por las mangas de la blusa, pero por fin lo consiguió y pudo terminar de vestirse, aunque tenía la impresión de que se había puesto las braguitas del revés.

No sabía qué hacer, así que se dirigió a la habitación de Emma. En medio de la oscuridad distinguió la figura de Benjamin meciendo en brazos a su hija. No quería interrumpir porque parecía que había logrado calmarla. Se le estremeció el corazón. La relación entre padre e hija estaba haciendo grandes progresos. No pudo evitar pensar que solo unos segundos antes no había visto a Benjamin como un padre, ni mucho menos.

Se quedó allí unos minutos mientras recuperaba el aliento y la compostura. ¿Qué significaba el que hubiesen estado a punto de hacer el amor? ¿Qué pasaría ahora? ¿Debía esperar o irse a dormir?

Finalmente decidió retirarse sigilosamente a su dormitorio y tumbarse en la cama. Aún le daba vueltas la cabeza. Apenas podía creer que Benjamin sintiese interés alguno por ella. Siempre se había considerado una chica corriente, pero con mucha fuerza de espíritu. Una fuerza que la había ayudado a no perder la cabeza en los momentos más difíciles de su vida, así que también la ayudaría ahora.

«Lávate la cara, cepíllate los dientes. Por la mañana verás las cosas con más claridad». ¿Cuántas veces le había repetido su madre aquellas palabras? Coco siguió el consejo de su madre y luego se metió en la cama con la determinación de dejar de pensar en Benjamin. Pero entonces encendió el intercomunicador para poder oír a Emma si se despertaba durante la noche y lo que oyó fue a Benjamin cantándole una nana.

El dulce sonido de su voz, que era casi un susurro, le llenó el corazón de tal modo que llegó a dolerle. Cerró los ojos con fuerza para no llorar. Nunca había sido tan llorona. ¿Qué demonios le pasaba? No recordaba que ningún hombre le hubiese afectado de ese modo; era como si le hubiese llegado a lo más hondo y eso le resultaba

inquietante. Tomó aire y trató de recuperar la calma.

Empezó a contar hacia atrás desde cien, pero lo que le hizo conciliar el sueño fue la nana de Benjamin.

A la mañana siguiente se despertó con los parloteos de Emma. Dejó que la pequeña estuviese un rato más a solas y tranquila porque creía que le hacía bien entretenerse de vez en cuando sin ayuda de nadie.

Entonces pensó en Benjamin y se dio cuenta de que sentía algo por él. Era importante para ella, decidió mientras se levantaba de la cama con una sonrisa en los labios, dispuesta a enfrentarse a lo que le deparase el día y a lo que pudiese pasar entre Benjamin y ella.

Se lavó la cara y los dientes rápidamente, se puso algo de ropa y se dirigió a la habitación de la pequeña.

—Buenos días, preciosa —le dijo a la bebé.

Emma la miró y se echó a reír.

—¿Quién quiere un biberón? —le preguntó después de cambiarle el pañal.

Una vez alimentada la pequeña, la dejó en el parque para darse una ducha rápida. Al salir del dormitorio, vestida pero aún con el pelo mojado, se encontró con Benjamin en el pasillo.

—Buenos días —le dijo.

El corazón le pegó un bote dentro del pecho.

—Buenos días —respondió—. Ya le he dado el biberón a Emma. ¿Te tuvo mucho tiempo despierto anoche?

—Solo un rato —dijo él y se pasó la mano por el pelo, también mojado—. Escucha, siento mucho lo de anoche. No debería haber ocurrido. Yo no debería haber... —dejó la frase a medias.

Coco sintió que se le partía el corazón en dos.

—¿No deberías?

—No debería haberte besado de esa forma —terminó de decir.

Tuvo que hacer un esfuerzo para seguir respirando.

—¿Me estás diciendo que no me deseabas? —le preguntó, confusa y herida.

—En ese momento sí, pero aun así no debería haber ocurrido. No quiero que pienses que entre nosotros hay algo realmente. Lo de anoche no habría ocurrido si siguiéramos en Texas —la miró a los ojos—. Ahora mismo no puedo tener una relación con nadie. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Coco cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Es eso lo que sentiste por Brooke?

Benjamin respiró hondo y meneó la cabeza.

—Lo de Brooke fue un impulso, una locura que iba contra todas mis normas. No quiero que vuelva a pasar.

—Muy bien. Voy a ver a Emma.

Se dio media vuelta, pero enseguida sintió su mano en el brazo. No se volvió a mirarlo porque no estaba segura de poder controlar la expresión de su rostro.

—No quiero hacerte daño —le dijo él—. Por eso no podemos hacerlo.

Coco retiró el brazo.

—Voy a ver a Emma.

Menos mal que estaba la niña. Exigía tanta atención que durante las siguientes horas Coco se las arregló para no tener que mirar a Benjamin a la cara. Era mejor así. Lo que debería haber sido un encuentro esporádico se había convertido en mucho más para ella. Qué tonta. A partir de ahora tendría más cuidado y no se dejaría llevar por sentimientos estúpidos. Solo lamentaba haberse permitido albergar la esperanza de que Benjamin pudiese ser suyo.

Después de pasar la mayor parte del día dentro de la casa, Coco estaba a punto de ponerse a gritar. Necesitaba salir. Alejarse de Benjamin. Llamó al señor Bernard para que le recomendara alguna excursión y aceptó la idea de ir a la playa. Así pues, embadurnó a Emma de protector solar, le puso un bañador y un gorro y se preparó ella.

Cuando llamaron a la puerta, Coco estaba preparada para salir.

Fue Benjamin el que abrió la puerta, Coco agarró a la niña y la bolsa de playa y fue a saludar a su guía de Chantaine.

—Emma y yo nos vamos a la playa —informó a Benjamin—. Luego nos vemos —añadió antes de salir, consciente de que Benjamin la miraba con asombro.

Durante el trayecto en coche, Bernard le habló un poco sobre las playas de la isla y le advirtió de que el agua estaría demasiado fría para Emma. Coco le agradeció que fuera tan considerado. Poco después estaba perfectamente instalada en una tumbona, bajo una sombrilla y con Emma en el portabebés. Por una vez, la niña no intentó salir corriendo, quizá el ruido del mar la tranquilizase. Así pues, Coco se recostó en la tumbona y dejó que la brisa marina la calmase también a ella.

Se preguntó cuántas veces habría buscado consuelo en el mar el príncipe Edward. Todo el mundo le había dicho que le gustaba

mucho navegar. A ella siempre le había gustado pasear por la playa y mirar el mar. ¿Tendría eso en común con su padre biológico? Quizá fuera una locura pensar que tuviera algo en común con él además de los genes.

Decidió echar a un lado todas esas preguntas y tratar de relajarse. Emma estaba tranquila, el sol brillaba y Benjamin no estaba cerca para ponerla nerviosa, aunque no hacía falta que estuviese allí para que pensara en él.

—Hola, hola —dijo de pronto una voz a su espalda.

Al levantar la mirada se encontró con Bridget, que caminaba hacia ella con un sombrero rosa, un biquini del mismo color y sandalias... de tacón. Detrás de ella iba un hombre con una silla.

—Muchas gracias, Anthony. No me quedaré mucho tiempo —le dijo al hombre y luego se dirigió a Coco—: ¿Te apetece un cóctel?

—No, gracias, estoy bebiendo agua —respondió Coco—. Qué sorpresa.

—Espero no estar interrumpiéndote. Es que me he enterado de que venías a la playa y como tenía que pasar por aquí, he pensado que estaría bien hacer una pequeña parada —miró a Emma, que a su vez la observaba con evidente curiosidad—. ¿Le gusta la playa?

—Creo que es la primera vez que viene y parece que le encanta. Supongo que le tranquiliza el sonido de las olas. A mí también me pasa —le explicó Coco—. Es un detalle que hayas pasado por aquí.

—Es un placer. Hoy tenía varios compromisos, pero mañana me convertiré en ranchera. Las cosas que hago para tener contento a mi esposo —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Bueno, él abandonó el trabajo que tenía en Dallas para venirse a vivir a mi país y mi hermano enseguida le encomendó un trabajo muy exigente. Haría cualquier cosa por él, aunque me vuelva loca —admitió la princesa—. Supongo que a ti te pasará lo mismo con Benjamin.

Coco apretó los dientes un segundo antes de esbozar una sonrisa.

—Supongo que todos los hombres tienen la capacidad de volvernos locas.

—Supongo que sí —convino Bridget—. Habrás oído eso de que las mujeres son de Venus y los hombres de Marte, bueno, pues resulta que hay estudios que dicen que los hombres y las mujeres somos tan distintos que en realidad es como si perteneciésemos a distintas especies. Me lo contó Pippa, que es todo un cerebrito. Así que se confirma lo que siempre hemos sabido. Los hombres son

extraterrestres.

Coco se echó a reír a pesar de lo mucho que aún le dolía el alma.

—Pues tú tienes dos pequeñitos en casa.

—Lo sé. Y los quiero mucho a los tres. Los gemelos siempre me hacen reír y a veces llorar. Me imagino que a ti te pasa lo mismo con Emma —dijo, mirando a la bebé—. Mira, está haciendo pompas. Cuánto echo de menos esa época.

—Si tanto lo echas de menos, podrías tener otro bebé —le sugirió Coco.

—*Mon Dieu*, no —se apresuró a decir la princesa—. Estoy segura de que algún día tendremos otro, pero por el momento tengo suficiente con Ryder, los gemelos y el rancho —entonces ladeó la cabeza y miró a Coco—. Eres muy descarada por sugerírmelo siquiera. Yo misma les habría dicho lo mismo a mis hermanas.

Era un simple comentario, pero Coco se quedó pensando en la palabra «hermanas».

—Bueno, ya está bien de hablar de niños —zanjó Bridget—. La otra razón por la que quería verte era para decirte que dentro de unos días se celebra una gala benéfica y nos gustaría que asistierais.

Coco la miró sorprendida.

—Eres muy amable, pero necesitaría una niñera y no tengo nada que pudiera ponerme. Y...

—Nada de excusas —la interrumpió la princesa—. Tenemos varias niñeras a tu disposición, todas ellas estupendas. Y, si bien no estamos a la altura de París, sí que tenemos algunas boutiques que merecen la pena.

Coco estaba segura de que cualquier prenda que vendieran en dichas boutiques costaría más que su salario mensual.

—No sé.

—A Eve, Pippa y a mí nos daría mucha lástima que no vinieras.

—¿Y Stefan? —preguntó Coco, aunque en realidad ya sabía la respuesta. Stefan estaría encantado de saber que había desaparecido.

—Aunque no lo confiese jamás, está muy agradecido contigo por haberle dicho a Eve que está haciendo un trabajo cuidando del hijo que lleva dentro. Eve es de esas personas que siempre intenta salvar el mundo —añadió con cariño.

—¿Como tú? —le preguntó ella y luego tomó un sorbo de agua.

—Otra vez con tu descaro —respondió sonriendo—. Podemos

salir de compras mañana mismo. Ahora tengo que irme.

—Bridget, me siento muy honrada por la invitación, pero no creo que...

—Nada de sentirte honrada, quiero que vengas —la interrumpió tajantemente—. No me digas que no te gusta ir de compras —le pidió, alarmada.

—Eso es —Coco aprovechó la excusa—. Odio las tiendas.

—Entonces tendré que elegirte algo yo y luego te lo enviaré. ¿Crees que Benjamin necesitará un traje?

—No, pero...

—Pero nada. Si ha traído algún traje, estará perfecto.

—No sé si querrá ir —dijo Coco.

—No va a ser tan horrible. Habrá cerveza y Benjamin podrá hablar de deporte con Ryder —se frotó las manos en un gesto de satisfacción—. Está decidido, entonces. Te llamaré pronto. Chao, querida.

Un par de horas más tarde, Coco entró en la casa con Emma en brazos.

—¿Qué tal en la playa? —le preguntó Benjamin.

—Muy bien —le dijo ella—. Nos han invitado a una gala benéfica.

—¿Qué?

Sintió cierta tensión en el estómago, pero trató de no pensar en ello.

—Has traído un traje, así que no tienes ningún problema de vestuario. Además habrá cerveza y el marido texano de Bridget también estará allí.

—¿Y Emma?

—Puede quedarse con una de las niñeras de los Devereaux —le dijo al tiempo que le daba a la niña—. Necesito una ducha.

Se fue directa al baño, abrió el grifo y se metió en la ducha sin pensar, con la esperanza de que el agua caliente se llevara consigo sus preocupaciones.

Benjamin le cambió el pañal a su hija y le dio el biberón. Se preguntó si debía bañarla, pero sobre todo se preguntó cuándo demonios iba a salir Coco. Calentó un frasco de comida, sentó a

Emma en su sillita y empezó a darle el puré.

—Que viene el avión —le dijo para que abriera la boca.

—Muy buena técnica —oyó decir a Coco.

Se volvió hacia ella y la vio en la puerta con una bata blanca que la tapaba hasta los pies.

—Tenía que ser creativo. ¿Quieres seguir tú?

—Tú lo estás haciendo muy bien —respondió ella.

Benjamin suspiró con resignación y, con la siguiente cucharada, recibió un escupitajo en la camisa.

—Creo que ya no quiere más —comentó Coco.

Benjamin le lanzó una dura mirada.

—¿De verdad?

La pequeña volvió a escupir y Benjamin habría jurado que había oído reír a Coco, pero estaba demasiado ocupado protegiéndose de los proyectiles.

—Será mejor que vaya a lavarla —se ofreció Co-co—. Y luego me voy a dormir.

—¿No quieres ver la tele?

—Prefiero leer. Buenas noches.

—Pero... —empezó a decir cuando se disponía a salir con Emma.

—No te preocupes, estamos bien —le dijo antes de meterse al baño.

—¿Estás segura de que no puedo ayudar?

—No. Nos vamos a dar un baño.

Benjamin imaginó a Coco en la bañera y se le puso todo el cuerpo en tensión. Fue al cuarto de baño y se quedó un rato observando desde la puerta, viendo como se reía su hija mientras chapoteaba.

—Le gusta mucho el baño, ¿verdad? —preguntó por fin.

—Si está bien preparado, sí —respondió Coco—. Con la temperatura perfecta, etcétera...

—¿Cómo sabes todo eso?

—La práctica —dijo sin dignarse a mirarlo—. Ya lo irás aprendiendo. Puedo anotarte algunas cosas.

Benjamin empezaba a ponerse nervioso.

—¿Por ejemplo?

—A Emma le gusta el agua casi caliente, el jabón con olor a fresa y beber un poco de zumo de manzana antes de salir del agua.

—¿Un *manztini*? —bromeó Benjamin.

—Sin vodka para la señorita Emma —respondió ella, siguiéndole la broma—. Solo con abrazos y una nana.

—¿Y qué es lo que le gusta a la niñera?

Coco hizo una pausa, se mordió el labio y le dijo:

—Eso no es asunto tuyo —respondió mientras envolvía a la niña en una toalla para después ponérsela en los brazos—. Disfruta de tu hija. Yo me voy a la cama.

—Escucha, me da la impresión de que se va a quedar dormida en cuanto la deje en la cuna. La tele nos espera.

—Tengo que protegerme, Benjamin —le explicó Coco.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres muy peligroso y por eso es mejor que me aleje de ti —dicho eso, se dio media vuelta para marcharse.

Benjamin la vio salir y de pronto se sintió solo y arrepentido.

—¿Estás segura de que estás bien? —le preguntó, asomándose al pasillo.

Ella se volvió, pero no lo miró a los ojos.

—Perfectamente. Avísame si necesitas que te ayude con Emma.

—Eso haré.

Después de acostar a Emma, tuvo que admitir de nuevo que se sentía muy solo. Sabía que había sido un error besar a Coco y desnudarla como lo había hecho, pero lo cierto era que la noche anterior no había conseguido pegar ojo, ni había podido dejar de pensar en ella en todo el día.

Quizá necesitaba una noche más para curarse, pensó. Si no le bastaba con veinticuatro horas, iba a necesitar ayuda.

Benjamin se fue a la cama un par de horas más tarde y pasó un buen rato hasta que consiguió quedarse dormido. Frente a él apareció una visión extraordinaria. Coco se acercó a él y lo besó en la boca. Esa vez no tuvo que hacer nada para tenerla desnuda entre sus brazos. Y él también estaba desnudo. Podía sentir el roce de sus pechos, de sus pezones duros y sensibles.

El gemido que salió de sus labios lo excitó aún más.

—Te deseo —dijo.

—Y yo a ti —respondió ella.

Coló la mano entre los dos cuerpos hasta encontrar la humedad que se escondía entre sus muslos. La acarició mientras la besaba.

—Es un placer tocarte —le susurró, ansioso por estar dentro de

ella.

Por fin se sumergió en su cuerpo y lo encontró mojado. Se movió al tiempo que el corazón le golpeaba el pecho y el sudor le empapaba la frente. Estaba tan excitado que tenía la sensación de estar a punto de explotar.

Coco lo rodeó con las piernas, apretándolo contra sí.

—Te amo —le susurró al oído.

Aquellas palabras le helaron el corazón.

—No me ames —le pidió—. No soy bueno para ti. Ahora no.

—De todas maneras te amo —insistió ella.

Siguió moviéndose dentro de ella. No podía controlarse a pesar de que le había dicho que lo amaba y de que él no debía permitírselo. No podía controlar el modo en que Coco le hacía el amor y cómo se lo hacía él a ella. Se hundió en ella más y más. Cada vez más cerca. Ya casi estaba...

Se despertó sudando, con el pulso acelerado y duro como una piedra. Tardó varios segundos en distinguir el sueño de la realidad. Coco no estaba a su lado, ni le había susurrado aquellas palabras mientras hacían el amor.

—Gracias a Dios —murmuró, aunque su cuerpo no parecía estar de acuerdo. Su cuerpo reclamaba una satisfacción y su corazón... su corazón no tenía nada que ver en todo aquello. En su corazón no había sitio para una mujer que, además de ser la niñera de su hija, acababa de descubrir que era hija de un príncipe.

A la mañana siguiente, Coco intentó evitar a Benjamin, lo cual no era nada fácil en una casa tan pequeña. Así pues, decidió llevarse de paseo a Emma, tres veces. Estaba a punto de salir a dar un nuevo paseo ella sola cuando llamó Bridget.

—Es hora de ir de compras —anunció la princesa—. No puedes rechazarme porque sé que no estás haciendo nada y que has estado toda la mañana paseando con Emma.

—No sé, Bridget —dijo Coco y decidió ser sincera—. Me parece que esas tiendas están ligeramente fuera de mi alcance.

—No te preocupes por eso. Eve quiere regalarte el vestido.

—No, no. No puedo aceptarlo —aseguró, horrorizada.

—Se ofenderá mucho si no lo haces. Eve es muy generosa y amable, estoy segura de que no quieres ofenderla, ¿verdad?

Coco no pudo evitar pensar que aquello era una encerrona.

—Estoy segura de que podrá superarlo.

—Vamos, no seas testaruda. Aunque no te compres nada, al menos saldrás un poco. Además no puedes perderte el centro de Chantaine.

Coco no podía negar que la idea de alejarse de Benjamin resultaba muy atrayente.

—Está bien —dijo por fin—. Eres muy amable por invitarme, pero no cuentes con que me compre nada.

No tardó en comprobar que Bridget era una princesa muy obstinada.

—Tiene que haber algo que te guste —le dijo después de ver muchos modelos—. Hemos visto decenas de vestidos que te quedarían de maravilla.

Coco se encogió de hombros. Tal y como había imaginado, los precios estaban completamente fuera de su alcance.

—A veces es difícil encontrar el vestido adecuado —aseguró mientras miraba un perchero con modelos rebajados.

—Créeme, ahí no vas a encontrar nada —le dijo Bridget—. Vuelve aquí.

Pero Coco siguió pasando perchas hasta que dio con un sencillo vestido largo color azul zafiro. Seguía siendo un poco caro, pero...

—Bonito color —reconoció Bridget, acercándose—. Un poco sencillo, pero quizá con unas cuantas joyas —miró a Coco y sonrió—. Tienes los ojos de los Devereaux, solo que más dulces.

—Eres un encanto por aguantarme tanto —respondió Coco.

—Puedes estar segura de que esto es un verdadero placer después de pasarme toda la mañana jugando a ser ranchera. Pruébate ese vestido y, si no te queda bien, pasaremos a la siguiente tienda.

Pero a Coco le encantó cómo le quedaba. Le gustaba el color, la sencillez del diseño y el escote en pico.

Bridget la observó detenidamente.

—Estaba dispuesta a descartarlo, pero lo cierto es que es perfecto. Tendremos que hacerte algo en el pelo, ponerte algunas joyas y elegir unos zapatos adecuados.

—¿Zapatos? —repitió Coco—. Tengo unos negros de tacón.

—Necesitamos algo mejor que eso.

—¿Mejor que unos zapatos negros de tacón alto?

—Claro —aseguró Bridget.

Tuvo que enfrentarse a ella para poder pagar el vestido y solo

consiguió convencerla haciendo que se sintiera culpable.

—Esto es muy humillante —le dijo.

Al oír eso, Bridget se apartó de inmediato. Pero no por mucho tiempo.

—Está bien. Pero yo te regalo los zapatos.

Capítulo 9

Dos noches después, Benjamin esperaba en la sala de estar de la casa, vestido de traje y corbata. ¿Cómo se había dejado convencer para asistir a esa gala? Podría haberse negado, pero había pensado que resultaría extraño que no estuviese junto a Coco, pues se suponía que estaban prometidos.

Le esperaba la que probablemente iba a ser la noche más incómoda de su vida. Bebió otro sorbo de agua y dio un paseo más por la sala.

De pronto vio por el rabillo del ojo algo azul y se volvió a mirar. Allí estaba Coco, absolutamente preciosa con un vestido de noche, una diadema de brillantes y una pulsera a juego. Llevaba el pelo suelto y un poco más de maquillaje de lo habitual. Le brillaban los labios de tal modo que daban ganas de besarlos.

—¿Estoy bien? —le preguntó.

Benjamin meneó la cabeza.

—No. Estás preciosa.

La alegría suavizó la expresión de su rostro.

—Gracias. No era necesario que dijeras eso.

—Lo digo porque es cierto. Ese vestido te queda de maravilla, es casi del mismo color que tus ojos.

—Gracias. Lo encontré en la sección de prendas rebajadas.

—No tenías por qué comprarte un vestido de saldo —le dijo Benjamin.

—Es que no quería gastar mucho, ni que me lo compraran los Devereaux, aunque Bridget insistió mucho —le explicó mientras se colocaba el chal.

—Yo te habría comprado el vestido que quisieras. Sin duda te mereces una paga extra después de todo este tiempo pendiente de Emma las veinticuatro horas del día.

Coco lo miró a los ojos y sonrió.

—No sé, el caso es que quería comprármelo yo.

—No quieres ser la típica hija ilegítima parásito —le dijo bromeando.

Y ella se rio.

—Eso es. Veo que estás impaciente por ir a la gala de esta noche —siguió con el tono sarcástico.

—No he podido pensar en otra cosa en todo el día. No estaba tan emocionado desde que fui a la Super Bowl.

Coco le dio un golpecito en el pecho.

—Mentiroso.

—¡Ay! Menudo derechazo tienes.

—Otra vez, mentiroso.

Benjamin se echó a reír, encantado de que se mostrase tan relajada con él porque, desde la noche que habían estado a punto de hacer el amor, Coco había levantado un muro entre ellos. Sabía que se lo merecía, pero eso no significaba que le gustara.

—Está bien —dijo él—. ¿Cuándo se supone que llega la niñera?

Como si hubiesen estado esperando la señal, justo en ese momento llamaron a la puerta.

—Les ruego que me disculpen —se disculpó la joven niñera—. Estaba ayudando a la princesa Bridget con los gemelos. ¿Quieren darme alguna instrucción específica sobre Emma?

—Si quiere algo más después del biberón, puede darle unos cereales —le explicó Coco.

—Y, si se despertara en algún momento, lo que más le gusta es que le canten —añadió Benjamin.

—También suele calmarle que la acunen en brazos.

Siguieron así hasta que la joven Natalie podría haber escrito el primer capítulo de un libro con todas las instrucciones y consejos.

—Nos llamará si tiene algún problema, ¿verdad? —quiso asegurarse Coco, que a esas alturas habría deseado poder quedarse en casa porque estaba cada vez más nerviosa.

—Pásenlo bien —les deseó Natalie—. Estoy segura de que la pequeña va a dormir de maravilla y, si no es así, la acunaré y le cantaré.

—Gracias —respondió Coco con alivio—. Pero ¿llamará...?

—Sí, los llamaré, y ahora váyanse que los espera el coche.

Coco respiró hondo.

—Entonces deberíamos irnos —miró a Benjamin.

—Creo que sí.

Benjamin estaba impresionante, pensó Coco mientras le abría la puerta del coche. Llevaba un elegante traje negro, una corbata de bolo y un sombrero negro al más puro estilo texano. Hacía días que no se había puesto el sombrero para no asustar a Emma y lo cierto era que estaba arrollador. Iba a tener que hacer un tremendo esfuerzo para no lanzarse en sus brazos.

Se sentó en el coche y se cruzó de piernas.
—Vaya zapatos —comentó Benjamin.
—Sí —dijo ella, sonriendo—. Bridget insistió en que los compráramos para completar el atuendo. Se parecen a los de Cenicienta, ¿verdad?
—Es posible. Bonitas piernas.
Coco se las tapó inmediatamente con el vestido.
—Gracias —murmuró.
Unos segundos después la limusina se detuvo frente a la puerta principal del palacio y el chófer les abrió la puerta.
Benjamin acudió a su lado y le pasó un brazo por la cintura. Al mirarlo, Coco sintió el destello de un flash.
—Prepárate para el circo, querida —le recomendó Benjamin antes de echar a andar hacia la entrada.
Dentro se oía la música que interpretaba un sexteto de cuerda mientras los camareros se paseaban ofreciendo champán y canapés. Las arañas de cristal brillaban como diamantes y los suelos de mármol resplandecían de tal modo que Coco tuvo miedo de resbalarse con los tacones. Habría estado más cómoda con zapatillas de deporte.
—Es todo precioso —dijo, maravillada—. Mira todos esos vestidos.
—Si tú lo dices —respondió Benjamin al tiempo que le hacía una seña a un camarero para que se acercara—. ¿Puedes traerme una cerveza?
—Sí, señor. Ahora mismo.
—Seguro que vuelve en dos segundos —vaticinó Coco.
—¿Por qué?
—Porque das miedo —le dijo sin rodeos.
—No es cierto —protestó Benjamin—. Solo le he pedido una cerveza.
—Y lo has asustado.
Benjamin la miró con enfado fingido.
—¿Y a ti por qué no te asusto?
—Porque sé que me necesitas para que cuide de tu hija.
—Eso no puedo negarlo —reconoció, encogiéndose de hombros, y entonces apareció su cerveza. Benjamin miró a Coco antes de dirigirse al camarero—. Muchas gracias.
—Un placer, caballero. Avíseme si necesita cualquier otra cosa —dijo el joven antes de alejarse.
Un empleado de palacio los hizo pasar al salón contiguo y

anunció que la familia real llegaría enseguida.

La multitud comenzó a moverse de golpe, arrastrando a Coco consigo y separándola de Benjamin. Por mucho que estirara el cuello, no conseguía verlo, ni siquiera veía el enorme sombrero texano.

—Hermosa dama —le dijo entonces un hombre.

Coco se encontró junto a un hombre de mediana edad e intensos ojos azules.

—Gracias —le dijo—. Si me disculpa...

—Vaya, una estadounidense —comentó el desconocido, encantada—. Aquí no suele haber más que italianos y franceses. ¿A qué se debe el honor?

Coco se encogió de hombros.

—A la suerte, supongo.

Entonces sintió una mano en el hombro y se volvió creyendo que sería Benjamin, pero se trataba de Bridget.

—¿Qué tal los zapatos? —le preguntó la princesa con una enorme sonrisa en los labios.

Coco titubeó antes de empezar a inclinarse ante ella.

—Alteza.

—Déjate de protocolos y enséñame los zapatos.

Coco levantó un pie para mostrarle el brillante calzado.

—Preciosos. Estás espectacular. Luego te veo —entonces vio al hombre que estaba con ella y la sonrisa desapareció de su rostro bruscamente—. Ah, hola, Rodney. Bueno, *ciao*.

—Veo que eres amiga de la princesa —le dijo Rodney mientras Bridget se alejaba.

—No tanto —aseguró Coco.

—Desde luego ella te ha tratado con mucha confianza —Rodney la miró fijamente—. Tienes los mismos ojos que los Devereaux —entonces él abrió los suyos de par en par como si acabara de descubrir algo—. Vi tu foto en Internet. Eres la hija ilegítima del príncipe Edward. Ahora comprendo que la princesa Bridget sea tan amable contigo; seguro que Stefan le ha ordenado que lo sea.

Coco lo miró con consternación.

—Yo soy Rodney, tu primo segundo o tercero —se presentó, tendiéndole una mano—. Soy otra de las ovejas negras de la familia, así que conmigo estás a salvo —le dijo en tono de confidencia.

Pero Coco se sentía cualquier cosa menos a salvo, más bien incómoda y confusa.

—Tengo que irme —le dijo.

—Quédate conmigo. Puedo presentarte a mucha gente —le prometió Rodney.

—No hace falta. Tengo que encontrar a mi acompañante. Encantada de conocerlo —le dijo apresuradamente antes de salir corriendo.

Corrió tanto que se chocó con Benjamin.

—Menos mal —dijo al verlo.

—¿Qué ocurre?

—Un primo lejano de los Devereaux ha empezado a hacerme preguntas y me ha costado un poco librarme de él.

—No te separes de mí —le pidió Benjamin al tiempo que la rodeaba con el brazo—. Nadie podrá competir conmigo.

—Desde luego no creo que haya más sombreros texanos o corbatas de bolo entre los invitados —bromeó ella.

—Quién sabe.

La gente había dejado de moverse y se había formado un atasco a la entrada del salón de baile.

—No entiendo qué ocurre —dijo Coco.

—Uno de los atractivos de la gala es el poder saludar a la familia real a la entrada del baile —le explicó Benjamin en un tono completamente inexpresivo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha contado un camarero.

Coco sintió la tentación de darse media vuelta. No tenía ningún interés en que todo el mundo viera el poco estilo que tenía para hacer reverencias, y, además, estaba claro que Benjamin estaba muerto de aburrimiento.

—No te gusta nada todo esto, ¿verdad?

—No es precisamente una barbacoa —dijo Benjamin—. Pero intento disfrutarlo como si estuviera en el circo.

Coco se echó a reír.

—Me gusta la comparación.

—Solo tienes que ver cómo va vestido todo el mundo.

—Incluyéndome a mí.

Benjamin la miró y meneó la cabeza.

—No, tú estás preciosa. No llevas plumas, ni pareces un monstruo de feria.

Coco sonrió.

—Gracias, supongo, aunque no sé si es un cumplido.

—Lo es —se inclinó hacia ella para susurrarle al oído—: Estás

impresionante.

—Tú también —respondió ella.

—Es el sombrero.

—Emma estaría totalmente de acuerdo.

Benjamin le lanzó una mirada de reprobación.

—Es que ese sombrero hace que des miedo —insistió ella.

—Ya conseguiré hacerte cambiar de opinión —prometió mientras volvían a avanzar hacia el salón de baile.

Por fin llegó el momento de saludar a Stefan y a Eve. Coco volvió a inclinarse torpemente.

—Me alegro de que haya podido venir —les dijo Stefan—. Espero que lo pasen bien.

—Gracias por invitarme —respondió Coco.

—Es un placer. Le estoy muy agradecido por lo que le dijo a mi esposa.

Coco asintió.

—Les deseo lo mejor a los dos —aseguró antes de dar un paso más para saludar a Eve.

—Me alegro de verte —le dijo la princesa—. Me encanta ver que te inclinas igual que lo hacía yo —añadió, riéndose.

—Tengo la impresión de que eso no dice nada bueno de mi estilo.

Eve asintió.

—Pero sí del consejo que me diste.

—¿Qué tal se encuentra? —le preguntó Coco.

—Ahora mismo bien. Aprovecho para hacer cosas cuando me encuentro bien y, cuando no estoy tan bien, descanso. Gracias por venir —dijo y luego se dirigió a Benjamin—: Gracias también a usted. Es muy afortunado de tener a Coco.

Benjamin le puso la mano en la cintura y asintió.

—Lo sé.

Mientras se alejaban de los príncipes, Coco se odió a sí misma por reaccionar así al simple roce de su mano y se apartó de él en cuanto pudo.

—Vas a tener que fingir un poco más —le recomendó él al oído.

Su proximidad volvió a hacerla estremecer.

—Supongo que no se me da tan bien como esperaba.

—Hay un montón de comida. Quizá eso te haga sentir mejor. Te

traeré una copa de champán.

Fue un alivio que se alejara de ella. Tenía que aprender a controlar el efecto que causaba en ella, así que intentó distraerse con el paisaje que la rodeaba.

Benjamin no tardó en volver con dos copas de champán y una sonrisa en los labios. La banda empezó a tocar y muchas parejas se unieron al baile que habían abierto la princesa Bridget y su esposo. Coco observó la escena, maravillada; parecía sacada de un cuento de hadas. Los vestidos de las mujeres formaban un arcoíris de todos los colores y los hombres estaban elegantes y distinguidos. Todos ellos se reflejaban en los espejos que había en las paredes del enorme salón.

—¿Quieres bailar? —le ofreció Benjamin.

Coco lo miró con sorpresa.

—No.

—Me parece que sí.

—Es que es todo tan bonito. Las luces, la música... ¿Alguna vez habías visto algo así?

Benjamin observó la escena unos segundos.

—He estado en unos cuantos actos benéficos en Dallas donde todo el mundo vestía sus mejores galas, pero debo decir que prefiero la vista que tengo desde el porche de casa cualquier mañana de primavera.

Le sorprendió la respuesta, pero le causó efecto. A pesar del lujo y la sofisticación de los Devereaux, Coco se sentía mucho más cómoda en el rancho.

—Tienes razón —reconoció—. Esas flores de los jarrones son muy bonitas, pero nada comparado con los lisianthus morados.

—Una flor fuerte y hermosa —dijo Benjamin—. Igual que las mujeres de Texas. Vamos a bailar —decidió, agarrándola por la cintura una vez más—. No me perdonaría que no aprovecharas la oportunidad de bailar en palacio.

A Coco le pasó por la cabeza la idea de decirle que no porque le resultaba muy duro estar tan cerca de él, pero enseguida se dio cuenta de que no podía rechazar un baile que recordaría toda la vida. ¿Cuándo volvería a presentársele semejante oportunidad?

—Está bien —dijo y, justo en ese momento, le sorprendió oír que la orquesta comenzaba a interpretar una música ideal para bailar al estilo de Texas.

—Un *two-step*. ¿Cómo es posible?

—Una estrategia internacional que nunca falla —le dijo él con un

guiño—. Una buena propina.

Coco no pudo evitar reírse ante su encantadora arrogancia. No estaba bien que tuviese de pronto la sensación de flotar. No estaba nada bien.

Solo una vez, se dijo a sí misma y trató de disfrutar del momento. Todo se volvió borroso a su alrededor, lo único que veía con claridad era el rostro de Benjamin, su profunda mirada. Se preguntó si volvería a sentir lo mismo alguna vez en su vida.

Después de bailar, Coco disfrutó de una segunda copa de champán y dejó que Benjamin la convenciera para salir a bailar de nuevo. Empezaba a pensar que la sensación de estar en sus brazos era adictiva. Le encantaba el olor de su piel, sentir sus músculos a través de la ropa y esas manos curtidas por el trabajo que le recordaban constantemente que estaba con un hombre de verdad. Y ella era una mujer. Una mujer a la que Benjamin abrazaba con más ímpetu del estrictamente necesario.

La sensación se hizo tan intensa que Coco se dio cuenta de que necesitaba escapar, así que fue al aseo a lavarse las manos y tratar de controlar su reacción ante él. Se recordó que todo aquello era una farsa, que él solo estaba fingiendo. La idea le resultó tan deprimente. ¿Realmente podía mirarla de ese modo, como si fuera la mujer más hermosa de la fiesta, y no sentir nada?

—¿Has oído que esta noche ha venido la hija ilegítima del príncipe Edward? —oyó que una mujer le preguntaba a otra mientras se retocaban el maquillaje.

Coco se quedó inmóvil e intentó no mirarlas.

—Me sorprende que los Devereaux vayan a reconocerla siquiera —dijo la otra.

—Seguramente solo quiera ganar un poco de dinero. Un amigo del ayudante de Stefan dice que están siendo amables con ella solo para que no dé mala imagen de ellos a la prensa. Si le dan alguna herencia, será por lástima.

—Es estadounidense, ¿verdad? Seguro que con la excusa intenta salir en algún *reality*, ya sabes, en uno de esos programas de televisión para las clases bajas.

Coco se miró al espejo y vio a una mujer con las mejillas sonrojadas y el pelo algo alborotado. Una mujer con muchos sueños que se empeñaba en negar. Había conseguido no prestar atención a lo que le había dicho ese tal Rodney porque parecía encantado con el escándalo que se cernía sobre los Devereaux. Y seguramente a esas

dos mujeres les pasara lo mismo; solo estaban disfrutando de los rumores. Pero cuando un rumor se repetía tanto, quizá fuera porque en realidad no era un rumor, sino una realidad. Quizá estaba siendo una tonta por creer que los Devereaux le tenían cierta simpatía.

De pronto no aguantaba más allí. Todo le parecía falso. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Quiero irme, por favor —le dijo a Benjamin en cuanto volvió a su lado.

Él la miró un momento.

—¿Qué ha pasado?

—Que acabo de darme cuenta de que aquí no pinto nada. Los Devereaux no son mi familia y nunca lo serán.

—¿Estás segura de que quieres irte?

—Completamente —dijo, conteniendo las ganas de llorar.

Los Devereaux estaban ocupados atendiendo a los invitados, así que Coco le dio las gracias a uno de los representantes de palacio y salió de allí con Benjamin.

Enseguida llegaron a la casa y la niñera les dijo que Emma se había quedado dormida sin ningún problema. Coco se encontraba fatal. Solo quería quitarse el vestido y meterse en la cama. Quizá pudiera venderlo por Internet. Se sentía muy débil y se odiaba por ello.

—Creo que me voy a dormir —anunció.

Pero Benjamin la agarró de la mano.

—Ven aquí.

—No es buena idea —le dijo con voz débil.

—Puedes confiar en mí —le dio la vuelta para que lo mirara—. ¿Qué ocurre?

Coco se mordió el labio, tenía un nudo en el estómago.

—Es todo mentira. Los Devereaux no me quieren aquí. Tú no eres mi prometido. Es demasiado.

Benjamin asintió y la abrazó.

—Es normal que estés así, todo esto es una locura.

Coco apoyó la cara en su pecho y se sumergió en ese aroma que le nublaba la razón.

Pero enseguida se obligó a sí misma a apartarse.

—No me gusta que sea todo tan falso. Los Devereaux están deseando que desaparezca y tú no me deseas. Ahora mismo me gustaría que hubiera algo de verdad.

Benjamin guardó silencio durante unos segundos, pero no dejó de abrazarla.

—Sí que te deseo —admitió—. Lo que ocurre es que sé que no debería hacerlo.

—Y te resulta muy fácil huir de ello.

—No, no es nada fácil.

El corazón le dio un vuelco.

—Pues has conseguido engañarme.

Él la miró con dulzura.

—Preciosa, a ti es muy fácil engañarte.

—Vaya, ahora sí que has conseguido que me sienta mejor.

Benjamin le agarró el rostro con las dos manos y la miró a los ojos.

—Calla —susurró.

Apenas sintió el roce de sus labios en la boca, Coco notó que se le escapa el control.

—No sé... —dijo contra sus labios.

Pero él siguió besándola, dejando que su lengua participara también. Y ella no sintió el menor deseo de apartarse. Simplemente se dejó llevar.

Sintió su mano bajando por la espalda, apretándola contra su cuerpo.

—Benjamin, esto es muy mala... —dejó de hablar al notar la presión de su excitación en el vientre. El calor invadió su cuerpo, inundándolo de un deseo primitivo e incontrolable.

Quería más. Lo quería todo de él.

—Benjamin —susurró—. Esta vez no me dejes a medias.

Entonces se detuvo y la miró unos segundos durante los que Coco pudo sentir la batalla que estaba librándose en su interior. Un instante después se apoderó de su boca de un modo que no dejó lugar a dudas.

—Te deseo —murmuró por si acaso.

Se quitaron la ropa el uno al otro apresuradamente hasta que pudieron sentir el contacto de sus cuerpos piel con piel.

Pero Coco quería más. Siguieron besándose mientras Benjamin la tumbaba sobre el sofá y se frotaba contra sus pechos.

—Eres tan dulce —le dijo al tiempo que se zambullía en su cuerpo.

La sensación la dejó boquiabierta.

—¿Qué? —le preguntó él al ver su gesto de sorpresa—. No me digas que eres virgen.

—No —dijo ella—. Es solo que hacía mucho tiempo y es...

—¿Que es qué? —quiso saber.

—Nada —consiguió decir—. No pares.

Benjamin obedeció de inmediato; comenzó a moverse y ella lo siguió. Era la experiencia más sensual y primitiva que había tenido jamás. Solo esperaba que para él fuera algo más que un simple acto físico porque para ella estaba siendo algo completamente nuevo. Si para él era solo sexo, estaba metida en un buen lío.

Vio el placer reflejado en su rostro al alcanzar lo más alto mientras la transportaba a otro universo. Ella no llegó al clímax, pero tenía la impresión de que algo había cambiado en su interior para siempre. Lo envolvió entre las piernas y se apretó contra él tan fuerte como pudo.

Capítulo 10

TÚ no has acabado —le dijo, mirándola con los ojos oscuros de sexo y satisfacción.

—No importa —aseguró con total sinceridad porque de todos modos había sido una experiencia increíble—. Solo con estar contigo...

Benjamin bajó una mano por sus piernas y comenzó a acariciarla.

—Ah —murmuró Coco—. Eso es...

No podía hablar porque sus dedos habían encontrado el punto más sensible de su cuerpo y estaban volviéndola loca. Se frotó contra su mano.

Un momento después volvió a meterse dentro de ella, de nuevo preparado.

Coco lo miró, sorprendida.

Se le cortó la respiración y decidió dejar atrás todas sus inhibiciones. En ese momento, Benjamin lo era todo.

—Entrégate a mí —le pidió—. Dámelo todo.

Siguió acariciándola mientras se movía. Coco perdió la noción del tiempo y se entregó por completo a él.

Estalló en un millón de sensaciones. Se aferró a él, sumergiéndolo más y más. Lo oyó maldecir de mil maneras posibles justo antes de derrumbarse sobre ella.

—Que Dios nos ayude —dijo.

—Sí —susurró ella porque temía no poder saciarse nunca de él.

Sintió la liberación de Benjamin y enseguida volvió a acariciarla como antes.

—No sé si...

Dejó de hablar al notar el comienzo de algo.

—Déjate llevar —le pidió con la voz quebrada—. Dámelo todo.

No habría podido negárselo. Entre las caricias y el sonido de su voz, la había hecho completamente suya. Se entregó a él y al momento que estaban compartiendo.

Después, completamente exhausta y saciada, se abrazó a él.

—Eres la mujer más increíble del mundo —le dijo acariciándole la cara.

—¿Dirás lo mismo mañana? —le preguntó ella—. ¿O lo

olvidarás?

Benjamin la miró fijamente.

—Nunca lo olvidaré.

Unas horas después, los despertó el llanto de Emma.

—Ya voy yo —se ofreció Benjamin.

—No, yo voy —dijo Coco, intentando despertarse.

—No hace falta —insistió él al tiempo que se levantaba de la cama, completamente desnudo.

—Quizá deberías ponerte algo.

Benjamin maldijo entre dientes y se puso a buscar por la habitación.

Coco fue más rápida en ponerse una camisa de él que, gracias a la diferencia de altura, le llegaba prácticamente hasta las rodillas.

—Te gané —le dijo, riéndose, y se acercó a darle un beso—. Hagas lo que hagas, no se te ocurra decirme que te arrepientes de lo que ha pasado —le pidió antes de salir corriendo a atender a Emma, que la esperaba pataleando.

Le cambió el pañal y la niña fue calmándose mientras Coco le hablaba. Después la llevó a la cocina, donde encontró a Benjamin calentándole ya el biberón. Se había puesto unos vaqueros y una camisa que no se había molestado en abrocharse. Tenía el pelo alborotado y, cuando la miró, Coco se preguntó cómo era posible que un hombre con un biberón en la mano pudiera resultar tan sexy.

—Ve a ducharte y yo me quedo con ella —le ofreció Benjamin tendiendo los brazos para que le diera a Emma.

—¿Estás seguro? Porque se ha despertado de muy mal humor.

—Se le pasará en cuanto le dé el biberón —aseguró él—. Ahora ve a ducharte y a vestirte si no quieres que me deje llevar por la tentación de llevarte otra vez a la cama.

Coco lo miró, ruborizada y asombrada.

—¿Es una promesa?

Benjamin se echó a reír y le quitó a la niña de los brazos.

—La primera vez que te vi pensé que eras muy dulce y maternal, pero me pareciste tan joven que me costaba creer que no fueras una adolescente.

—No soy tan joven.

—No, ahora ya lo sé. Y también sé que debajo de esa dulzura hay verdadero fuego. Te veré cuando estés vestida —gruñó.

Coco no pudo dejar de canturrear mientras se duchaba; estaba encantada de que por fin la viera como mujer. Benjamin no podía negar que sentía algo por ella porque se lo había demostrado de una manera irrefutable. No se habían prometido nada, debía recordarlo, pero lo cierto era que nunca había conocido un hombre como él, ni creía que volviera a conocerlo nunca más. Sin embargo no podía contar con que fuese a haber nada entre ellos. No importaba, se dijo a sí misma. En su vida no había habido nunca nadie que estuviera mucho tiempo a su lado.

Benjamin le dio unas palmaditas en la espalda a Emma para que echara el aire después de comer y el resultado podría haber rivalizado con lo que se esperaría de un camionero. No dejaba de maravillarle que un ser tan pequeño pudiese emitir un sonido tan alto.

—Seguro que ahora te encuentras mejor, ¿verdad? —le preguntó, riéndose.

Ella se rio también y la alegría que reflejaba su rostro lo conmovió. Dio las gracias al cielo por Coco; si no hubiera sido por ella, seguramente su hija seguiría aterrándose al verlo. Pero ahora que se había acostado con ella, las cosas se habían complicado tremendamente. No podía negar que le atraía mucho, pero también sabía que no estaba enamorado. Le había pedido que no le dijese que se arrepentía de lo sucedido, pero sabía que le iba a costar mucho no pensar en el sexo cuando la viera. Y tenía miedo de que ella, siendo tan sensible como era, pudiera enamorarse de él.

El timbre del teléfono lo sacó bruscamente de sus elucubraciones.

—Soy Ray McAllister. Siento molestarte, pero tengo malas noticias. Hal, el capataz, se ha roto una pierna y han tenido que operarlo. Va a necesitar un tiempo para recuperar la movilidad del todo —le contó su empleado—. Y ayer dejó el trabajo Jace.

Benjamin cerró los ojos.

—Maldita sea. Los males nunca vienen solos. ¿Hal está bien?

—Está más enfadado que otra cosa.

—Muy bien. Volveré lo antes que pueda. ¿Podréis arreglaros sin mí hasta que esté allí?

—Claro, jefe.

—Llámame si hay algún problema —le dijo.

Coco entró en la habitación justo cuando colgaba.

—¿Algún problema?

—Tengo que volver al rancho lo antes posible. El capataz se ha roto una pierna. Tú puedes quedarte si quieres.

Coco negó con la cabeza.

—Creo que ya he disfrutado suficiente del circo de los Devereaux. No me habría importado conocer a mi hermano de sangre, pero parece que a él no le interesa mucho conocernos a ninguno. Quizá sea mejor así. Voy a hacer el equipaje.

Benjamin cambió el billete de avión por teléfono y poco después llegó el coche que los llevaría al aeropuerto.

Coco había preparado todo lo necesario para que Emma estuviese cómoda, alimentada y entretenida durante todo el vuelo, pero Benjamin tenía la esperanza de que pasara durmiendo la mayor parte de las trece horas que duraba.

—¿Estás segura de que no querías quedarte? —le preguntó a Coco al ver que no había dejado de mirar por la ventana hasta que hubo desaparecido la isla de Chantaine.

—Completamente segura. Mi relación con los Devereaux quedará simplemente en anécdota.

—Pensé que empezabas a llevarte bien con las princesas. Fueron muy amables contigo, ¿no?

—Sí, pero tengo motivos para creer que solo lo hacía porque tenían miedo de que hablara mal de la familia ante la prensa.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Oí a dos mujeres hablar de ello mientras estaba en el aseo —le contó—. Y otro hombre que me dijo que era primo de los Devereaux me dijo prácticamente lo mismo.

—El motivo por el que decidieron ser amables contigo no importa, lo importante es que lo fueron. Quería la oportunidad de pasar un tiempo con ellos y conocerlos un poco, así que conseguiste lo que querías.

Coco frunció el ceño.

—Habría preferido que fueran más sinceros.

—Yo no. No podía permitir que se portaran mal contigo, ya has pasado bastante por su culpa. Lo menos que podían hacer era tratarte con un poco de amabilidad.

Coco lo miró fijamente.

—¿Qué quieres decir con que no podías permitir que se portaran mal conmigo? Tú no tienes nada que ver con cómo se portaron —entonces se dio cuenta—. ¿O sí?

Benjamin se encogió de hombros.
—Solo tuve una pequeña conversación con Stefan.
Coco abrió los ojos de par en par.
—Con Stefan. Repitió. ¿Qué clase de conversación?
—Le dije que merecías algo más que el trato que te habían dado durante el té y que, si la familia no era más agradable, podrían tener un grave problema de imagen.
—¿Entonces es cierto? La única razón por la que fueron amables conmigo es porque tú los amenazaste.
—No los amenacé —replicó Benjamin—. Solo les expuse los hechos. Si se ponían tan arrogantes contigo, cuando la prensa te preguntara sobre tu estancia en Chantaine no podrías decir nada bueno.
—No puedo creer que hicieras eso —le dijo, airada.
—Y yo no puedo creer que te moleste —respondió él—. No iba a permitir que te hicieran sentir insignificante porque no lo eres. Tú eres mucho mejor que eso.
Coco miró por la ventana.
—Yo solo quería todo fuese lo más real posible.
—Preciosa, estás hablando de la monarquía; llevan la mayor parte de su vida fingiendo.
—Pero yo no quería que fingieran conmigo.
A Benjamin se le encogió el estómago. Coco se quedó callada y le dio la espalda.

Llegaron al aeropuerto de Dallas once horas después, con los ojos rojos y agotados. Allí los esperaba Ray, uno de los ayudantes del capataz.
Benjamin ocupó el asiento del copiloto en el coche, mientras que Coco se sentó atrás con Emma.
—Cuéntame —le pidió Benjamin a su empleado.
Ray le puso al día de todo y las noticias no eran buenas. Tenía por delante unos cuantos días de trabajo duro. En menos de una hora estaban en el rancho, Benjamin sacó a Emma del coche y la llevó adentro.
—Yo me ocupo de ella —le dijo Coco.
—Debe de estar muy cansada con el cambio de hora.
—Todos lo estamos —respondió ella con una tenue sonrisa.
—Sí, supongo que sí —asintió y se agachó a besarla. No lo hizo

para que nadie lo viera, simplemente se dejó llevar por el impulso. Al ver su sorpresa, la besó con más ímpetu; se permitió el capricho porque sabía que en los próximos días iba a tener que trabajar sin descanso—. Escucha, sobre mi conversación con Stefan, cualquier hombre habría hecho lo mismo por su prometida.

Coco lo observó detenidamente.

—No lo sabía.

—Pues ahora ya lo sabes —le dijo y volvió a besarla.

Coco y Emma necesitaron más de veinticuatro horas para empezar a recuperarse de los estragos de la diferencia horaria. En ese tiempo, cuando Emma estaba dormida, solo quería estar tumbada sobre su pecho. Dos días después, Coco decidió llevarla a dar un paseo y fue entonces cuando se dio cuenta de que la niña también necesitaba hacer un poco de ejercicio. Ya en casa, la puso sobre la manta y la ayudó a hacer un poco de aerobic para bebés. A Emma no le gustó nada la sesión y lo hizo saber llorando hasta que Coco dejó que se tumbara boca abajo y se entretuviera tranquilamente con sus juguetes.

Al poco rato, la pequeña apoyó la cabeza en el almohadón que tenía la manta y cerró sus preciosos ojitos.

—Esa es la señal —murmuró Coco y se la llevó a la cama.

Ella se acostó también. Se despertó en medio de la noche y fue corriendo a la habitación de Emma. La encontró en los brazos de Benjamin.

—Perdona —se disculpó, alarmada—. Ya puedo seguir yo.

—No hace falta —dijo él—. ¿Qué tal ha estado desde que volvimos?

—Cansada. La llevé a dar un largo paseo y también hicimos un poco de ejercicio.

Benjamin la miró sin dejar de mecer a su hija.

—Babea mucho. ¿Le está saliendo algún diente?

—Es posible —respondió Coco—. Se te da muy bien acunarla.

Él le lanzó una mirada insegura.

—¿Tú crees?

—Sí. ¿Qué tal van las cosas en el rancho?

—Podría ser peor. Siempre se acumula mucho trabajo cuando estoy fuera unos días. Supongo que por eso mi padre nunca se tomaba vacaciones.

—¿Lamentas haber ido a Chantaine?

—No —aseguró Benjamin—. Bailé con la mujer más guapa del mundo.

Coco no pudo contener una sonrisa que le llenó toda la cara.

—Exagerado.

—Solo digo la verdad. Vuelve a la cama.

—Pero me siento culpable —admitió Coco.

—Ya tendrás que levantarte a primera hora de la mañana cuando reclame a gritos el biberón.

—¿Estás seguro?

Benjamin asintió.

—Vete a la cama.

Coco le hizo caso porque sabía que a Benjamin le esperaban unos días de mucho trabajo en los que seguramente no podría estar con su hija. Cuando se despertó por la mañana, escuchó atentamente esperando oír el llanto de Emma, pero solo había silencio. Coco no sabía si relajarse o preocuparse, así que se levantó de la cama, abrió la puerta del dormitorio y escuchó de nuevo. Nada.

No quería desaprovechar la oportunidad de darse una ducha, pero siguió escuchando un poco más. Era algo instintivo. Después de un buen rato de silencio, decidió meterse al cuarto de baño y darse una buena ducha. Una vez vestida, escuchó a Emma en el piso de abajo, así que fue a la cocina y encontró a la pequeña sentada en su sillita, comiendo los cereales que le daba Sarah.

—Tranquila —le decía Sarah—. Te vas a ahogar si te metes el puño en la boca de esa manera.

Coco hizo una mueca y comenzó a caminar hacia la niña, que, efectivamente, se había metido el puño en la boca.

—Sarah —avisó a la cocinera.

Llegaron las dos al mismo tiempo y le sacaron la manita de la boca.

—No puedes hacer eso, Emma —le explicó Coco.

Las dos necesitaban salir. Así pues, una vez hubieron desayunado, metió a Emma en el coche y se dirigió al pueblo. Dieron un paseo antes de ir a la cafetería donde trabajaba su amiga Kim.

Coco pidió un chocolate con nata y un poco de compota de manzana. Kim no tardó en ir a sentarse con ellas.

—¿Así que eres una princesa? —le dijo—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Créeme, no soy ninguna princesa —aseguró Coco mientras le

daba a Emma una cucharada de compota.

—Pero fuiste a Champán.

—Chantaine —la corrigió Coco—. Yo tampoco lo había oído antes.

—¿Qué tal te fue con ellos? —le preguntó Kim.

Coco respiró hondo. Tenía que tomar una decisión sobre lo que iba a decir de los Devereaux y tenía que hacerlo ya. Optó por la verdad.

—Fueron muy amables conmigo —comenzó diciendo—. Trabajan mucho, tienen hijos y esposos y les preocupan las mismas cosas que a ti y a mí.

Kim frunció el ceño.

—¿Ningún trapo sucio?

Coco meneó la cabeza.

—La verdad es que fueron muy agradables.

—Qué aburrido.

La respuesta de su amiga consiguió arrancarle una pequeña carcajada.

—Lo siento. ¿Preferirías que lo hubiese pasado fatal allí?

—Claro que no. Pero pensaba que habría sido más emocionante. ¿No hubo nada emocionante?

—La isla es preciosa y tiene unas playas increíbles. Me compré unos zapatos preciosos que dejé en la casa de invitados.

—¿La casa de invitados?

—Sí, no nos alojamos en el palacio. Tomé el té con las princesas y lo derramé sobre un mantel. Y Benjamin y yo fuimos a un baile de gala que se celebró en el palacio.

—Vaya, debió de ser impresionante —supuso Kim con gesto ensoñador—. Hablando de Benjamin, tengo entendido que estáis prometidos. Cuéntame.

Coco asintió tímidamente.

—Nos estamos tomando las cosas con calma —le dijo.

Su amiga la miró enarcando una ceja.

—Mmm, eso suena muy misterioso.

—No es nada misterioso —el grito de Emma la libró de tener que seguir buscando una estrategia para no mentir—. Creo que quiere más compota.

—Está preciosa —comentó Kim, mirando a la pequeña—. ¿Quieres que te traiga algo más para ella?

—Le he traído unos cereales, así que yo creo que no.

—Serías una madre estupenda —aseguró su amiga—. Bueno, tengo que irme.

Coco suspiró con cierto alivio al verla marchar. Por el momento había decidido no pensar en el vínculo que la unía con los Devereaux y dejar de esperar que surgiera algo que la uniera a ellos por arte de magia. Lo cierto era que, aunque compartieran los mismos genes, no tenían un pasado que los uniera. Así pues, de verdad estaba sola en el mundo y debía asimilarlo cuanto antes.

Emma abrió la boca, reclamando más compota.

—Está rica, ¿verdad? —le dio la última cucharada y después le limpió la cara, sin hacer caso a sus protestas—. Es hora de irnos.

Dejó sobre la mesa el dinero de la cuenta y de la propina y salió de la cafetería después de despedirse de Kim.

Apenas puso un pie en la calle, la abordaron varias personas con micrófonos y cámaras.

—Señorita Jordan, háblenos de su viaje a Chantaine. ¿Qué tal la trataron sus hermanos? ¿Cuándo volverá a verlos?

Emma se acurrucó contra ella, asustada.

—Los Devereaux fueron muy amables conmigo. No podrían haberme tratado mejor. La familia real trabaja mucho por su país y son todos encantadores —hizo una pausa mientras oía el clic de las cámaras—. Eso es todo lo que puedo decirles.

—Pero, señorita Jordan, cuéntenos algo más de su relación con los Devereaux. ¿Qué...?

—Eso es todo lo que voy a decirles. Ya les he respondido, ahora les ruego que respeten mi intimidad porque están asustando a Emma —dicho eso, colocó a Emma en su asiento de seguridad, se metió al coche y se fue de allí, agarrando el volante con nerviosismo.

Emma llegó dormida al rancho y Coco se alegró de ver que el encuentro con la prensa no la había alterado demasiado, pero le daba rabia que los paparazzi la hubiesen sorprendido de ese modo.

Dejó a la pequeña en su cuna y ella también se acostó a descansar un rato. Pasó los primeros minutos recordando lo que acababa de pasar y el susto que se había llevado la pobre Emma. Eso era lo que más le molestaba porque lo que más le importaba era que Emma se sintiese segura después del trauma de perder a su madre y no soportaba pensar que los medios fueran a poner eso en peligro. Estaba agotada, pero no podía dejar de dar vueltas. Hasta que por fin se durmió.

Despertó pensando que habían pasado solo unos minutos. Los

gritos de Emma la hicieron saltar de la cama. Fue entonces cuando miró al reloj y descubrió que había dormido casi una hora.

Al salir al pasillo se topó con Benjamin.

—Perdona —murmuró—. Estaba más dormida de lo que pensaba.

—Es lógico —le dijo Benjamin—. Aún estamos adaptándonos al desfase horario.

—Puede ser —tendió las manos para agarrar a Emma de los brazos de su padre—. ¿Qué tal estás, preciosa? ¿Sigues asustada por lo de esta tarde?

—¿Qué ha pasado esta tarde? —le preguntó Benjamin mientras Coco le cambiaba el pañal a la niña.

Coco le contó el encontronazo con la prensa.

—Pensé que a estas alturas se habrían olvidado del tema.

—Sí, yo también —reconoció Coco al tiempo que abrazaba a Emma—. Decidí hablar bien de los Devereaux y nada más. Pero está claro que ellos querían más.

Benjamin frunció el ceño.

—Creo que deberías salir acompañada de alguien durante unos días.

—No quiero que pierdas un empleado más por mi culpa.

—Si es necesario, es necesario —se limitó a decir, encogiéndose de hombros—. ¿Qué tal está Emma, aparte del susto?

—Bien, cada vez le interesan más los sonidos, así que creo que muy pronto empezará a comunicarse con más claridad.

—A mí me parece que lo hace con mucha claridad cuando grita —bromeó Benjamin al tiempo que le agarraba la manita a su hija—. Es tan pequeña y tan vulnerable. Me aterra pensar que no sea capaz de protegerla.

—Lo estás haciendo muy bien —aseguró Coco, mirándolo a los ojos.

Él la miró también durante un largo rato.

—Tú también. Te echo de menos.

El corazón se le detuvo en el pecho al oír esas palabras.

—Sí, yo también —susurró ella.

—El rancho es una locura desde que volvimos.

—Lo sé. Fue un lujo que pudieras acompañarme a Chantaine y te lo agradezco mucho.

—Pero habrías preferido que no hablara con Stefan —recordó Benjamin.

Coco se quedó callada un momento.

—Sé que lo hiciste por mí y con la mejor intención del mundo.

—No quería tener que pegarle un puñetazo para hacerlo entrar en razón —dijo al tiempo que levantaba la mano hacia Coco para acariciarle la mejilla.

Coco sonrió.

—Te habrían detenido.

Él se encogió de hombros.

—Pídele a Sarah que te ayude siempre que lo necesites. A ella no le importa y se lleva bien con Emma.

—Lo sé, pero no quiero cargarla de más trabajo del que ya tiene preparando la comida a todos los trabajadores del rancho.

—Bueno, todos tenemos que arrimar el hombro y Sarah lo sabe.

—Está bien.

—Y te voy a dar el número de teléfono de uno de mis hombres, para que lo llames siempre que quieras salir.

—No me gusta la idea de quitarte un empleado solo porque me apetezca ir al pueblo —insistió Coco.

—No me va a ocasionar ningún problema. Así que no discutas conmigo. A veces mis chicos se pasan el rato sentados sin hacer nada, así que no está mal porque se ganen el sueldo por unos días.

—Si tú lo dices.

—Yo lo digo —asintió al tiempo que se acercaba para darle un beso en la boca.

Fue un beso largo que le recordó a Coco la noche que habían pasado juntos en Chantaine.

Capítulo 11

Aunque hacía un poco de frío, Coco abrigó bien a Emma y la sacó a dar un paseo. A la niña le encantaba estar al aire libre. Volvieron ya tarde, así que dio de cenar a Emma, la bañó y luego la acostó. Después de la siesta que se había echado, Coco sabía que tardaría horas en volver a tener sueño, por lo que decidió salir a caminar sola, esa vez alrededor de la casa.

Llevaba dos vueltas y media cuando apareció Benjamin.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Nada —aseguró mientras pensaba que lo que realmente le preocupaba era el increíble efecto que tenía en ella su mera presencia —. No me ha gustado que la prensa me sorprendiera de esa manera, pero espero que vayan perdiendo interés poco a poco.

—Así será. Pero hay algo más.

—No. Solo intentaba gastar un poco de energía para poder conciliar el sueño.

—Pensaba que Emma ya se encargaba de eso.

Coco sonrió.

—Normalmente sí, pero después de la siesta de esta tarde...

Benjamin se puso delante de ella, la rodeó con sus brazos y la miró por debajo del ala del sombrero.

—Si quieres, yo puedo ayudarte a quemar toda la energía que necesites —le ofreció con una voz tan grave y sensual que le aceleró el pulso.

Coco lo miró, automáticamente excitada.

—¿Y Sarah? —la cocinera vivía bajo su mismo techo, en una habitación del primer piso.

—Estará entretenida con la tele y no se enterará de nada —aseguró Benjamin—. No he dejado de pensar en la noche que pasamos juntos.

A Coco le pasaba lo mismo.

—Está bien —dijo con un susurro porque el nudo que tenía en la garganta no le permitía nada más—. ¿Cómo... dónde?

—En tu habitación. Sube tú primero y yo iré dentro de cinco minutos o menos —le prometió y se lo confirmó con un beso que habría bastado para disipar cualquier reticencia por su parte.

Coco subió corriendo y se quitó la chaqueta. Pensó en

cambiarse de ropa, pero no tenía ningún conjunto de lencería que fuera ni mínimamente sexy. El pánico se apoderó de ella por un momento, pero entonces oyó la puerta y apareció él.

—¿Nerviosa? —le preguntó al tiempo que iba hacia ella.

—Un poco.

—¿O excitada? —añadió con una sonrisa arrebatadora.

—Es posible —dijo y deseó ser tan segura como él—. ¿Y tú?

La rodeó con un brazo y la tumbó sobre la cama suavemente.

—Yo no estoy nervioso —dijo y no hizo falta que respondiera a la segunda opción.

Coco sintió la prueba de su excitación. Entonces la besó y todo desapareció a su alrededor. La ayudó a desnudarse, calentándole la piel con las manos. Coco disfrutó hasta del más mínimo roce de sus dedos y de la presión de su cuerpo sobre ella. Se tocaron el uno al otro hasta que ninguno de los dos podía más. Sus cuerpos se fundieron y llegaron juntos a lo más alto.

Benjamin se derrumbó a su lado, aún jadeando, y la estrechó en sus brazos.

—No consigo saciarme de ti. ¿Cómo lo haces?

Coco sonrió contra su pecho.

—A mí me pasa lo mismo. Te a... —sintió la tensión de su cuerpo y se calló bruscamente, horrorizada porque había estado a punto de decirle que lo amaba—. Yo... —se aclaró la garganta—. Me gusta mucho estar contigo —dijo por fin—. En todos los sentidos.

Notó que volvía a relajarse.

—A mí también me gusta estar contigo —respondió él y le dio un beso en la mejilla.

A la mañana siguiente, Coco se despertó con el sonido de la voz de Emma, parloteando. Benjamin no estaba a su lado y por un momento se sintió sola y confusa, pero apartó la sensación de su mente, se levantó de la cama y se vistió para ir a ver a la pequeña. Estaba hablando con un conejito de peluche que tenía en la cuna.

El corazón se le llenó de amor al verla. Había crecido mucho desde que Coco había empezado a trabajar con ella.

—Hola, parlanchina. ¿Qué tal estás?

Emma volvió la cabeza al oír su voz y al verla le dedicó una enorme sonrisa sin dientes. La agarró en brazos y, mientras le cambiaba el pañal, le señaló la foto de Benjamin que había sobre la

cómoda.

—Ese es tu papá. Papá. ¿Puedes decir «papá»? —le preguntó, igual que hacía casi todos los días.

La pequeña siguió parloteando y, cuando Coco se disponía a salir de la habitación, oyó:

—Pa-pá.

Coco la miró, asombrada.

—¿Has dicho «papá»?

—Pa-pá-pa-pá —repitió Emma.

—¡Estás diciendo «papá»! —exclamó, entusiasmada—. Tenemos que encontrar a tu papá para contárselo.

Bajó las escaleras corriendo y fue directamente al despacho de Benjamin, pero no estaba allí. Pensó una manera de poder compartir el momento con él y se le ocurrió grabar a Emma con el teléfono móvil.

—Di «papá» —le dijo, acercándole el móvil.

La pequeña, distraída por el aparato, trató de chuparlo, con lo que Coco tuvo que apartarlo un poco.

—Pa-pá —le repitió Coco.

—Pa-pá —dijo por fin.

—Muy bien, preciosa. Otra vez. Pa-pá.

—Pa-pá-pa-pá.

Coco le envió la grabación a Benjamin y cubrió de besos el rostro de Emma. Apenas un minuto después, recibió una llamada del orgulloso padre.

—¿He oído lo que creo que he oído?

—Sí. Tu hija a dicho «papá». ¿Qué te parece?

—Increíble. ¿Crees que sabe lo que dice?

—Seguramente sí —opinó Coco—. Siempre le señalo tu foto y le digo «papá», pero hoy es la primera vez que lo ha repetido. Estoy emocionada.

Benjamin se echó a reír.

—Ya veo. Muchas gracias por grabarlo —hizo una pausa—. Y gracias también por lo de anoche —añadió.

—No hay de qué —respondió Coco, doblemente emocionada—. Bueno, luego hablamos.

Colgó el teléfono con una mezcla de emociones. Unas horas antes había hecho el amor con Benjamin y había descubierto que él no quería oírle decir que lo amaba. Ahora ella estaba entusiasmada porque su hija había pronunciado por primera vez dos sílabas con sentido.

Notó una enorme tensión en el pecho al darse cuenta de que sus sentimientos por Benjamin eran cada vez más intensos, pero estaba claro que él no la veía como su prometida, y mucho menos como su futura esposa.

Solo era su empleada.

¿Cómo iba a hacer frente a lo que sentía por él viviendo bajo su mismo techo y acostándose con él? ¿Qué sería de ella cuando él dejara de desearla?

No sabía muy bien cómo protegerse. Estaba sola en el mundo y, aunque Benjamin la había ayudado, no podía contar con él. No debía confundir su amabilidad y su deseo sexual con otra cosa más profunda.

El teléfono volvía a sonar insistentemente; querían entrevistarla. Y Sarah empezaba a hartarse de tantas interrupciones.

Necesitaba salir de allí y sentir el aire fresco en la cara, así que después de la comida, decidió abrigar bien a Emma y llevársela al parque. Llamó al número que le había dado Benjamin y, como no respondieron, dejó un mensaje.

Apenas habían llegado al parque con Emma en el carrito cuando vio acercarse a un grupo de fotógrafos.

—Dejadnos en paz —les pidió de inmediato.

—Solo queremos preguntarle sobre su visita a Chantaine.

—Ya dije todo lo que tenía que decir. Los Devereaux fueron muy amables y es una isla preciosa que espero que visite todo el mundo. No hay nada más.

—Pero tiene que haber algo más —dijo una mujer, acercándole un micrófono.

—No, no hay nada más —insistió Coco—. Y ahora, por favor, dejadnos en paz.

—Pero...

—Pero nada —dijo y, empujando el carrito, echó a caminar en dirección opuesta a los paparazzi. Prácticamente estaba corriendo y aquel carrito no estaba hecho para correr con él.

Emma se echó a reír. Coco, sin embargo, estaba furiosa con la intromisión de la prensa y no podía dejar de preguntarse cuánto tiempo duraría esa locura y qué haría falta para ponerle fin.

Al dar una curva, se abalanzó sobre ella un hombre con un micrófono. Coco gritó del susto y Emma se echó a llorar.

—Solo quiero una entrevista —dijo el hombre.

—Dejadnos en paz a mí y a mi... —buscó la palabra, porque no

eran su familia. Esa era la terrible verdad. Emma no era su hija. Benjamin no era su prometido, Boomer no era su perro y Sarah no era nada suyo. Por mucho que deseara que todos ellos fueran su familia, no era así—. Dejadnos en paz a mí y a mis amigos.

Salió corriendo y rezando para no encontrarse con nadie más.

Coco no podía dejar de dar vueltas a la cabeza, tratando de decidir qué debía hacer. Sería muy fácil seguir tal y como estaba. Benjamin parecía encantado con el trabajo que hacía con Emma y acostándose con ella de vez en cuando, siempre que no supusiese ningún tipo de compromiso, ni hablaran de sentimientos. Se le rompía el corazón solo de pensarlo.

¿Cómo podía cuidar de Benjamin y de Emma, pero sin dejar de cuidar de sí misma? ¿Qué era lo mejor para Emma? ¿Qué era lo mejor para Benjamin? ¿Y para ella? Una y otra vez, acababa encontrando la misma respuesta y, aunque sabía que iba a ser muy doloroso, no veía otra salida.

Al día siguiente, puso un anuncio para encontrar a otra niñera.

Pasó la siguiente semana evitando a Benjamin y entrevistando a posibles sustitutas. Parecía una medida muy drástica, pero lo cierto era que ya no podía controlar lo que sentía por Benjamin y quería lo mejor para él y para su hija. Eso significaba que debía marcharse. Tendría que superarlo y lo haría. Sabía perfectamente lo que era perder a la gente que quería. Quizá fuera su destino.

De las cinco mujeres que entrevistó, una de ellas era sencillamente perfecta. Comprobó minuciosamente sus referencias y resultó que Susan Littleton seguía siendo perfecta, mucho más perfecta que ella misma y eso le provocó una extraña sensación de envidia.

Había llegado el momento de hablar con Benjamin y lo hizo una mañana temprano, antes de que fuera.

—Necesito hablar contigo —anunció.

—Qué sorpresa porque llevas días evitándome —respondió él con cara de pocos amigos.

—Sí y lo siento. Quería estar contigo, pero...

—Ya, ya —murmuró Benjamin, dando a entender que no la creía.

Coco tomó aire.

—Creo que es mejor que me vaya.

Benjamin la miró con los ojos abiertos de par en par, visiblemente alarmado.

—¿Qué?

—No quiero que la prensa os acose a Emma y a ti —comenzó a decir—. Y he llegado a la conclusión de que la única manera de alejarlos de vosotros es yéndome yo.

—¿Qué? —repitió él.

—Y luego está lo nuestro —añadió—. No me veo capaz de seguir acostándome contigo sin que haya nada más entre nosotros.

—Podemos dejar de acostarnos —propuso.

—Para ti debe de ser muy fácil, pero yo no puedo borrar mis sentimientos de esa manera —trató de explicarle—. Yo quiero quedarme, de verdad, pero también quiero lo mejor para Emma. Y para ti.

Benjamin esbozó una fría sonrisa.

—¿Y qué demonios se supone que es lo mejor para Emma y para mí, según tú?

La hostilidad de su voz y de su gesto era como un puñal que se le clavaba en el corazón.

—He encontrado una sustituta —anunció dándole la carpeta con todos los documentos de la candidata—. Probablemente sea mejor que yo —admitió a su pesar—. Se llama Susan Littleton, he comprobado sus referencias hasta la saciedad y está todo en orden.

—No tengo tiempo para esto —dijo Benjamin.

—Emma ya la conoce y le encanta —siguió diciendo Coco.

—Estás completamente decidida.

—Creo que es lo mejor —volvió a decir, con un dolor que le destrozaba el alma.

—No esperaba que nos abandonaras —admitió Benjamin y se puso el sombrero—. La conoceré mañana —fue lo último que dijo antes de salir por la puerta.

Al día siguiente llegaron los zapatos que Coco había dejado en Chantaine acompañados de una nota de Bridget en la que se leía:

No puedo creer que te fueras sin despedirte. No puedo creer que te fueras sin tus zapatos de Cenicienta. Con todo cariño, Bridget.

Por un momento pensó que Bridget era sincera y que realmente sentía cierto cariño por ella.

Pero seguramente no era así. Miró los zapatos, recordó el baile

con Benjamin en el palacio y se le estremeció el corazón. Llevó los zapatos a la habitación de Emma y los guardó en el armario. Quizá pudiera utilizarlos para disfrazarse cuando tuviera unos años más. Le desgarraba el alma pensar que no iba a ver crecer a Emma.

Tras llevar a cabo sus propias comprobaciones, Benjamin no tuvo más remedio que aceptar a Susan Littleton. Estaba muy enfadado con Coco por que fuera a abandonarlo. Había llegado a sentir mucho cariño por ella y no tenía la menor duda de que Emma la adoraba. Pero le habría dado mucho más miedo que se fuera si no hubiese visto a Susan con su hija y debía reconocer que Coco había hecho muy buen trabajo al conseguir que Emma fuese capaz de aceptar a otra niñera.

Su vida era muy sencilla y el rancho podía resultar aburrido para una mujer. No podía evitar preguntarse si Coco sería como su madre y se marchaba porque necesitaba salir de allí y conocer mundo.

Benjamin protegió su corazón con una alambrada de pinchos, de manera que nadie pudiera hacerle daño. Así pues, ayudó a Coco a meter todas sus cosas en su pequeño coche.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le preguntó después de dejar la última caja en el maletero.

Ella respiró hondo y se mordió el labio inferior.

—Estoy segura de que es lo mejor para Emma y para ti.

La miró fijamente unos segundos.

—¿Tan fácil te resulta?

—Ni mucho menos —respondió con los ojos llenos de emoción —. Simplemente creo que es lo que debo hacer. Gracias por todo.

Se abrazó a él y Benjamin no pudo evitar abrazarla también.

—No desaparezcas, princesa.

Coco se echó a reír.

—Buen chiste —dijo, apartándose—. Gracias otra vez, por todo.

Se subió al coche y desapareció de su vida.

Coco no sabía dónde ir. Solo quería apartar a la prensa de Emma y de Benjamin y solo lo conseguiría marchándose. Así pues, debería estar satisfecha de hacerlo. Y se dijo a sí misma que lo estaba. De verdad estaba satisfecha.

¿Entonces por qué sentía también tanta tristeza?

Había planeado su marcha al detalle, pero no había previsto qué hacer después de irse. Pensó en viajar hacia la costa, pero quizá no fuera lo más práctico teniendo todas sus cosas en el coche. Por el momento, se alojó en un hotel de Fort Worth donde al menos podría pasar la noche.

Al despertar a la mañana siguiente y oír solo el silencio, sin llantos ni parloteos de bebé, la tristeza se apoderó de ella. Echaba mucho de menos a Emma. Y a Benjamin. Miró por la ventana, hacía un día muy gris, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se metió en la ducha para no seguir regodeándose en la tristeza y después miró si tenía algún mensaje en el teléfono.

La había llamado Valentina Devereaux Logan y le había dejado un mensaje en el buzón de voz en el que le pedía que la llamara cuando pudiera. Coco se quedó muy sorprendida y sin saber qué hacer, así que optó por tirar una moneda al aire para tomar una decisión.

Salió cruz, lo que quería decir que tenía que llamarla.

—Tina Devereaux, buenos días —dijo una mujer y se oían gritos de niño de fondo.

Por algún motivo, los gritos infantiles hicieron que Coco se sintiera más tranquila, quizá porque le resultaban muy familiares y le recordaban a Emma.

—Soy Coco Jordan.

—Ah, qué bien —dijo Tina—. Perdóneme un momento, tengo que intentar entrar en razón a mi hija. Katiana, no puedes comer chocolate para desayunar y, si sigues gritando, voy a tener que castigarte.

Coco no pudo evitar sonreír al oír esas palabras.

—Lo siento mucho —se disculpó de nuevo al volver al teléfono —. Me he enterado de que ha dejado el trabajo por culpa de los paparazzi y quiero pedirle que venga y se aloje en mi casa el tiempo que necesite.

Coco parpadeó un par de veces.

—¿Qué?

—Que tiene que venir a mi casa. Todos la conocen excepto uno de mis hermanos y yo, y eso no es justo, ¿no cree?

—No sé qué decir. ¿Cómo sabe que he dejado mi trabajo?

—Bridget la llamó y habló con el ama de llaves de la casa. Yo la habría llamado antes, pero Stefan es un cabezón. Claro que ahora la adora, desde que consiguió que Eve se cuidara.

Coco respiró hondo y trató de procesar lo que estaba oyendo.

—No quiero que me tenga lástima.

—Pues se la tengo porque yo también he sufrido el acoso de la prensa. Pero el verdadero motivo por el que quiero que venga es que quiero conocerla. Y quiero verle los ojos porque Bridget dice que son como los de los Devereaux, pero más dulces.

—No sé qué decir —repitió Coco, aturdida.

—Entonces diga que sí, que acepta mi invitación —le sugirió Tina.

No tenía otro lugar donde ir, pensó Coco.

—Podría ir a visitarla simplemente —decidió.

—O quedarse más tiempo. Le voy a dar la dirección, aunque quizá tenga que volver a llamarme cuando esté cerca.

—¿Está segura? —le preguntó una vez que hubo anotado las indicaciones para encontrar la casa.

—Completamente. Estoy deseando conocerla.

Coco no tuvo problema alguno en encontrar el rancho donde vivía Valentina con su familia. La casa era preciosa y, al llamar a la puerta, Coco echó de menos otra vez a Benjamin.

Oyó pasos al otro lado de la puerta.

—Katiana, por el amor de Dios —dijo una mujer antes de abrir la puerta—. Usted debe de ser Coco Jordan. Yo soy Hildie y esta es Katiana —explicó la mujer de pelo gris, señalando a la niña con coletas que se agarraba de sus piernas—. Su Alteza está hablando por teléfono, organizando otro proyecto benéfico. Se ha empeñado en salvar el mundo —siguió diciendo mientras la hacía pasar a una acogedora sala de estar—. Enseguida estará con usted. Mientras tanto, Katiana, recoge tus juguetes y prepárate para la comida.

—Pero si todavía estoy jugando —protestó la niña.

—Yo te ayudo —se ofreció Coco.

Hildie la miró.

—Es usted muy amable —le dijo la mujer antes de salir de la estancia.

—¿Qué tenemos aquí? —le preguntó Coco a la niña, agarrando uno de sus muñecos.

—Es la reina de las hadas —explicó Katiana y enseguida comenzó a contarle la historia de la muñeca y, sin darse cuenta, guardaron todos los juguetes entre las dos.

Coco estaba imaginando a Emma de mayor, jugando con muñecos parecidos, cuando entró una mujer joven, con el cabello

castaño y atuendo informal.

—No me digas que la han puesto a trabajar —le dijo, sonriendo —. Soy Tina.

Coco se levantó del suelo, sin saber si debía hacerle una reverencia o no.

—Ni se le ocurra inclinarse ante mí —adivinó Tina y la saludó ofreciéndole ambas manos—. Me alegro mucho de que hayas venido, Coco. Phillipa y Bridget tenían razón sobre tus ojos. Ya conoces a mi hija, Katiana.

—Sí, me ha contado la historia de la reina de las hadas —le explicó Coco—. Habla de maravilla.

—Sí, no sé si eso es bueno o malo, supongo que depende del momento. Cariño, Hildie te va a dar la comida mientras Coco y yo charlamos.

—Yo también quiero charlar —protestó la niña.

—Después de la siesta. Ahora vete —le pidió después de darle un beso en la mejilla—. Siéntate, por favor. ¿Quieres un té, un café, una sidra caliente?

—Una sidra, gracias —aceptó Coco y poco después les trajeron dos tazas humeantes.

—Mis hermanas me han hablado de ti y quería darte mis condolencias por la muerte de tu madre —le dijo Tina, poniéndole una mano sobre la suya—. También siento muchísimo que hayas tenido que dejar el trabajo. ¿No estabas prometida con tu jefe?

Coco sintió que le ardían las mejillas.

—En realidad no —reconoció sin rodeos—. El señor Garner se ofreció a hacerse pasar por mi prometido para poner fin a las locuras que me estaban ofreciendo. Yo pensé que se pasaría rápido, pero no podía ni llevar a Emma al parque sin que nos persiguieran los paparazzi. La niña ya ha pasado mucho después de perder a su madre y tener que irse a vivir con su padre, porque al principio no se llevaban nada bien.

—¿Al señor Garner no le gustaba la niña? —preguntó Tina, horrorizada.

—¡No! Él la adoraba. Pero la niña se asustaba y gritaba cada vez que lo veía. Pero todo eso pasó. El otro día hasta dijo «papá» —le contó Coco y se paró a tomar aire—. No quería que la prensa siguiera molestándolos por mi culpa.

—¿Entonces ha dejado el trabajo por la prensa?

—Más o menos. También estaba teniendo ciertos problemas con

lo de fingir que estábamos prometidos. Era muy difícil, viviendo en la misma casa y... —se calló de golpe—. Lo siento, me estoy yendo por las ramas.

—No, no —se apresuró a decir Tina—. Ha debido de ser muy duro separarse de la pequeña.

Tina estaba siendo tan amable y parecía tan sincera, que Coco sentía que podía ser ella misma y eso hizo que se le llenaran de lágrimas los ojos.

—Sí, ha sido horrible. Lo único que me consuela es que pude encontrarle una niñera magnífica, probablemente estará mejor que conmigo.

—Eso lo dudo. ¿Qué planes tienes?

—No lo sé. Encontrar un trabajo, supongo. También he pensado terminar los estudios; solo me quedaba un año y medio cuando mi madre cayó enferma. Después de su muerte me sentía incapaz de volver a estudiar.

—Es lógico. Quizá ahora estés preparada para hacerlo. Hildie siempre dice que una vez que se consigue el título, nadie puede quitártelo.

—Tiene toda la razón.

—Es un tesoro. No sé qué haríamos sin ella —comentó con ternura—. Comeremos en cuanto haya acostado a Katiana. ¿Quieres refrescarte un poco antes? Puedo pedirle a alguien que traigan tus cosas.

—No, no es necesario —dijo Coco, aunque se sentía tentada a quedarse porque Tina había conseguido que se sintiera muy bien recibida.

—Tendrás que quedarte al menos una noche porque ya le he prometido a Katiana que pasaríamos la tarde contigo.

Coco se quedó a comer y a cenar y conoció a Zachary Logan, el marido de Tina, que miraba a su mujer y a su hija con tal amor, que a Coco le daban ganas de llorar. Se preguntaba si alguna vez algún hombre la miraría así a ella. Sabía que había hecho bien marchándose porque había empezado a desear que Benjamin la mirara así y que su compromiso se volviese real, y eso era muy peligroso. Estar con los Logan resultaba muy reconfortante, pero también le recordaba lo que había dejado atrás.

Dos días después, Coco llegó a la conclusión de que no podía abusar más de la hospitalidad de Tina. Se dirigió a Fort Worth a buscar trabajo y, si tenía suerte, matricularse en la universidad para

terminar sus estudios.

Capítulo 12

Dos semanas y media después, Benjamin se sentó frente a la mesa de su despacho y clavó la mirada en el vaso de whisky que tenía delante. Eran casi las ocho de la tarde, así que cuando llamaron a la puerta, supo que sería Sarah.

—Últimamente no estás comiendo bien —le dijo su ama de llaves, dejándole una bandeja con un sándwich y una sopa—. Y estás bebiendo demasiado.

—Sarah —le dijo en tono de advertencia.

—Es la verdad y tengo que decírtelo porque no es sano. Y no es bueno para Emma.

—¿Qué quieres decir? Emma está bien. Susan hace muy bien su trabajo.

—¿Cuánto tiempo estás pasando con tu hija? —le preguntó Sarah.

Benjamin se quedó callado un instante. Lo cierto era que había estado inmerso en el trabajo desde la marcha de Coco.

—Deberías ir a buscarla y hacerla volver —le recomendó Sarah —. Coco es lo mejor que ha pasado en esta casa desde hace mucho tiempo.

—No era eso lo que pensabas cuando no dejaba de sonar el teléfono —le recordó él.

—Vamos, eso era solo una pequeña molestia.

—Fue ella la que decidió marcharse —se llevó una cucharada de sopa a la boca y se quemó la lengua—. Maldita sea.

—Te está bien empleado por no hacer lo que debes. Si no hubieras dejado que se marchara, no estarías así —dijo Sarah, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Cómo iba a impedírselo? Estaba empeñada en irse.

—Podrías haberle dicho lo que sientes por ella. Estabas prometido con ella, o al menos eso es lo que decías.

Benjamin frunció el ceño ante la astucia de su ama de llaves, que había descubierto la falsedad del compromiso.

—¿Cómo sabes que no se ha ido porque estaba aburrida de vivir aquí? A lo mejor está por ahí concediendo todas las entrevistas que le ofrecen.

—Está en Fort Worth trabajando de camarera e intentando

volver a la universidad —repuso Sarah.

Benjamin la miró a los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis contactos —se limitó a decir—. Has metido la pata y ahora tienes que arreglar el desaguisado.

Benjamin la miró con toda la dureza de la que era capaz, pero Sarah ni se inmutó.

—Tengo mucho que hacer —le dijo entonces y clavó la mirada en el ordenador.

—Desde luego que sí —sentenció ella antes de marcharse.

Benjamin miró a la puerta durante unos segundos. Eran los inconvenientes de tener empleados de tanta confianza; pensaban que lo conocían mejor que él mismo y se creían con derecho a decirle lo que pensaban.

Se quedó allí, comiéndose la sopa y el bocadillo con la mirada perdida en la hoja de Excel que tenía delante. Pero lo que veía en realidad era la imagen de Coco. La veía riéndose, besándolo y besando a Emma mientras la mecía. La vio enamorándose de él.

Benjamin hundió el rostro entre las manos. ¿Qué podía hacer? ¿Qué debía hacer?

Dos días antes de Acción de Gracias, Coco iba de un lado a otro de la cafetería de Fort Worth, llevando los pedidos a las mesas. Después de un breve descanso, iría a hacer el turno de noche en un popular restaurante del pueblo. Con un poco de suerte, en un par de semanas habría conseguido ahorrar un poco de dinero y obtener el préstamo necesario para pagar el primer semestre en una universidad subvencionada por el estado.

Llegó a la enésima mesa como un autómata.

—¿Café? —preguntó mientras llenaba el vaso de agua.

—Claro —dijo una voz de hombre que le resultaba muy familiar.

Una voz que oía en sus sueños cada noche. Levantó la mirada de la libreta y se encontró con los ojos oscuros de Benjamin Garner.

—Hola —consiguió decir a pesar de tener el estómago en la garganta—. ¿Qué haces aquí?

—Tenía que desayunar —dijo él y miró a la carta.

—Ah —volvió a mirar a la libreta—. ¿Qué te traigo?

—¿Qué está rico?

—Casi todo. Lo que más éxito tiene son las tortitas con

mermelada de arándanos.

Benjamin asintió.

—¿Te gusta más este trabajo que cuidar de Emma?

Al oír aquello, se le cayó el alma a los pies y perdió las fuerzas, pero enseguida se repuso lo suficiente para responder.

—No, pero tenía que marcharme —respiró hondo una vez más —. ¿Qué quieres que te traiga?

—Huevos con beicon y tortitas —dijo él.

—Muy bien.

Se alejó de él sin poder controlar los latidos de su corazón. Jamás habría pensado que Benjamin apareciera allí; de hecho, pensaba que no volvería a verlo en su vida. Resistió la tentación de ir al aseo a arreglarse el pelo y pintarse un poco los labios, pero sabía que no tenía un aspecto muy sofisticado precisamente.

Siguió llevando comida a las demás mesas y, cuando estuvo preparada la de Benjamin, se la llevó también.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó.

—Sí. Vuelve al rancho conmigo.

A punto estuvo de soltar la jarra de café que tenía en la mano.

—Yo... no puedo.

Benjamin se puso en pie.

—¿Por qué?

—Porque no saldría bien —respondió, casi sin aliento—. Había empezado a sentir... A desear... —meneó la cabeza con frustración porque no quería confesar la intensidad de lo que sentía por él.

—Habías empezado a quererme —dijo él.

Coco cerró los ojos y trató de no perder el control.

—No seas cruel —murmuró.

—No estoy siendo cruel —aseguró—. Yo también empezaba a quererte a ti.

Coco abrió los ojos y lo miró, asombrada. Entonces sí que soltó la jarra de café y no pudo hacer nada más que mirar el líquido derramado por el suelo.

—Maldita sea.

—Solo es café —le dijo él justo antes de estrecharla en sus brazos—. Te amo. Quiero que vuelvas conmigo. Quiero que te cases conmigo.

Coco lo miró a los ojos y se alegró de que estuviera abrazándola porque de pronto le temblaban las rodillas.

—¿Quieres que me case contigo?

—Sí. Sé que puedo ser muy pesado, pero cuando estoy contigo soy más feliz de lo que jamás habría pensado que pudiera ser. Desde que te fuiste he estado metido en una especie de pozo negro. He sido un estúpido.

Coco apenas podía contener la emoción.

—Pensé que no estabas preparado. Creía que no querías ningún tipo de compromiso —no pudo seguir hablando porque él le puso un dedo sobre los labios.

—Estaba equivocado, pero no esperes que lo diga muchas más veces —le advirtió, sonriendo—. Es que no esperaba que pasara. No imaginaba que pudieras colarte en mi corazón de ese modo. Pero me alegro mucho de que lo hicieras. No quiero que vuelvas a separarte de mí nunca más. Cásate conmigo —le pidió al tiempo que sacaba una cajita—. Esta vez es de verdad —la abrió para mostrarle un anillo con un diamante.

Coco no pudo seguir conteniendo las lágrimas. Miró a los ojos al hombre con el que siempre había soñado.

—Sí —dijo sin dudarlo—. Te amo.

—Y yo a ti —respondió él.

Un mes después, justo antes de Navidad, Emma, Benjamin y Coco, acompañados de la nueva niñera y de Sarah, viajaron juntos a Chantaine. Bridget había insistido en que se casaran allí y, aunque al principio se habían opuesto los dos, habían terminado por darse cuenta de la buena idea que era combinar la boda con la luna de miel. Coco se había dado cuenta también de que la amabilidad de los Devereaux eran mucho más sincera de lo que había creído.

Eve, a punto de dar a luz y Pippa, casi en la recta final de su embarazo, estaban ayudándola con el vestido en la sala contigua a la capilla donde iba a celebrarse la boda.

—Es precioso —comentó Eve, observando el encaje que adornaba el escote—. Y no soy de las que adoran los vestidos de novia.

—Yo tampoco —dijo Pippa—. Y también me encanta. Benjamin es un hombre con suerte.

—Con mucha suerte —matizó Bridget según entraba a la habitación subida a unos tacones de vértigo—. Las niñeras tienen a todos nuestros diablillos bajo control, así que ya puede empezar el espectáculo.

Poco después entraron Valentina y Katiana.
—Estás guapísima —le dijo Tina al tiempo que la abrazaba.
—Como una princesa de las hadas —añadió Katiana.
Coco se agachó a darle un beso a la niña.
—Es hora de salir —anunció Bridget dando palmas—. No podemos hacer esperar al novio eternamente.
Una a una, se acercaron a darle un beso a Coco, pero Bridget además le dijo algo al oído:
—Somos muy afortunados de tenerte en la familia.
—Yo soy la afortunada —respondió Coco con los ojos llenos de lágrimas.
—Ya lo discutiremos en otro momento —le dijo y le ofreció un pañuelo para secarse las lágrimas—. ¿Estás bien?
—Sí. Ha sido un largo viaje. Hace menos de un año que mi madre murió de cáncer y completamente arruinada. Después me hice niñera. Y ahora voy a casarme con un hombre con el que ni siquiera me habría atrevido a soñar. Ha sido una locura.
—Y las cosas van a seguir mejorando —aseguró Bridget en tono misterioso.
—¿Qué quieres decir?
—Ya lo verás —se limitó a decir antes de abrir la puerta.
La organizadora de la boda la esperaba en el vestíbulo, donde Coco esperó a recibir la señal para entrar en la capilla. Se abrieron las puertas y, con el estómago a punto de escapársele del pecho, comenzó a caminar hacia el altar.
Allí estaba Benjamin, vestido de esmoquin. Todo lo demás desapareció a su alrededor y solo lo vio a él. Él lo era todo para ella. No dejó de mirarla a los ojos en ningún momento y, cuando por fin llegó a su lado, le agarró las dos manos y se las besó.
—Ya estás conmigo —le susurró—. Conmigo siempre estarás segura.
No podría haber dicho nada que la conmoviera más. Aquellas palabras bastaban para hacerle sentir que no estaba sola. Nunca más lo estaría.
Benjamin recitó sus votos, luego lo hizo ella y fueron declarados marido y mujer. Los invitados congregados en la capilla aplaudieron con alegría cuando Benjamin la tomó en sus brazos y la besó para sellar las promesas que se habían hecho. Coco no cabía en sí de alegría. ¿Cómo era posible que le ocurriera algo así a una chica corriente?

Después de la ceremonia hubo una pequeña fiesta en uno de los salones de baile del palacio. Apenas acababa de comenzar la celebración cuando Stefan se subió al escenario.

—Es un inesperado honor poder participar en la boda de la hija de nuestro padre, Coco Jordan, y de Benjamin Garner. En este inusual acontecimiento, la familia Devereaux desea conceder a Coco un título especial, el de Princesa Honorífica de Chantaine —anunció el príncipe y luego bajó la cabeza—. Que Dios os bendiga para siempre a ti y a todos los tuyos.

Coco miró a Benjamin.

—¿Acaba de decir lo que creo que ha dicho?

Benjamin asintió, riéndose.

—Sí.

—¿Entonces soy una princesa?

—Para mí siempre lo has sido —aseguró, mirándola a los ojos.

Coco se rio también.

—No necesitaba ser princesa, solo necesito estar contigo.

Benjamin la besó apasionadamente.

—Voy a tener que contratar a alguien que proteja a mi princesa.

Coco se acurrucó contra él.

—Soy la mujer más afortunada del mundo.

—Solo una cosa más —los interrumpió Bridget, que se acercaba a ella acompañada de un hombre—. Eve nos ha ayudado porque hicimos algo parecido para ella.

Coco se separó un poco de Benjamin y miró directamente al hombre que había junto a Bridget porque enseguida vio algo en él que le resultó familiar. Entonces se dio cuenta de que tenía los ojos del mismo color que ella. El corazón le dio un vuelco.

—Eres mi hermano, ¿verdad? —adivinó.

—Sí. Y tú eres mi hermana —respondió él—. Maxwell Carter a su servicio, Alteza —le dijo, sonriendo.

Coco soltó una sincera carcajada de alegría.

—Lo mismo digo, porque tú también eres príncipe.

—No, yo no —dijo, meneando la cabeza—. Ojalá te hubiera conocido antes.

Coco percibió la tristeza en su voz, la misma que había sentido ella muchas veces.

—Lo sé, pero ahora ya nos conocemos y voy a ser tu molesta

hermana el resto de tu vida.

Max sonrió, encantado.

—¿Por qué tengo la sensación de que acaba de tocarme la lotería de la genética?

—Porque es cierto —intervino Benjamin y luego se dirigió a su mujer—. Dime que no esperas que me incline ante ti a partir de ahora.

—Solo en ciertos momentos —le dijo Coco, riéndose.

Benjamin volvió a besarla y Coco supo que siempre podría contar con el hombre de sus sueños.